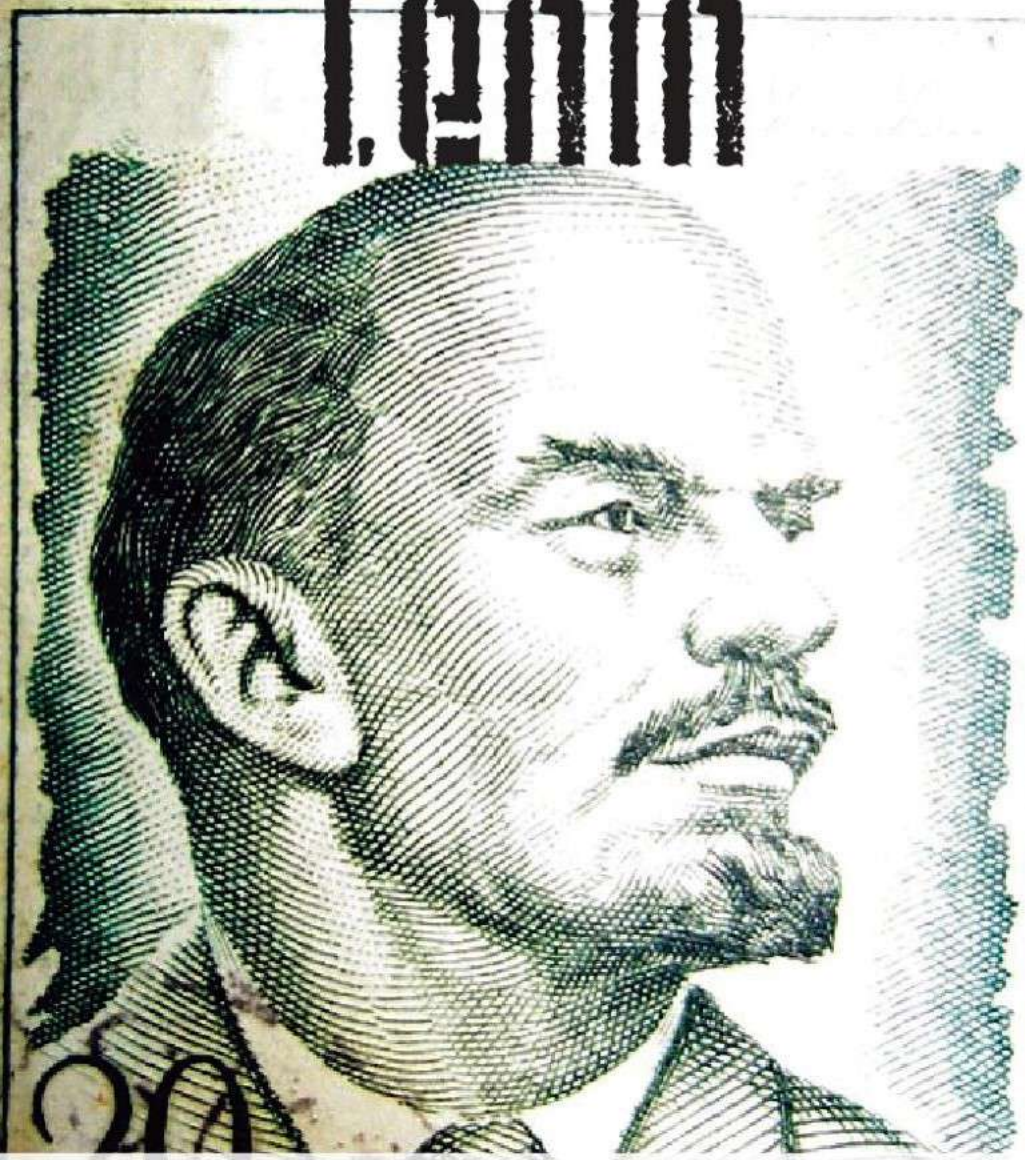
LENIN



Georg Lukács

Ediciones r y r **La Rosa Blindada**

Georg Lukács

LENIN

Ediciones r y r

Lukács, Georg
Lenin. - 2a ed. - Buenos Aires : RyR: La Rosa Blindada, 2007.
124 p. ; 14x20 cm.

ISBN 978-987-22816-8-7

1. Teorías Polítcas . 2. Marxismo. I. Título
CDD 320.532 2

by Ediciones ryr, 2007, Buenos Aires, Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11723
Printed in Argentina- Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Pavón 1625, C.P. 1870.
Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, Argentina.
Primera edición en alemán: Viena, 1924
Primera edición en castellano: Ediciones La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1968
Segunda edición: Ediciones ryr y La Rosa Blindada, Buenos Aires, 2007
Responsable editorial: Juan Kornblihtt
Diseño de tapa: Sebastián Cominiello
Diseño de interior: Agustina Desalvo
Digitalización: Nancy Sartelli y Lucía Bil
www.razonyrevolucion.org.ar
editorial@razonyrevolucion.org.ar

Indice

La actualidad de la revolución
Eduardo Sartelli 9

Prefacio de J. M. Brohm 15

Prólogo del autor 29

Capítulo I
La actualidad de la Revolución 31

Capítulo II
El proletariado como clase dominante 39

Capítulo III
El Partido dirigente del proletariado 51

Capítulo IV
El imperialismo: guerra mundial y guerra civil 67

Capítulo V
El Estado como arma 89

Capítulo VI
Realpolitik revolucionaria 103

Sobre la presente edición:
La presente edición reproduce fielmente, incluyendo la introducción de J. M. Brohm de 1965, la realizada por La Rosa Blindada en 1968, con la traducción de Patricia Canto.

La actualidad de la revolución

Eduardo Sartelli

> El leninismo significa un nivel jamás alcanzado hasta el presente del pensamiento concreto, anti-esquemático, anti-mecanicista y puramente dirigido hacia la acción transformadora –la praxis. Conservar esta adquisición es un deber de los leninistas. Pero en el proceso histórico tan sólo puede conservarse lo que se desarrolla de manera viviente. Y conservar de tal modo la tradición leninista constituye hoy la tarea más noble de todo militante que toma en serio al método dialéctico como arma de la lucha de clases del proletariado.
>
> Georg Lukács, *Lenin*

En la historia de la filosofía, la toma de partido aparece como una desviación de la norma: el filósofo debe ubicarse, casi por obligación profesional, por encima de las batallas que se libran en el mundo real, más allá de las rencillas propias de los mortales comunes y corrientes. La filosofía misma aparece, entonces, como el reino de las ideas puras, alejado de los intereses mezquinos y de las conveniencias menudas. El rechazo profundo a esta concepción hipócrita, en tanto que incluso quienes la defienden no pueden dejar de violentarla diariamente, está en el núcleo más profundo de la obra de Georg Lukács y, en particular, del texto que aquí presentamos.

En efecto, el ministro de cultura de dos revoluciones fracasadas dedicó su vida a combatir esta forma de concebir la filosofía. Tal vez el mejor registro de ese combate sea *El asalto a la razón*, la épica narración del ascenso del irracionalismo a través de la

agudización de las contradicciones capitalistas que culminan en el nazismo. En esa obra Lukács hacía explícito el programa político, es decir, la toma de partido de esa corriente que continúa hasta hoy bajo la forma del fascismo posmoderno contemporáneo. Por el contrario, es en *Historia y conciencia de clase* donde el filósofo húngaro desplegó tempranamente su propio alineamiento en relación a las fuerzas que se disputaban entonces el dominio mundial. Hermano de ese texto es éste que reeditamos junto a La Rosa Blindada.

El *Lenin* de Lukács es, efectivamente, una toma de partido. Es uno de los tantos intentos de fijar una herencia política, la del, precisamente, leninismo. O, mejor dicho, en tanto que toma de partido, en tanto que alineamiento con *un* partido específico, la del bolchevismo. Una biografía "filosófica" que deja de lado todo lo accesorio, al punto que la persona misma de Lenin se desvanece. Permanece, sin embargo, aquello que el dirigente ruso dejó de nuevo en la trayectoria acumulativa de las experiencias revolucionarias. Lukács ha querido aislar aquello que, en la biblioteca imaginaria del marxismo, constituye un tomo específico con un lugar único e insustituible, y que no puede llevar el nombre de otro autor que el del biografiado de manera tan particular.

Dos ejes atraviesan el trabajo. El primero: la defensa de la creatividad leninista. El segundo: el del método. Lenin es, sobre todas las cosas, un marxista creativo. No se ha limitado a ser un "hombre práctico". Es y no es el político que cumplió con la Tesis Once. Es: efectivamente, mientras los "filósofos" se dedicaron a interpretar el mundo, Lenin lo transformó. Brazo ejecutor de Marx, soldado en la pelea, hombre de acción, varón valiente de cerebro práctico. No es: esa praxis requería *también* una "interpretación". Filósofo, genial analista de situaciones concretas y respuestas universales, "politólogo" consumado, diríamos hoy. Lenin, para ser Lenin, debió pensar antes de actuar, reflexionar sobre las condiciones de esa praxis, única forma de comprender su naturaleza necesaria.

Paradójicamente, por el mismo movimiento Lukács le devuelve al propio Marx su carácter de político activo. La perspectiva que colocaba al autor de *El capital* como el cerebro de la espada que triunfó en Octubre, lo reducía a la primera parte de la Tesis: él también se había limitado, en última instancia, a interpretar el mundo. El transformador era Lenin. Esa cómoda sanción

escindía la teoría de la praxis, vaciando a la última de su contenido filosófico y a la primera de su aspecto práctico. Como no hay pensamiento que no sea acción ni acción que no contenga pensamiento, el problema se reduce a determinar qué pensamiento-praxis y que praxis-pensamiento se constituyen en la necesidad creativa de una época. Determinado ello, entendemos en Marx la totalidad de la Tesis Once, limitada a las condiciones objetivas de su tiempo. Marx era Lenin. Lo que Lukács viene a decirnos es que Lenin era Marx. Que no bastaba con repetir las "enseñanzas" del "viejo maestro", sino que correspondía hacer un uso creativo del mismo método que le permitió a aquel alcanzar lo alcanzable en las condiciones históricas en las que empeñó su acción.

No se trata, no obstante, de un simple "acto de justicia". Tal perspectiva es necesaria precisamente para entender en qué consistió esa "creatividad" leninista. Y esa virtud yace en el método. La aplicación consecuente del materialismo dialéctico es lo que distingue a Lenin de otros marxistas de su época. Ese método dará cuenta del "legado" que deja: no se trata de seguir a Marx, no consiste en eso el ser "marxista", sino en aplicar creativamente, es decir, científicamente, el método a la realidad siempre nueva que nos toca en suerte enfrentar.

¿Cuáles son los resultados de ese pensamiento necesario que se convierte en praxis transformadora? Cada uno de los capítulos del libro irá desgranando los elementos de la respuesta, en orden de jerarquía e importancia. El primero: la actualidad de la revolución. Nadie sale con paraguas si considera lejana la lluvia e improbable todo aguacero. Aquel que no percibe en las tendencias de su tiempo los síntomas de un trastorno universal en marcha, no puede prepararse para la revolución porque simplemente no "cree" en ella. Aún cuando la celebre como una necesidad, aún cuando milite incluso en partidos que la colocan como su meta última. El no percibir la actualidad de la revolución lleva derecho al oportunismo, a su conversión en una consigna de "máxima", lejana e inoperante, que no puede tener ninguna consecuencia práctica sobre nuestras acciones cotidianas. La realidad es la adaptación al statu quo reinante, es decir, alguna forma de celebración del capitalismo.

El segundo capítulo proclama la consecuencia lógica, pero no por eso menos histórica, constatable y constatada empíricamente

por el autor de *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de la cualidad y necesidad del rol dirigente del proletariado. Si la cercanía de la revolución es la totalidad que organiza la acción revolucionaria, la fuerza capaz de constituirse en el vector de ese proceso es el proletariado. Para ello se requiere que el proceso revolucionario entre en la conciencia del proletariado como conciencia de clase, momento que no se produce, sin embargo, espontáneamente. Verificación que nos lleva al tercer capítulo, a la proclamación del partido como dirección de la clase.

El problema del partido es, primero que nada, el problema de la organización. Lenin entra aquí en disputa con las corrientes espontaneístas que presumen que la pura actividad produce conciencia. Todo lo contrario, el partido debe preparar la revolución preparando al proletariado para sus tareas. Dirección y disciplina se constituyen en la clave de construcción del partido, *el* instrumento de la conquista del poder. Ese instrumento no puede construirse ni actuar en abstracción de la situación concreta. Lukács comienza en este punto la revalorización de un texto que, en sí mismo, no constituía ni una novedad ni, mucho menos, un logro científico: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Allí es donde Lenin coloca los descubrimientos anteriores en su marco adecuado: esta es la situación concreta en la que se actualiza la revolución, es decir, en la que debe tomar el rol dirigente el proletariado a partir de la construcción de su partido que ahora, por virtud de las circunstancias, debe hacerse mundial, Internacional.

No se agota allí el asunto. Tomado el poder, resta todavía la mayor de las batallas, la de la transformación de la sociedad, tarea que encontrará, por ende, la mayor de las resistencias. Es entonces necesario comprender la transformación dialéctica del Estado, de instrumento de opresión *de* la burguesía en instrumento de opresión *sobre* la burguesía, el pasaje de Estado burgués a Estado obrero como paso previo imprescindible a la abolición del Estado. Constituido en Estado, el partido del proletariado debe utilizarlo siguiendo como premisa la resolución de los problemas del socialismo, la forma que asume la actualización de la revolución en el momento en que se conquista el poder. La dirección debe actuar a partir de esa nueva forma del mismo proceso, siguiendo una *realpolitik* revolucionaria, tema del último capítulo. Es decir, el análisis concreto de la situación concreta lleva a repudiar tanto

el oportunismo sin principios, como la abstracción de los "principios" carente de toda capacidad de maniobra real frente a los problemas reales. A la dialéctica de la vida política, Lenin le opone una política dialéctica. Se explican así, como respuestas dialécticas, las supuestas contradicciones de la política soviética o el abandono de los principios que supondría el fin del comunismo de guerra y la NEP, así como la defensa de Lenin del capitalismo de Estado.

Lukács, que deberá retractarse de estas ideas una vez ascendido el estalinismo al poder, habrá dejado, aún así, un documento excepcional sobre la contribución leninista a la teoría y a la praxis revolucionaria. Escrito en 1924, este libro mantiene una actualidad notable, en particular para la izquierda argentina. Si cada capítulo reconstruye el itinerario hacia Octubre, también destruye aquellos caminos que llevaron la revolución a callejones sin salida. Y cada uno de esos caminos que se pierden en la nada (pero que terminan con el tendal del muertos a su vera) pueden recibir su nombre hoy como lo recibieron ayer: ¿cómo no ver en la Segunda Internacional, sus Berstein y sus Kautky, a la CTA, al Partido Comunista y a todo ese universo que suele denominarse, no se sabe por qué, "progresista"? De ellos habla hoy el capítulo I. ¿Cómo no ver en el PCR, en Patria Libre, a quienes va dirigido el capítulo II? ¿De qué habla el capítulo III sino del derrotismo infantil del Situacionismo autonomista que se hace llamar anarquismo y que tuvo como Dios a Zamora? ¿No recuerdan los últimos capítulos a las batallas libradas en torno a las sucesivas Asambleas Nacionales de Trabajadores Ocupados y Desocupados, que otorgó la dirección a los agrupamientos más dialécticamente versátiles mientras aisló a los sectarios "principistas"?

La reedición del *Lenin* de Lukács forma parte, entonces, del combate necesario que debe realizarse en el seno de la vanguardia, en un momento en que el reflujo permite la reflexión sobre la naturaleza de la acción llevada a cabo. Más que pausa filosófica, este momento es, por el contrario, el del predominio del pensamiento-praxis que construye la praxis-pensamiento que nos permitirá superar con éxito los problemas que se avecinan, los problemas que brotan de la actualidad de la revolución.

Nota del editor (1968)

La polémica introducción del estudioso marxista francés J. M. Brohm a este libro -que decidimos incluir por considerarlo un valioso complemento del trabajo de Lukács- hace necesario, no obstante, que dejemos constancia ante el lector de que el mismo refleja exclusivamente los puntos de vista de su autor.

Prefacio

J. M. Brohm, octubre 1965

Este libro prácticamente inhallable del filósofo húngaro G. Lukács, es contemporáneo de un gran período histórico, a comienzos del presente siglo, cuando se iniciaba definitivamente la era del imperialismo, de la guerra mundial y de la revolución universal. Se publicó en 1924 y trata el problema fundamental de la época: la actualización de la revolución, ligada a las contradicciones violentas del imperialismo agonizante. El primer capítulo, que lleva el título de "La actualidad de la revolución", revela la atmósfera política en que vivía la vanguardia marxista de entonces: la evolución del capitalismo había convertido a la revolución en una cuestión del orden del día, a la vez como fundamento teórico y como objetivo práctico esencial. Desde este punto de vista, el libro de Lukács es realmente el "pensamiento de su época", pues en él "la revolución está presente como enunciada y registrada en la forma del pensamiento", según la expresión de Hegel. En tal sentido, este libro debe ser leído y comprendido como una reflexión sobre la importancia histórica de la revolución rusa de 1917 y las lecciones dadas por el bolchevismo en octubre.

En medio de un universo en plena guerra mundial, desgarrado por la matanza imperialista, estalla en 1917 la revolución rusa. Las masas explotadas y maltratadas se niegan a hacer la guerra y logran, conducidas por el partido bolchevique, irrumpir en la escena política, penetrar en el terreno en que se habían decidi-

do hasta el momento, mediante cañonazos y diplomacia secreta, sus propios destinos. Las masas revolucionarias al establecer mediante los soviets su dictadura de clase tomaron en sus manos su propia suerte y dominaron las fuerzas ciegas e irracionales de la guerra, de la miseria y del sufrimiento. Los bolcheviques lograron, al dirigir la fuerza revolucionaria del proletariado y de los campesinos sometidos, mostrar que eran realmente los agentes y los portadores de la "dialéctica consciente", según la expresión de Engels. Como fuerza motriz real, se preparaban a dirigir el ascenso histórico del conjunto de la humanidad.

La revolución rusa tuvo una influencia considerable, una repercusión internacional. Si el bolchevismo representaba a los ojos de la burguesía y de la pequeña burguesía espantadas el espectro rojo de la subversión permanente y de la disolución social, para la vanguardia consciente y las masas explotadas constituía la gran esperanza de liberación, el "ejemplo fascinante", según dijo Rosa Luxemburgo, que expresó de esta manera el sentimiento de todos los marxistas revolucionarios de entonces: "Los Lenin, los Trotsky y sus amigos han sido los primeros que han ido delante del proletariado mundial con su ejemplo (...) Lo que un partido puede proporcionar en la hora histórica de fuerza de acción, de golpe de vista revolucionario y de lógica, Lenin, Trotsky y sus camaradas lo han logrado ampliamente (...) En este sentido les corresponde el mérito imperecedero en la historia de haberse puesto a la cabeza del proletariado internacional, haber conquistado el poder político y haber planteado en la práctica el problema de la realización del socialismo. El bolchevismo se ha convertido en el símbolo del socialismo revolucionario práctico."

La revolución rusa debía así llegar a ser el ejemplo histórico a partir del cual podía nacer un mundo nuevo: el mundo del socialismo, portador del mensaje de la insurrección obrera internacional contra el yugo del capital. A los ojos de los bolcheviques, en todo caso, la revolución rusa era tan sólo el prólogo de la revolución mundial. En 1918 Lenin declaró: "La revolución obrera triunfa. Su gigantesco desarrollo es aparente a los ojos de todos. Cuando tomamos el poder en octubre, éramos tan sólo una chispa aislada. Las chispas se han multiplicado: provenían de nosotros. Fue la gran obra que pudimos realizar: estas fueron chispas aisladas, pero ahora el incendio se difunde y se extiende a

la mayoría de los países (...) Toda una serie de países son invadidos por el incendio de la revolución obrera".

Efectivamente, en Alemania, en Berlín, estalló en noviembre de 1918 la revolución alemana. Se proclamó la república de los soviets. Después, la república soviética fue proclamada en Hungría. Se tiene la impresión entonces que las rajaduras del orden burgués en Europa y en Europa Central anuncian el comienzo de la revolución mundial. "Veremos el nacimiento de la República Internacional de los Soviets" declara Lenin, a la espera de que "el microbio bolchevique" podrá "contaminar a los obreros de todos los países". Los bolcheviques son más bien optimistas, a pesar de las amenazas de los imperialistas: "La burguesía está loca de miedo frente al movimiento revolucionario proletario que crece. Esto es comprensible, ya que toda la marcha de los acontecimientos, desde el fin de la guerra imperialista, refuerza inevitablemente el movimiento revolucionario del proletariado, y que la revolución internacional mundial comienza y se expande por todos los países".

Sin embargo, la revolución alemana de los soviets es liquidada sangrientamente en enero de 1919. Los comunistas son aplastados en Berlín por las tropas francas de Noske. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo son asesinados por la soldadesca. La república de los consejos en Hungría también es liquidada en agosto de 1919. Es en este clima de lucha intensa militarizada que se proclama en marzo de 1919 la Tercera Internacional, la Internacional Comunista. El partido obrero revolucionario es creado así en medio de la guerra civil europea. La revolución mundial iba a tener así su arma adecuada: la organización internacional de los partidos comunistas. La revolución rusa había demostrado la necesidad de un partido de nuevo cuño, de un partido bolchevique. Además, el fracaso lamentable de la Segunda Internacional, social, patriota y reformista, había demostrado que era menester una nueva Internacional capaz de conducir al proletariado a la victoria. De esta manera la Tercera Internacional, a la vez que declaración de guerra abierta a la burguesía y a su Estado, constituía un acto de ruptura con el oportunismo pequeño burgués de todos los matices (de aquí la importancia, ante los ojos de los bolcheviques, de las célebres 21 condiciones, medidas necesarias para purificar la organización obrera de los reformistas de toda laya).

La Tercera Internacional se proponía ser el cerebro la dirección unificada de la clase obrera. La lucha iba a establecerse, a partir de entonces, según un plan coordinado: "La Internacional Comunista debe oponer su estrategia a la estrategia de la burguesía mundial. Contra el capital mundial, que opone al proletariado bandas armadas, la Internacional comunista dispone de un arma segura: el frente unido y firme de las masas proletarias". De tal modo, la Internacional iba a convertirse en el agente histórico, la causa de la revolución, la garantía organizativa de la emancipación obrera. La teoría iba a llegar a ser fuerza material al apoderarse de las masas y de la organización comunista, la mediación consciente entre la teoría y la práctica, la palanca para el paso al reino de la libertad concreta: el comunismo. Ante los ojos de la vanguardia, estos conceptos no eran una utopía, sino que anunciaban una realidad próxima. Lenin dijo entonces: "La fundación de la Tercera Internacional Comunista es el prefacio de la República Internacional de los Soviets, de la victoria internacional del comunismo".

En ese clima de movilización para las luchas venideras, la revolución rusa llegó a ser el punto de mira de todo el movimiento obrero, como experiencia concreta y dramática de la dictadura proletaria.

Los bolcheviques en el poder debieron enfrentar dificultades aplastantes. En primer término, debieron evitar la amenaza de intervención militar alemana contra la República Soviética. Para evitar que revolución fuera aplastada, fue menester aceptar la Paz de Brest-Litovsk. Además, frente a las intervenciones imperialistas extranjeras y a los movimientos contrarevolucionarios de las fuerzas blancas, el ejército rojo organizado por Trotsky debió defender encarnizadamente las conquistas obreras y el poder soviético. Pero el país, agotado por los años de guerra contra Alemania, herido y desorganizado por la Guerra civil, ya no podía aguantar más. La situación económica era catastrófica, el país -hambriento y devastado- estaba cansado. El levantamiento de Kronstadt marcó el punto culminante de esta época dramática. Lenin extrajo las consecuencias: "Hemos ido demasiado lejos". El comunismo de guerra quedó abolido entonces y fue reemplazado por la "Nueva Economía Política", es decir, una economía mixta, a la vez estatizada y privada, que permitía salvar lo esencial: la dictadura del proletariado. En el término de unos años, los bolcheviques habían

logrado demostrar, pese a enormes dificultades, que el marxismo era realmente una guía para la acción y que su teoría política era "el álgebra de la revolución". De todos modos habían dado una lección fundamental a todo el movimiento obrero occidental: había que mantener incólumes los principios y seguir siendo muy flexibles en la táctica. Por esto Rosa Luxemburgo había aquilatado a los bolcheviques en su justo valor: "Por su actitud revolucionaria ejemplar y su inviolable fidelidad al socialismo internacional han hecho realmente lo que podía hacerse en condiciones atrozmente difíciles".

La teoría bolchevique de la lucha de clases y de la revolución es el contenido de dos obras capitales de Lukács: *Historia y conciencia de clase* y *Lenin*.

Estas dos obras se comprenden la una por la otra, a través de la idea central que encierran y de la cual representan la explicación magistral: la lucha de clases revolucionaria del proletariado por su emancipación. Como lo dice el mismo Lukács en su *Historia y conciencia de clase*: "En buena parte nacieron en medio del trabajo de partido y como tentativas de esclarecer para uso del mismo autor y de sus lectores algunas cuestiones teóricas del movimiento revolucionario".

Lukács, como cierto número de intelectuales avanzados, no se mantuvo, ante la gestación inquieta y dolorosa de la historia, en una actitud de esteticismo contemplativo. La nueva aurora que parecía surgir sobre el mundo después de la guerra mundial, gracias al movimiento obrero comunista, lo había arrastrado a la praxis revolucionaria. Lukács había adherido al partido comunista húngaro y había participado en la primera república de los consejos en Hungría, en 1919, en la cual formó parte del gobierno de Bela Kun. El filósofo Lukács se convirtió así en ese "jacobino" del cual se habla en el *Lenin* y que, "aliándose con la clase revolucionaria, procura mediante su resolución, su capacidad de acción, su saber y su entusiasmo, dar forma y capacidad a esta clase". Lukács, al escribir estos dos libros como "ensayos de dialéctica marxista", que siguen siendo en la actualidad obras maestras, pocas veces igualadas, del marxismo, cumplió la tarea de los comunistas, que consiste en traducir al pensamiento el movimiento revolucionario de su tiempo. El autor cumplió así con la esencia del marxismo auténtico: la participación en la conmoción práctica.

En esta perspectiva se comprende la razón por la cual Lukács escribió una obra en homenaje "a la profundidad, la grandeza y la fecundidad de Lenin". La superioridad histórica de Lenin proviene, según Lukács, "de haber elevado la esencia práctica del marxismo a un nivel de claridad y de concreción que no había sido alcanzado antes, y haber salvado esta dimensión de un olvido casi total y mediante este acto teórico habernos puesto nuevamente en la mano la clave de una comprensión correcta del método marxista". Lenin, como líder prestigioso junto con Trotsky de la primera gran revolución obrera victoriosa, es para Lukács el único que llegó a comprender en sus consecuencias últimas, es decir prácticas, críticas y revolucionarias, el método de Marx y Engels.

Escrito poco tiempo después de la muerte de Lenin, este *Lenin*, es un homenaje teórico al bolchevismo y una tentativa de destilar y resumir la esencia de la práctica política de uno de sus líderes principales. Por lo tanto, este libro es un ensayo que procura extraer el meollo práctico decisivo del leninismo como nueva fase de la dialéctica materialista. Las preocupaciones de método han sido siempre constantes en Lukács e, inclusive en sus últimos libros, el aspecto metodológico predomina en la obra de este autor. Así es que puede comprenderse la razón por la cual Lukács ha buscado en la obra de Lenin los momentos "metodológicamente decisivos", que permiten captar la esencia del marxismo.

Lenin escribió en el epílogo de *El Estado y la revolución*: "Es más agradable y más útil hacer la experiencia de una revolución que escribir sobre ella". Sin embargo, la muerte del gran revolucionario hacía necesario que se escribiera sobre la lógica de la praxis, que se mostrara esta "praxis a la altura de los principios", de la cual hablaba Marx, tanto más si se piensa que, según Lukács, "las experiencias de los años de la revolución" habían confirmado brillantemente todos los movimientos esenciales del marxismo ortodoxo (y, por lo tanto, comunista)".

Lenin había mostrado prácticamente que el método dialéctico podía ser realmente, según la expresión profética de Hegel, "la fuerza absoluta" de una infinita fecundidad.

Y Lukács se dedica en páginas deslumbrantes a analizar el centro vivo del marxismo: la dialéctica que, según él, es "el vehículo de la revolución". Al realizar este trabajo, Lukács se nos muestra como uno de los raros filósofos marxistas que haya logrado

escribir con igual profundidad de contenido y de flexibilidad en la expresión esa dialéctica concreta que Marx había proyectado escribir. En *Historia y conciencia de clase* y *Lenin*, la dialéctica se vuelve a encontrar a sí misma en el apogeo de su poder.

La dialéctica no es para Lukács una contemplación serena, objetiva, realizada según su expresión desdeñosa por "marxistas de cámara, que practican la objetividad erudita", sino un factor capital de la actividad crítica práctica, de la lucha universal de las clases. La dialéctica es el instrumento de la liberación del proletariado, por mediación de la humanidad oprimida. La dialéctica consciente es la "revolución ininterrumpida", la negación radical del orden existente. Es el arma de los enterradores, pues gracias a ella las masas llegan a ser conscientes de su propia acción. El método marxista, la dialéctica materialista, sólo es posible desde el punto de vista de la clase, el punto de vista de la lucha del proletariado. Al recordar estas evidencias, Lukács nos propone una verdadera metodología de la actividad proletaria adecuada, es decir, conforme a la verdadera conciencia de clase.

La conciencia de clase: éste es el punto central de la lucha. Ningún filósofo marxista ha insistido tanto como Lukács sobre la función capital de esta conciencia justa de la fatalidad de la sociedad, de la situación del proletariado y de su misión histórica.

En un universo capitalista desgarrado por las contradicciones, el pensamiento sufre las categorías fetichistas y rarificadas de las apariencias. La sociedad parece estar regida por leyes naturales, inamovibles, eternas, a las cuales resulta imposible y hasta peligroso sustraerse. La economía parece tener la estructura empírica de las cosas inertes y las relaciones humanas parecen estar condenadas a la petrificación. La sociedad capitalista que domina y aplasta a los hombres parece ser el único orden posible, y el Estado burgués se muestra como el aparato inquebrantable del orden. El proletariado, que sufre esta profunda alienación, no concibe su situación más que a través de la ideología dominante en el interior del cuadro burgués: su conciencia raificada es falsa. Para los intelectuales desamparados, "no hay nada que hacer" y toda trasgresión, inclusive conceptual de la realidad actual es una utopía, mientras que para los oportunistas no existe más solución que adaptarse al orden establecido o, en el mejor de los casos, lograr un arreglo "contestatario".

Ahora bien, la conciencia de clases rompe teóricamente los cuadros burgueses rígidos y disuelve la rarificación. Gracias a ella el proletariado se asume a la vez como negado por la sociedad y, al mismo tiempo, como la negación del orden existente. Mediante ella toma conciencia de su misión y se constituye en clase revolucionaria, liberándose así de las formas de pensamiento y acción burguesas. Pero la aparición de esta figura histórica autónoma, que es la conciencia de clase, significa que el velo de lo empírico se desgarra y que, detrás de las apariencias inmediatas y atomizadas del edificio capitalista, se perfila la revolución. Ésta se vuelve "visible" en todas las tendencias que llevan al derrumbe de la sociedad. Los "hechos" adorados por los revisionistas y que, de acuerdo al pensamiento positivista momificado, testimonian el carácter inquebrantable del ambiente inmediato, se vuelven movientes y su separación mecanicista se torna fluida. Lo real se convierte así en un entrecruce de procesos revolucionarios o contrarrevolucionarios. Es así que la razón dialéctica capta cada acontecimiento en función de esa totalidad concreta que es la revolución. Esta no es ya más un objetivo final, lejano, motivo de culto y de sermones dominicales, una utopía, sino más bien una fuerza motriz real implicada en cada movimiento práctico. Se convierte en la categoría reguladora de la acción. La actualidad de la revolución significa entonces que, a partir de aquí, los "hechos" son captados a través de la mediación del Todo. La apariencia fenomenal de las cosas queda quebrada y los "hechos" aparecen "en un proceso ininterrumpido de revolución".

Éste es el primer momento de la conciencia de clase. Pero no es nada más que el primer momento teórico. Sin duda a la revolución ya no se la comprende únicamente como un estado de hecho, sino más bien como un proceso. Al respecto, Lukács denuncia con ironía a esos marxistas vulgares que no "creen" en la revolución hasta el momento en que las masas se lanzan al ataque desde las barricadas, y que exigen entonces, como verdaderos filisteos, garantías morales y materiales. Y por ello no es sorprendente, según Lukács, que "sus campeones hablen irónicamente, como verdaderos librepensadores, de la pequeña burguesía, de la creencia religiosa que estaría en la base del bolchevismo, del marxismo revolucionario. Esta acusación encierra la confesión de la propia impotencia. Ese escepticismo, interiormente minado y

carcomido, se cubre vanamente con el noble manto de una fría objetividad. Cada palabra, cada gesto traducen en los mejores de ellos la desesperación, y en los peores el vacío interior que se esconde detrás de ese escepticismo, el aislamiento total en relación al proletariado, a sus caminos, a su vocación. Lo que ellos llaman una creencia, y que tratan de rebajar calificándola de religión es tan sólo la certidumbre de la declinación del capitalismo, la certidumbre de la victoria final de la revolución proletaria. No es posible que haya una garantía material de esta certidumbre. Ella nos está garantizada tan sólo -metodológicamente- por el método dialéctico. Y esta garantía tampoco puede ser sentida y adquirida fuera de la acción, de la revolución misma de la vida y la muerte por la revolución."

Ahora bien, el proceso de la revolución, es en la dimensión histórica, sinónimo del proceso de evolución de la conciencia de la clase proletaria. Y el portador y el agente de esta conciencia de clase es el partido, la vanguardia revolucionaria. Lukács ha escrito páginas geniales sobre el problema de la organización y del partido. Aquí también ha elaborado teórica y sistemáticamente lo que la practica del auténtico bolchevismo había experimentado en la realidad.

El partido es la brújula del proletariado, su única guía posible, pues el partido militante es la encarnación visible de la conciencia del proletariado. Gracias al partido, las masas obreras pueden hacer girar la rueda de la historia. La experiencia de la revolución rusa, como lo indica Trotsky en sus *Lecciones de octubre* ha demostrado claramente la necesidad histórica de un partido bolchevique. Tan sólo él es capaz, a la vez, de dirigir las masas y ser ese émbolo que utiliza la energía del vapor, según la fuerte expresión de León Trotsky, y observar a las masas, ser su termómetro. Esta voluntad de conjunto consciente y valeroso -el partido comunista- es la reunión libre de hombres libres. En este sentido es realmente sujeto, es decir responsable, pues como dice Lukács: "El paso decisivo, la asociación consciente en un plano de organización interna de la vanguardia revolucionaria, dicho en otras palabras, la formación real de un partido comunista, sigue siendo el acto consciente y libre de esa vanguardia consciente de si misma". Por primera vez los hombres dan un primer paso real hacia el reino de la libertad. Y el partido es también, en sí mismo, un producto

humano. Los hombres, dice Lukács, no solo hacen su propia historia, sino que hacen también su propio partido, pero lo hacen en la universalidad concreta, es decir, a escala mundial. La Internacional, dice Lukács, "expresión organizativa de la comunidad de intereses del proletariado mundial en su totalidad" es "(...) el partido bolchevique, el partido concebido por Lenin en su dimensión internacional". La Internacional es la réplica obrera al carácter internacional de la revolución venidera. Éste es, dicho brevemente, el encadenamiento de la reflexión de Lukács en sus primeros ensayos marxistas. En la actualidad tan sólo la lectura atenta y combinada de *Historia y conciencia de clase* y del *Lenin* permite captar toda la riqueza y la originalidad de este pensamiento.

Es el vasto movimiento revolucionario de la posguerra, los sacudimientos de la guerra civil, que le han permitido al autor esa notable profundidad de inspiración, esa extraordinaria audacia en el lenguaje. Pero ese período no debía durar. La marea revolucionaria debía retirarse hacia el horizonte; la teoría había de perder sus dientes. Simbólicamente, la muerte de Lenin el 21 de enero de 1924 puso fin a esta época. Por una trágica broma de la historia el leninismo hubo de trasformarse, poco a poco, en su contrario. Iba a tomar el rostro grotesco de la burocracia, del dogmatismo y, finalmente, del terror stalinista.

En cuanto a Lukács iba a ser atacado muy pronto por los mismos que podían pasar legítimamente por los discípulos y los continuadores de Lenin. En junio de 1924, en el V Congreso de la Internacional, Bujarin y Zinoviev, presidente de la Internacional, criticaron severamente a Lukács. Un poco más tarde *Pravda* acusó a Lukács de herejía, de desviación idealista. En lo que se refiere a los "filósofos leninistas", como Deborin, Rudas, Luppol, etc., los golpes no faltaron. La batalla librada por la herencia filosófica de Lenin se había iniciado. Para los comunistas como Lukács, "conservar la tradición leninista" era "la tarea más noble de todo militante que toma en serio el método dialéctico como arma de la lucha de clase del proletariado". Para los otros, en particular para los futuros stalinistas, el "leninismo" se había convertido en un slogan político que servía para condenar a los herejes "idealistas" y "trotskistas". Zinoviev había exclamado: "Lenin ha muerto. ¡Viva el leninismo!" EI leninismo se convirtió así en un fetiche

nuevo e inquietante, casi en un objeto religioso, como lo probó ya el discurso casi místico de Stalin durante los funerales del "jefe".

Al mismo tiempo que la controversia filosófica en torno a la autenticidad marxista se desenvolvía en la Unión Soviética la lucha por la autenticidad leninista en el seno del PCUS y, negativamente, la lucha contra el "trotskismo". Trotsky, Bujarin, Zinoviev, Stalin habían iniciado la gran polémica en torno a la herencia de Lenin. Cada cual, a su manera, trataba de mostrar qué era la esencia de la práctica y la teoría de Lenin. El problema central era el problema de la revolución permanente y del socialismo en un solo país. Trotsky, apoyándose en toda la tradición internacional del marxismo, afirmaba que la tesis stalinista de la "construcción" del "socialismo en un solo país" representaba un peligro mortal para el desarrollo de la revolución mundial, la única -según él- capaz de dar forma al socialismo, es decir los Estados Unidos socialistas de Europa y del mundo, a un nivel económicamente elevado. En un país atrasado desangrado y desorganizado por los años de la guerra, rodeado de enemigos declarados, era imposible, según Trotsky, construir el socialismo, es decir, una forma social superior basada en la libre satisfacción de las necesidades de las masas y en la libertad concreta. La revolución rusa no podía bastarse a sí misma y sólo podía llevar a la socialización de la miseria si se mantenía aislada. Dado el notable retraso industrial y el atraso de las masas campesinas rusas, tomando en cuenta ante todo la fuerte presión imperialista y las amenazas internas de restauración del capitalismo, era menester, según Trotsky, evitar por todos los medios la detención del proceso revolucionario. Tan sólo la permanencia de la revolución podía permitir la abolición de las relaciones de producción capitalista, abolición de las distinciones de clase, en una palabra, el socialismo. Pero esto existía, según Trotsky, la acción combinada de los proletarios de los países industriales en vistas a la dictadura de clase. En efecto, tan sólo el potencial económico y técnico de los países altamente industrializados podía ayudar, según él, a la joven república soviética a instaurar efectivamente una economía socialista, una economía de abundancia basada en la asociación libre y democrática de los productores, y capaz de asegurar un nivel de vida elevado a la masa de la población. Trotsky y la oposición de izquierda proponían por el momento, como solución para asegurar

las bases materiales del poder soviético, la industrialización rápida del país y la planificación centralizada de la economía. En esta perspectiva estratégica de conjunto, Trotsky atacaba igualmente la degeneración burocrática del aparato del partido, que sólo podía perjudicar a la conciencia de clase proletaria. Era menester -decía- que el partido volviera a ser un órgano democrático de la dictadura de clase, bajo pena de perder su función animadora y convertirse en un freno.

Pero el partido de Lenin, el partido bolchevique petrificado no podía admitir ya la discusión. La dialéctica viva se había transformado en terror y, al eliminar a Trotsky por medios burocráticos, el "leninismo" tomó poco a poco el aspecto caricaturesco del stalinismo. El leninismo, esta "inquietud de la razón", ese fruto de la práctica, se convirtió en un dogma rígido, cuya interpretación quedó reservada al "jefe bienamado", al genial pensador y a sus esbirros. Pero ya conocemos el resto de la historia stalinista.

Lukács, al respecto, renegó de su *Historia y conciencia de clase*, realizó su autocrítica y se mantuvo dentro del Partido Comunista. Pero el stalinismo ganó en pocos años a la Internacional y a los partidos comunistas. Fue entonces que se produjo el aplastamiento del movimiento obrero alemán, el pacto Hitler-Stalin, el asesinato de Trotsky y la disolución de la Internacional en 1943. El miserable esqueleto de la Tercera Internacional fue arrojado al tacho de la basura de la historia. En 1949 Lukács, atacado nuevamente por los ideólogos stalinistas, hace una vez más su autocrítica. El stalinismo ha alcanzado su apogeo. El Partido Comunista vive en la atmósfera asfixiante de la guerra fría, de la administración burocrática, del "realismo socialista", de la "línea ideológica". El espacio intelectual ha quedado totalmente vacío. Lukács sigue siendo, no obstante, uno de los escasos intelectuales que vive detrás de "la cortina de hierro" y que mantiene una producción original que deja ver aún el soplo y la inspiración dialécticos.

Sin embargo, el edificio stalinista se resquebraja y deja ver trágicamente la vuelta de lo que había sido sofocado. Esto se produce en Berlín en 1953 y más adelante en Budapest, en 1956. La revolución húngara restaura el pasado revolucionario. Lukács, el viejo filósofo testigo y actor de la primera revolución húngara y teórico del bolchevismo, participa en el gobierno Nagy como ministro de cultura y, después, en la creación de un nuevo partido

comunista. El virus de la revolución no se había apagado completamente en las masas obreras aplastadas por los tanques rusos. Y la vanguardia se acordaba de octubre. Esto representaba la verificación de lo que Kant dijo un día refiriéndose a la revolución de su época: "Semejante fenómeno en la historia de la humanidad no se olvida. Este acontecimiento es demasiado grande, afecta de demasiado cerca todos los intereses de la humanidad e influye demasiado profundamente sobre todas las partes del mundo para que, a la primera ocasión favorable, los pueblos no lo recuerden y no repitan una tentativa de la misma especie".

Lukács, en todo caso, en la actualidad uno de los únicos intelectuales marxistas de jerarquía mundial, había testimoniado ante los ojos del mundo que las palabras de Hegel, "otro héroe del pensamiento", no eran vanas: "Ante el sentimiento de que todo ha sido sacudido, limitarse a esperar tranquila y ciegamente el derrumbe del viejo edificio lleno de resquebrajaduras y atacado en sus raíces, dejándose aplastar por los escombros, es una actitud contraria a la sabiduría".

Para el lector consciente de hoy, este *Lenin* de Lukács no puede ser considerado como un homenaje académico a Lenin, como una especie de discurso de circunstancias sobre la sublime inactualidad del leninismo. Para los que quieren transformar al mundo el objetivo no puede radicar en convertir a Lenin en un héroe, en canonizar al leninismo a fin de quitarle su sustancia, como lo hacen los pretendidos leninistas de hoy, que se limitan a repetir lo que Lenin siempre despreció: ensalzar a los revolucionarios. "Después de su muerte -dice Lenin en *El Estado y la revolución* se intenta convertir los en íconos inofensivos, en canonizarlos, en rodear sus nombres de una aureola a fin de consolar a las clases oprimidas y engañarlas: al proceder así, se vacía el contenido de la doctrina revolucionaria de estos hombres, se los envilece y se mella el filo revolucionario". En cambio, en la actualidad, debemos tratar de encontrar nuevamente el programa marxista, el contenido revolucionario, el partido bolchevique, la conciencia comunista.

Prólogo del autor

Las observaciones que expongo nunca tuvieron la pretensión de tratar a fondo la teoría y la práctica de Lenin. Tan sólo intentan demostrar ,en sus grandes líneas, la conexión entre la teoría y la práctica de Lenin, partiendo de la convicción que justamente este nexo no está presente en toda su claridad en la conciencia de numerosos comunistas. Un estudio real de todos estos problemas sobrepasaría el sólo cuadro de estas páginas, y no disponemos para tal fin de documentos, sobre todo en el caso de los que no tienen acceso a la obra completa de Lenin, sino a través de traducciones. La historia de Lenin debe situarse nuevamente en el contexto histórico de los últimos treinta o cuarenta años transcurridos.

Esperemos que un estudio correcto de este período no haya de hacerse esperar demasiado. El autor de estas observaciones tiene también una profunda conciencia de la dificultad que implica tratar problemas particulares antes de que el conjunto del cual forman parte no haya sido aclarado, de la dificultad que radica en vulgarizar cualquier cosa antes de que el tema vulgarizado haya sido tratado con todo el rigor científico requerido. Por tal motivo no hemos intentado aquí presentar la totalidad de los problemas que han ocupado la vida de Lenin, ni la sucesión histórica precisa de su aparición. La elección de esos problemas y la forma en que se siguen y se desprenden los unos de los otros, nos han sido dictadas tan sólo por la perspectiva y la ilusión de presentarlos en un

conjunto tan nítido como sea posible. No es necesario decir que la elección de las citas ha seguido esta perspectiva y no la indicada por la precisión cronológica.

Viena, febrero de 1924.

Capítulo I

La actualidad de la revolución

El materialismo histórico es la teoría de la revolución proletaria y su esencia constituye el resumen conceptual de ese ser social que produce al proletariado, que determina la existencia entera del proletariado; lo es porque el proletariado que lucha por su liberación encuentra en él una clara conciencia de sí mismo. La grandeza de un pensador proletario, de un representante del materialismo histórico, se mide en consecuencia por la profundidad y la envergadura de su visión de estos problemas. Se mide asimismo por la intensidad y la justeza con que es capaz de percibir correctamente, detrás de los fenómenos de la sociedad burguesa, esas tendencias de la revolución proletaria que, en estos fenómenos y por medio de ellos, se elevan hasta la existencia eficaz y la conciencia clara. Según estos criterios, Lenin es el pensador más grande que haya producido el movimiento obrero revolucionario después de Marx.

Algunos oportunistas, que no son capaces de ocultar a los ojos del mundo su importancia, ni limitarse a charlar fútilmente sobre él, dicen que Lenin ha sido un gran hombre político ruso, pero que le faltaba para ser el líder del proletariado mundial, el discernimiento necesario para captar la diferencia entre Rusia y los países capitalistas avanzados, que ha generalizado ,y éste sería su límite desde el punto de vista histórico, sin ninguna crítica, los

problemas y las soluciones de la realidad rusa y los ha aplicado al mundo entero.

Olvidan, y es algo que se olvida hoy con razón, que, en su tiempo, el mismo reproche fue hecho contra Marx. Se decía que Marx había extraído, sin ninguna crítica, de observaciones sobre la vida económica inglesa y las fábricas inglesas, leyes generales para la evolución de la sociedad; las observaciones podían ser en sí completamente justas, pero se hacían necesariamente falsas cuando se las presentaba como leyes generales. En la actualidad resulta superfluo refutar detalladamente este error y analizar el hecho de que Marx en ningún modo "generalizó" experiencias tomadas aisladamente y limitadas en el tiempo y el espacio. Por el contrario, Marx percibió -según el método de trabajo de los genios históricos y políticos auténticos- desde un punto de vista teórico y también histórico el macrocosmos del capitalismo general a través del microcosmos de la fábrica inglesa, de sus presupuestos, de sus condiciones y de sus consecuencias sociales, así como a través de las tendencias históricas que conducen a su nacimiento y las que vuelven problemática su existencia.

Pues es justamente esto lo que distingue al genio del simple rutinario en la ciencia o en la política. Este último puede tan sólo comprender y distinguir los momentos del devenir social en sus datos inmediatos y cuando se los considera aisladamente. Y si quiere remontarse a conclusiones generales, no hace más que interpretar de modo totalmente abstracto como "leyes generales" ciertos aspectos de un fenómeno limitado en el espacio y en el tiempo, y aplicarlas como tales. En cambio, el genio que tiene una conciencia clara de la verdadera tendencia general de una época, tendencia cuya influencia es viva, la ve actuar detrás del conjunto de los acontecimientos de su tiempo; en consecuencia trata por igual los problemas fundamentales decisivos de todo el período, aún en los casos en que tiene intención de hablar tan sólo de los problemas del día.

En la actualidad, sabemos que la grandeza de Marx reside en esto. Marx captó, basándose en la estructura de la fábrica inglesa, todas las tendencias decisivas del capitalismo moderno y las interpretó. Marx tuvo siempre presente en su espíritu la totalidad del desarrollo capitalista. Es por este motivo que pudo percibir a

la vez, en cada fenómeno de ese desarrollo, su totalidad y, en su estructura, su evolución.

Pero hay muy pocas personas enteradas hoy que Lenin ha realizado en nuestra época lo que Marx realizó respecto de la evolución general del capitalismo. Lenin siempre vio los problemas de toda la época en los problemas de la evolución de la Rusia moderna -desde el problema del nacimiento del capitalismo en un cuadro absolutista a medias feudal, hasta los problemas de la realización del socialismo en un país rural atrasado: *la entrada en la última fase del capitalismo y las posibilidades de orientar el enfrentamiento decisivo, que se ha vuelto inevitable, entre la burguesía y el proletariado, a beneficio de éste, y para bien de la humanidad.*

Lenin, al igual que Marx, jamás generalizó experiencias locales particulares de Rusia, limitadas en el espacio y en el tiempo. Con una perspicacia genial discernió en el lugar y en el momento de sus primeros efectos el problema fundamental de nuestra época: la cercanía de la revolución. Y es en esta perspectiva, en la perspectiva de la actualidad de la revolución, que comprendió todos los fenómenos tanto rusos como internacionales, y los hizo comprensibles.

La actualidad de la revolución: ésta es la idea fundamental de Lenin y también el punto decisivo que lo une a Marx. Pues el materialismo histórico en tanto que expresión teórica de la lucha por la emancipación del proletariado, no podía ser captado y formulado teóricamente sino en el instante histórico en que había sido puesto en el primer plano de la historia por su actualidad práctica. En un momento en que, según las palabras de Marx, en la miseria del proletariado no se muestra únicamente la miseria en cuanto tal, sino el aspecto revolucionario "que habrá de derrocar la vieja sociedad". Sin duda hacía falta la visión intrépida del genio para captar la actualidad de la revolución proletaria. Pues la revolución proletaria sólo es visible para el común de los mortales cuando las masas obreras están ya dispuestas a luchar en las barricadas. Y estos individuos medios son tanto más ciegos cuando han sido sometidos a una formación marxista vulgar. Pues los fundamentos de la sociedad burguesa son a los ojos del "marxista vulgar" tan indestructibles que, inclusive en el momento en que sus resquebrajaduras se manifiestan de manera evidente, él tan solo anhela el retorno a su estado "normal"; este marxista no ve en estas crisis

nada más que episodios pasajeros, y hasta en este período considera a la lucha como una rebelión irrazonable de hombres poco serios contra el capitalismo invencible. A los combatientes de las barricadas los ve como extraviados; la revolución aplastada es un "error"; y los "marxistas vulgares" tratan a los constructores del socialismo en una revolución victoriosa de criminales, pues a sus ojos la victoria sólo puede ser efímera.

Por lo tanto, el materialismo histórico pone -por lo pronto como teoría- la actualidad universal de la revolución proletaria como premisa. En este sentido la actualización de la revolución proletaria constituye el centro de la doctrina marxista, como fundamento objetivo de todo el período, y al mismo tiempo como clave para su entendimiento. Sin embargo, a pesar de toda esta restricción que se ha expresado en el rechazo franco de todas las ilusiones no fundamentadas en la condenación severa de toda tentativa de golpe de Estado, la interpretación oportunista se aferra, en los detalles, a los pretendidos errores de las previsiones particulares de Marx a fin de extirpar absoluta y radicalmente, por este medio indirecto, la revolución de todo el edificio marxista. Y en esto los defensores "ortodoxos" de Marx se encuentran a medio camino con sus críticos. ¿Acaso Kautsky no explicó a Berstein que es posible abandonar tranquilamente al porvenir la decisión de la dictadura del proletariado (a un porvenir muy lejano, por supuesto)?

Lenin ha restaurado la pureza de la teoría marxista. Y la ha concebido precisamente en este punto con más claridad y más concreción. No es que haya tratado de una manera u otra de corregir a Marx. Simplemente ha hecho entrar en esta teoría la marcha continua de la historia a partir de la muerte de Marx. Y esto significa que la actualidad de la revolución proletaria no es, de ahora en adelante, un horizonte de la historia universal que se eleva por encima de la clase obrera que busca la emancipación, sino que *la revolución ya se ha convertido en un punto del orden del día en el movimiento obrero.* Lenin podía sin incomodidad soportar el reproche de blanquismo, etc., que le valió esta posición fundamental, ya que se encontraba aquí en buena compañía junto a Marx, que fue acusado de blanquista en relación a "ciertos aspectos de su actividad". Por un lado, ni Lenin ni Marx se han representado nunca la actualidad de la revolución proletaria y sus objetivos

finales como si fuera posible realizarla en cualquier forma y en cualquier momento. Por otra parte, tanto para el uno como para el otro, la actualidad de la revolución proporciona el criterio seguro para las decisiones en todas las acciones cotidianas. *La actualidad de la revolución indica la nota dominante de toda una época.* Tan sólo la relación de las acciones aisladas con este punto central, que no puede ser encontrado sino mediante el análisis preciso del conjunto histórico social, hace que las acciones aisladas sean revolucionarias o contra revolucionarias. La actualidad de la revolución significa, en consecuencia, esto: tratar todo el problema cotidiano particular en relación concreta con la totalidad histórica social; considerarlos como momentos en la emancipación del proletariado. El enriquecimiento que el marxismo debe a Lenin consiste simplemente -¡simplemente! en el nexo más íntimo, más visible y más cargado de consecuencias de las acciones aisladas con el destino general, el destino revolucionario de la clase obrera en su totalidad. Significa simplemente que cada cuestión actual -por lo pronto en la medida que es una cuestión del orden del día- se ha vuelto, a la vez, un problema fundamental de la revolución.

La evolución del capitalismo ha convertido a la revolución proletaria en un punto del orden del día. Lenin no es el único en haber previsto la cercanía de esta revolución. De todos modos se distingue por su valor, su devoción y su abnegación, no sólo de quienes -en el momento en que la revolución proletaria proclamada por ellos como teoría ha entrado en su fase práctica- huyen cobardemente, sino que se distingue también por su claridad teórica de los mejores revolucionarios contemporáneos, los más lúcidos y los mas fervientes. Pues hasta estos mismos no han reconocido la revolución proletaria nada más que en la manera en que Marx la concibió en su época: como problema fundamental de todo el período. Pero fueron incapaces de hacer de este conocimiento -exacto en la perspectiva de la historia mundial, pero tan solo en esta perspectiva- el hilo conductor, seguro para regular todas las cuestiones del día, tanto las cuestiones políticas como las económicas, tanto las teóricas como las tácticas, las de agitación y las de organización. Tan solo Lenin ha dado el paso adelante hacia la concretización del marxismo, que actualmente se ha vuelto del todo práctico. Por lo tanto, Lenin es, según una escala histórica mundial, el único teórico a la altura de Marx, que haya producido hasta el momento la lucha por la emancipación del proletariado.

Capítulo II

El proletariado como clase dominante

La inestabilidad de la situación en Rusia se reveló mucho tiempo antes del verdadero desarrollo del capitalismo, mucho tiempo antes de la existencia de un proletariado industrial. La disolución de la feudalidad agraria y la fragmentación del absolutismo burocrático ya se habían convertido en hechos incontestables de la realidad rusa desde tiempo atrás, y habían dado nacimiento además -en la agitación campesina y en el estado revolucionario de la *intelligentsia* "déclassée"- a capas sociales que se sublevaban de cuando en cuando contra el zarismo, aunque de modo oscuro, confuso y puramente elemental. Es evidente que el desarrollo del capitalismo tenía que aumentar considerablemente este sacudimiento objetivo y sus consecuencias ideológicas revolucionarias, aunque el hecho de este desarrollo, del mismo modo que su importancia, hayan quedado ocultos para los más lúcidos. En la segunda mitad del siglo XIX se hizo cada vez más evidente que Rusia, todavía en 1848 el baluarte de la reacción europea, avanzaba poco a poco hacia una revolución. El problema era únicamente éste: ¿qué carácter tendría esta revolución? Y, en estrecha relación con éste, ¿qué clase habría de desempeñar en ella el papel dirigente?

No es necesario decir que las primeras generaciones de revolucionarios se plantearon estas preguntas de manera bastante confusa. Vieron ante todo, en los grupos que se levantaron contra el

zarismo, un conjunto homogéneo: el pueblo. La división entre intelectuales y trabajadores manuales no podía sin duda seguir siendo inadvertida ni siquiera a este nivel de desarrollo, pero no tenía ningún peso decisivo, dado que el "pueblo" aún no podía tener un carácter pronunciado desde el punto de vista de clases y que, entre los intelectuales, tan sólo los revolucionarios realmente sinceros habían adherido al movimiento; revolucionarios cuyos principios inquebrantables eran: integrarse al "pueblo", estar al servicio exclusivo de sus intereses.

Sea como fuere la evolución de Europa no podía, ni siquiera en esta etapa del movimiento revolucionario, dejar de influir sobre la marcha de los acontecimientos y, en consecuencia, la perspectiva histórica a partir de la cual los revolucionarios juzgaron los acontecimientos. Y aquí debía plantearse inevitablemente la pregunta: la evolución de Europa, el desarrollo del capitalismo ¿constituyen también un destino inexorable para Rusia? ¿Rusia debe pasar a través del infierno del capitalismo para encontrar salvación en el socialismo? ¿O es capaz de saltar esos estadios de desarrollo, gracias a la originalidad de sus condiciones, a causa de la comuna aldeana que aún existe, y encontrar directamente, a partir del comunismo primitivo, el camino del comunismo evolucionado?

La respuesta a esta pregunta no era entonces tan evidente como parece serlo hoy. El mismo Engels contestó en 1882: si una revolución en Rusia desencadena a la vez una revolución proletaria en Europa, "la propiedad comunitaria rusa actual podrá servir entonces de punto de partida para un desarrollo comunista".

No se trata ahora de describir, ni siquiera de esbozar, la historia de las luchas teóricas en torno a esta cuestión. Tan sólo debemos elegir nuestro punto de partida, puesto que con él se planteó para Rusia la cuestión de la clase dirigente en la revolución venidera. Pues es evidente que el reconocimiento del comunismo aldeano como punto de partida y fundamento económico de la revolución convierte necesariamente a los campesinos en la clase dirigente del trastorno social. Y de acuerdo a esta base económico social de la revolución, diferente de la base de Europa, la revolución debía buscar también un fundamento teórico diferente del materialismo histórico, que es tan sólo la expresión teórica del pasaje necesario del capitalismo al socialismo, que la sociedad realiza bajo

la dirección de la clase obrera. El debate se refiere a saber si Rusia está en condiciones de desarrollarse de modo capitalista, si el capitalismo puede desarrollarse en Rusia, la controversia científico-metodológica trata de saber si el materialismo histórico es una teoría de la evolución social con validez universal y, finalmente, la discusión procura establecer qué clase social está llamada a ser el verdadero motor de la revolución rusa: todo esto gira en torno del mismo problema. Todo esto es la expresión ideológica de la evolución del proletariado ruso: momentos del desarrollo de su independencia ideológica (y, en consecuencia, táctica, organizativa, etc.) frente a las otras clases de la sociedad.

Este es un proceso penoso y de largo alcance, que cada movimiento obrero debe dominar. Aquí son específicamente rusos, tan sólo los problemas particulares, para los cuales la originalidad de la situación de clases y la autonomía de los intereses de clase del proletariado adquieren importancia (en Alemania la clase obrera se encontraba en ese estadio en el período de Lasalle, Bebel y Schweitzer, y la unidad alemana era una cuestión decisiva). Pero justamente estos problemas locales particulares habían de encontrar, *en la medida en que lo eran,* una verdadera solución cuando se adquiriera para el proletariado *la autonomía de acción siguiendo una línea de clase.* La mejor formación teórica no sirve aquí absolutamente de nada, si se limita a lo *general*; para llegar a ser eficaz en la práctica ha de expresarse justamente en la solución de estos problemas *particulares.* (Por ejemplo, el ardiente internacionalista Wilhelm Liebknecht, discípulo directo de Marx, no logra ni con frecuencia ni con seguridad, en problemas particulares semejantes, encontrar la decisión justa que hay que tomar, si se lo compara con los discípulos de Lasalle que, desde el punto de vista puramente teórico, eran mucho más confusos). Pero también existe, en esta situación, el hecho específicamente ruso: esta lucha teórica, que interesa a la autonomía del proletariado, que interesa al entendimiento de su papel dirigente en la revolución ascendente, no ha encontrado en ninguna parte una solución tan clara y tan precisa como en Rusia. Así es que las vacilaciones y las recaídas que podemos encontrar en todos los países desarrollados, sin excepción, -no en los resultados de la lucha de clases dentro de la cual son inevitables, sino en la claridad teórica y la seguridad en la táctica y la organización del movimiento obrero- pudieron

ser evitados, en buena parte, al proletariado ruso. Este pudo -por lo menos en lo que se refiere a su capa más consciente- desarrollarse claramente desde el punto de vista teórico y organizativo, del mismo modo que su situación objetiva de clase se desarrolló directamente a partir de las fuerzas económicas del capitalismo ruso.

Lenin no fue el primero que emprendió esta lucha. Pero fue el único que pensó radicalmente, hasta su término necesario, todas las cuestiones, el único que puso en práctica de modo total su comprensión teórica.

Lenin era tan sólo uno de los voceros teóricos en la lucha contra el socialismo ruso "autóctono", contra los *narodniki* (populistas). Esto se puede comprender fácilmente, pues su lucha teórica tenía el propósito de probar el papel dirigente y autónomo del proletariado en el destino de Rusia. Pero como el camino y los medios de esta discusión sólo podían reducirse a probar que el curso típico de la evolución del capitalismo, trazado por Marx (la acumulación primitiva) era también valedero para Rusia, estos debates debían traer a un mismo terreno, *pasajeramente,* a los voceros de la lucha de clases proletaria y a los ideólogos del capitalismo ruso naciente. La diferenciación teórica del proletariado del magma que constituye el "pueblo" no provocó automáticamente la comprensión y el reconocimiento de su autonomía, de su papel dirigente. ¡Por el contrario! La simple consecuencia mecánica y no dialéctica de la prueba que las consecuencias de la vida económica en Rusia iban en el sentido del capitalismo, parecen ser el reconocimiento entero de esta realidad, un aliciente a su llegada. Y sin duda no sólo para la burguesía liberal, cuya ideología -transitoriamente "marxista"- se hace comprensible, si se considera que el marxismo es la única teoría económica que muestra necesariamente la génesis del capitalismo a partir de la disolución del mundo precapitalista. Este punto de encuentro debe parecer aún más necesario a todos los marxistas "proletarios", que conciben al marxismo de manera mecánica y no dialéctica, a los que no comprenden -eso que Marx aprendió de Hegel e hizo entrar en su teoría después de haberla liberado de toda mitología y todo idealismo- que el reconocimiento de un hecho o una tendencia como existentes realmente no significa que deba ser reconocida *como realidad determinante de la acción*. Y el deber sagrado de todo

marxista auténtico consiste sin duda en contemplar los hechos de frente, sin ilusiones ni temores, pues para el verdadero marxista hay algo más verdadero y, en consecuencia, más importante que los hechos aislados o las tendencias: *la realidad del proceso general*, la totalidad de la evolución de la sociedad. Por tal razón escribe Lenin: "La tarea de la burguesía consiste en desarrollar los *trusts,* en enviar niños y mujeres a las fábricas, en arruinarlos, gastarlos y condenarlos a la mayor de las miserias. Nosotros no reclamamos semejante evolución, no la 'sostenemos'; luchamos, por el contrario, contra ella. Pero, ¿de qué manera luchamos? Sabemos que los *trusts* y el trabajo de las mujeres en las fábricas representan un progreso. No queremos retroceder hasta un artesanado, hasta el capitalismo sin monopolio y el trabajo de las mujeres en la casa. ¡Queremos ir a través de los *trusts,* y más allá de ellos hacia el socialismo!"

Hemos determinado así el ángulo desde el cual resuelve Lenin todo este conjunto de cuestiones. Y de aquí se desprende que el reconocimiento de la necesidad de un desarrollo capitalista en Rusia, el reconocimiento del progreso histórico a él ligado, no significan en modo alguno que el proletariado deba sostener tal desarrollo. El proletariado se ve forzado a saludar este desarrollo, el único que prepara el terreno para el advenimiento del proletariado como factor de poder decisivo. Pero también debe saludarlo como una *condición previa para su propia lucha despiadada* con el verdadero agente de ese desarrollo: contra la burguesía.

Es tan sólo gracias a esta concreción dialéctica de la necesidad de las tendencias históricas que se crea el espacio teórico para la aparición autónoma del proletariado en la escena de la lucha de clases. Pues si se afirma la necesidad del desarrollo capitalista en Rusia, como lo han hecho los campeones ideológicos de la burguesía rusa, y anteriormente los mencheviques, se deduce de aquí la consecuencia de que Rusia debe, ante todo, terminar su evolución capitalista. El agente de esta evolución es la burguesía. Tan sólo cuando esta evolución esté muy avanzada, cuando la burguesía haya limpiado los escombros políticos y económicos del feudalismo y haya puesto en marcha un país moderno, capitalista, democrático, etc., podrá iniciarse la lucha de clases autónoma del proletariado. La aparición prematura de un proletariado con objetivos de clase autónomos sería inútil, no sólo porque el proleta-

riado en tanto que factor de poder propio, apenas entra en línea de cuenta en esta lucha entre la burguesía y el zarismo, sino también porque amenaza serle fatal, dado que asusta a la burguesía, debilita su potencia de choque frente al zarismo y la arroja directamente a los brazos de éste. Por lo tanto, el proletariado no entra -por el momento- en juego nada más que como *fuerza de apoyo* de la burguesía liberal en su combate por una Rusia moderna.

Está claro, aunque no haya sido totalmente dilucidado en las discusiones, que la cuestión de la actualidad de la revolución era el fundamento de toda esta controversia, y que es a partir de aquí que los caminos divergieron para los participantes de dicha controversia, que no eran ideólogos burgueses más o menos conscientes; la cuestión consistía en saber si la revolución debía ser considerada como un problema actual, o si como "objetivo final" lejano sería incapaz de ejercer una influencia determinante sobre las decisiones del momento. Sin embargo, resulta más que discutible que el punto de vista menchevique, aun en el caso de que la justeza de sus perspectivas históricas sea reconocida, haya sido aceptable para el proletariado; es posible preguntarse, en efecto, si un seguidismo tan fiel en relación a la burguesía no oscurece la conciencia de clase del proletariado hasta el punto que una separación con esta burguesía deba volver -hablando ideológicamente- imposible, o por lo menos difícilmente posible una *acción autónoma del proletariado*, inclusive en un momento de la historia que la teoría menchevique consideraba favorable. (Pensemos en el movimiento obrero inglés). Evidentemente esta hipótesis es ociosa en la práctica.

Pues la dialéctica de la historia, que los oportunistas procuran suprimir en el marxismo, debe seguir operando en los hechos mismos contra su propia voluntad; esta los empuja hacia el campo de la burguesía, y el momento en que el proletariado debe entrar en escena de manera autónoma es rechazado por ellos y enviado a una lejanía nebulosa, a un futuro que nunca llegará en la realidad.

La historia ha dado la razón a Lenin y a los escasos anunciadores de la actualidad de la revolución. *La alianza con la burguesía progresista,* que ya en la época de las luchas por la unidad alemana había revelado ser una ilusión, hubiera sido fecunda si hubiera sido posible para el proletariado, en tanto que clase, seguir a la

burguesía en su alianza con el zarismo. Pues se desprende de la actualidad de la revolución proletaria que la burguesía ha dejado de ser una clase revolucionaria. El proceso económico del cual ha seguido siendo agente y beneficiaria significa sin duda un progreso frente al absolutismo y al feudalismo. Pero este carácter progresista de la burguesía se ha vuelto dialéctico a su vez. Eso significa que se ha aflojado el vínculo necesario de las condiciones económicas de existencia de la burguesía con las exigencias de la democracia política, del Estado constitucional, etc., que fueron realizados, aunque sólo parcialmente, por la gran revolución francesa sobre las ruinas del absolutismo feudal. El advenimiento cada vez más acelerado de la revolución proletaria vuelve por una parte posible *una alianza entre la burguesía y el absolutismo feudal* que, al garantizar las condiciones económicas de existencia y el acrecentamiento de la burguesía, permite la preponderancia política a las antiguas potencias dirigentes. *Por otra parte la burguesía, que se debilita ideológicamente de este modo, trasmite a la revolución proletaria la realización de sus antiguas reivindicaciones revolucionarias.* Aunque esta alianza entre la burguesía y las antiguas potencias dirigentes sea muy problemática, ya que se trata de un compromiso provocado por el miedo común a una mayor calamidad y no por una alianza de clases fundada en una comunidad positiva de intereses, constituye no obstante un hecho nuevo e importante. Frente a esto la "prueba" esquemática y mecánica del "nexo necesario" entre el desarrollo capitalista y democracia se revela como una pura ilusión. Lenin ha dicho: "De modo general, la democracia política es tan solo una de las *formas* posibles (aún cuando sea teóricamente normal para el capitalismo puro) de las *superestructuras* del capitalismo. Como lo prueban los hechos, el capitalismo, lo mismo que el imperialismo se desarrolla bajo cualquier forma política y subordina todas estas formas". En Rusia, en especial, este rápido viraje de la burguesía, que pasó de una oposición aparentemente radical a un apoyo del zarismo, descansa esencialmente en el hecho de que el capitalismo, que no había tenido en Rusia un desarrollo "orgánico", sino que había sido trasplantado, mostró ya desde sus comienzos un carácter pronunciado de monopolio (preponderancia de las grandes empresas, función del capital financiero etc.). De aquí se desprende que la burguesía fue un estrato social numéricamente más reducido y socialmente más débil

que en otros países que han tenido un desarrollo capitalista más "orgánico"; pero también se deduce de aquí, al mismo tiempo, que el proletariado revolucionario encuentra en las grandes empresas los fundamentos materiales necesarios para su desarrollo, y más rápidamente de lo que lo hubiera permitido suponer la interpretación esquemáticamente estática del ritmo del desarrollo del capitalismo ruso.

Pero si la alianza con la burguesía liberal demuestra ser ilusoria, si el proletariado que ha ganado a duro precio su independencia, rompe definitivamente con la noción caótica de "pueblo", ¿no se encuentra acaso de modo definitivo, y justamente a causa de esa independencia difícilmente conseguida, en un aislamiento sin esperanzas, no se ve llevado a una lucha destinada necesariamente al fracaso? Esta objeción fácil de prever que se ha formulado frecuentemente contra la visión de la historia de Lenin sería valedera si el rechazo de la teoría agraria de los *narodniki*, el reconocimiento de la disolución necesaria de los restos del comunismo agrario, no fueran también de naturaleza dialéctica. La dialéctica de este proceso de disolución -pues el conocimiento dialéctico nunca es más que la formulación conceptual de una situación de hecho real-dialéctica- consiste en esto: la necesidad de la disolución de estas formas sólo tiene un sentido claramente determinado de tipo negativo, como proceso de disolución. Es absolutamente imposible determinar, a partir de este último, el aspecto que tomará el proceso en su aspecto positivo. Esto depende de la evolución del concepto social, del destino de la totalidad histórica. En términos más concretos: este proceso de disolución económicamente inevitable de las viejas formas agrarias (desde el caso del gran terrateniente hasta el pequeño campesino) puede producirse de dos maneras. Según las palabras de Lenin: "Las dos formas de la solución facilitan, cada una a su manera, el pasaje a un grado superior de técnica, y todas van en el sentido del progreso de la agricultura". El primer camino consiste en barrer de la vida campesina todos los residuos medievales (y anteriores). El segundo, y Lenin lo llama el modo "prusiano", "se caracteriza por el hecho de que la liquidación del legado medieval de las relaciones de propiedad de la tierra no se hace de una vez por todas, sino mediante una adaptación progresiva al capitalismo". Estos dos caminos son posibles y los dos representan un progreso, económicamente hablando, en

relación al *statu quo*. Pero si estas dos tendencias son igualmente posibles y, en un cierto sentido igualmente progresistas, ¿quién habrá de decidir sobre la realización efectiva de una de las dos tendencias? La respuesta de Lenin a esta pregunta, como a todas las otras, es clara y precisa: la lucha de clases.

De este modo se perfilan más claramente y más concretamente los grandes rasgos del contexto en el cual el proletariado habrá de aparecer de modo autónomo como clase dirigente. Pues la *fuerza decisiva* en esta lucha de clases, que para Rusia significa el paso de la Edad Media a la época moderna, *debe ser necesariamente el proletariado*. Los campesinos, no solo en razón de su nivel cultural terriblemente atrasado, sino sobre todo a causa de su situación objetiva, de clase, sólo son capaces de una rebelión elemental contra una situación que se vuelve cada vez más insostenible. Por su situación objetiva de clase, están destinados a seguir siendo un sector social vacilante entre diversas políticas, una clase cuyo destino depende al fin de cuentas de la lucha de clases de la ciudad, de la suerte de las ciudades, de la gran industria, del aparato del Estado, etc.

Es tan sólo en este contexto que la decisión recae en las maños del proletariado. Su lucha contra la burguesía sería tal vez en el instante histórico dado, menos rica de perspectivas si la burguesía lograra liquidar a su beneficio la situación feudal del campo ruso. Es el zarismo que, al volverle la tarea más difícil explica principalmente su actitud transitoriamente revolucionaria o, por lo menos, de oposición. *Pero mientras esta cuestión no se resuelva, es posible en cualquier instante un desencadenamiento elemental de millones de campesinos sometidos y superexplotados.* Un desencadenamiento elemental, al cual sólo el proletariado puede dar una orientación que conduzca al movimiento de masas a un objetivo realmente beneficioso para ellas. Un desencadenamiento elemental que crea entonces las condiciones en las cuales el proletariado puede emprender el combate contra el zarismo y la burguesía, con todas las posibilidades de victoria a su favor.

Así es que la estructura económica y social de Rusia ha creado los fundamentos objetivos de la alianza entre el proletariado y los campesinos. Sus objetivos de clase son diferentes. Es por tal razón que el maridaje caótico, en la noción populista y confusa de "pueblo" debía dislocarse. Ellos no pueden realizar sus objetivos

de clase independientemente de la lucha común. Así vemos que se transforma dialécticamente la vieja idea de los *narodniki* en la concepción leninista del carácter de la revolución rusa. La noción confusa y abstracta de "pueblo" debió ser apartada, pero tan sólo para que surgiera, a partir del entendimiento concreto de las condiciones de una revolución proletaria, la noción de pueblo en su acepción revolucionaria, o sea, la alianza revolucionaria de todos los oprimidos. Es por tal motivo que el partido de Lenin se considera justamente como heredero de las tradiciones auténticamente revolucionarias de los *narodniki*. Pero como la conciencia, y junto con ella la facultad de dirigir tal lucha, sólo se encuentran en la *conciencia de clase del proletariado*, éste puede y debe, en la revolución que adviene, llegar a ser la clase dirigente del sacudimiento social.

Capítulo III

El partido dirigente del proletariado

La misión histórica del proletariado consiste, pues, en apartarse de todo entendimiento ideológico con las otras clases y alcanzar su clara conciencia de clase sobre la base de la especificidad de su situación de clase y la autonomía de sus intereses clasistas, que derivan de aquélla. Tan sólo de esta manera será capaz de dirigir a todos los oprimidos y explotados de la sociedad burguesa, en la lucha común contra sus amos políticos y económicos. El fundamento objetivo del papel dirigente del proletariado es su papel en el proceso de producción del capitalismo. Pero sería aplicar mecánicamente la teoría marxista, y se tolerarían ilusiones contrarias a la verdad histórica, si se llegara a imaginar que la conciencia de clase verdadera y capaz de conducir a la toma del poder es capaz de nacer espontáneamente en el seno del proletariado, progresivamente, sin tropiezos, sin regresiones, *como si el proletariado pudiera adquirir ideológicamente su vocación revolucionaria de acuerdo a una línea de clase.* Los debates en torno a las tesis de Bernstein han demostrado claramente la imposibilidad de la transformación económica del capitalismo en el socialismo. La réplica ideológica de esta doctrina ha subsistido sin embargo activamente en el pensamiento de numerosos revolucionarios sinceros de Europa, sin ser rechazada, sin ser reconocida siquiera como problema o peligro. No es que los más avisados entre ellos hayan desconocido la existencia y la importancia del problema, que no hayan comprendido

que la victoria definitiva del proletariado debe pasar por un largo camino y por numerosas derrotas, y que las regresiones, no solo materiales sino también ideológicas, en un estadio inferior al nivel de evolución ya alcanzado, son inevitables. Ellos sabían -para utilizar la fórmula de Rosa Luxemburgo-, que la revolución no podía llegar demasiado "temprano" desde el punto de vista de las premisas social-económicas, y que al mismo tiempo llegaría necesariamente demasiado "temprano", antes de que el proletariado en su conjunto estuviera penetrado de la conciencia de clase socialista, es decir, fuera capaz de mantener el poder. Aún en el caso que, en esta perspectiva histórica sobre el camino que ha de recorrer el proletariado para liberarse, se considere que una autoeducación revolucionaria espontánea de las masas proletarias (por las acciones de masa y sus lecciones), sostenida por una agitación, una propaganda, etc., teóricamente justas del partido, baste para garantizar la evolución necesaria, no se ha sobrepasado así de ningún modo el punto de vista de la ideología de la espontaneidad, del advenimiento progresivo y automático del proletariado en su vocación revolucionaria.

Lenin fue el primero -y durante mucho tiempo el único- líder teórico importante que encaró el problema central desde el punto de vista teórico y decisivo desde el punto de vista práctico: desde el ángulo de la organización. El diferendo sobre el primer párrafo de los estatutos de la organización del Congreso de Bruselas-Londres de 1903 es conocido por todos. La cuestión consistía en saber si el que sostenía el partido y trabajaba bajo su control podía a la vez ser miembro (como lo querían los mencheviques) o si la participación en las organizaciones ilegales, la absorción de la totalidad de la existencia en el trabajo del partido, la subordinación total a su disciplina -concebida de manera muy severa- también eran indispensables. Las otras cuestiones organizativas como por ejemplo la centralización, son tan sólo las consecuencias necesarias y objetivas de esta toma de posición. Por otra parte, esta controversia sólo es comprensible a partir de las dos posiciones fundamentales antagónicas sobre la posibilidad, el desarrollo probable y el carácter de la revolución, relaciones que en esa época habían sido analizadas únicamente por Lenin.

El plan de organización bolchevique hace surgir de la masa más o menos caótica del conjunto de la clase un grupo de

revolucionarios conscientes de la finalidad y dispuestos a todos los sacrificios. Pero ¿no se corre el riesgo de que estos "revolucionarios profesionales" se desprendan de la vida de su clase y que, como consecuencia de la separación, degeneren en grupo conspirador, en secta? Este plan de organización ¿no es acaso la consecuencia práctica de ese "blanquismo" que los revisionistas "perspicaces" pretenden descubrir incluso en Marx? No es posible estudiar aquí en qué medida este reproche es erróneo, incluso respecto de Blanqui. De todos modos, no llega a tocar la base de la doctrina leninista de la organización, pues, según Lenin, el grupo de revolucionarios profesionales no ha tenido en ningún momento por misión "hacer" la revolución, o arrastrar tras de sí a la masa inactiva, con su acción independiente y valerosa, colocándola de alguna manera frente al hecho consumado de la revolución. *La idea leninista de la organización presupone la realidad de la revolución, la actualidad de la revolución.* Si los mencheviques hubieran tenido la última palabra en su previsión de la historia, si hubieran ido más allá de un período de prosperidad relativamente calmo y de extensión progresiva de la democracia, en que los vestigios de la feudalidad hubieran sido barridos en los países atrasados por el "pueblo" y por las clases "progresistas", los grupos de revolucionarios profesionales se habrían fijado entonces en el sectarismo, o se habrían convertido en simples círculos de propagandistas. El partido, en tanto que organización fuertemente centralizada de los elementos más conscientes del proletariado -y solamente estos- *sería concebido como el instrumento de la lucha de clases en un período revolucionario.* "No se puede -decía Lenin- separar mecánicamente las cuestiones políticas de las cuestiones organizativas", y aquel que aprueba o rechaza la organización bolchevique del partido, sin tener en cuenta si estamos o no en la época de las revoluciones proletarias, no ha comprendido nada de la esencia de esta organización.

Pero, desde un punto de vista totalmente opuesto se podría presentar la objeción siguiente: la actualidad de la revolución vuelve precisamente superflua esta organización. Quizás haya sido útil, en un período de detención del movimiento revolucionario, unir a los revolucionarios profesionales en una organización. Pero dicha organización es inútil y absurda en los años revolucionarios cuando las masas están profundamente trastornadas, cuando re-

cogen mayores experiencias revolucionarias y maduran en algunas semanas, a veces en unos días, más que en diez años, cuando aparecen sobre la escena de la revolución hasta algunos elementos de la clase que habitualmente no participan en el movimiento, aunque se trate de sus intereses cotidianos inmediatos. La organización desperdicia así energías que podrían haber sido aprovechadas y, cuando su influencia se extiende, se convierte en un freno a la actividad creadora, revolucionaria y espontánea de las masas.

Es evidente que esta objeción nos lleva al problema ya evocado: ¿cómo puede el proletariado ideológicamente penetrarse de su vocación revolucionaria, según una línea clasista? El *Manifiesto Comunista* caracteriza muy netamente los contactos entre el partido revolucionario del proletariado y el conjunto de clase. "Los comunistas no se distinguen de otros partidos obreros más que por dos puntos: en las diferentes luchas nacionales de los proletarios anteponen y hacen valer los intereses independientes de la nacionalidad, que son comunes a todas los proletarios y, en las diferentes fases que atraviesa la lucha entre los proletarios y los burgueses, ellos representan siempre los intereses del proletariado en su conjunto. Prácticamente los comunistas son, por lo tanto, la fracción más resuelta de los partidos obreros en todos los países, la fracción que arrastra a todas las otras; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de una inteligencia clara de las condiciones de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario". En otros términos: *ellos son la encarnación visible de la conciencia de clase del proletariado.* Y la cuestión de su organización depende de la manera probable en que el proletariado conquiste verdaderamente su propia conciencia de clase, y la haga enteramente suya. Aquél que no ponga en duda pura y simplemente la función revolucionaria del partido, reconocerá que esto no se hace automáticamente bajo el efecto mecánico de las fuerzas económicas de la producción capitalista, ni por el simple desarrollo orgánico de la espontaneidad de las masas. La diferencia entre la concepción que tenía Lenin del partido y los otros conceptos reposa esencialmente en dos puntos: primeramente la diferenciación económica en el seno del proletariado (la aparición de la aristocracia obrera, etc.), está analizada más a fondo y en todas sus consecuencias; segundo, la cooperación revolucionaria del proletariado con las otras clases está tomada dentro de

la perspectiva histórica nueva que ha sido trazada. De ahí surge una importancia creciente del proletariado en la preparación y en la dirección de la revolución y, por consiguiente, en el papel dirigente del partido en lo que concierne a la clase obrera.

El nacimiento y la importancia creciente de la aristocracia obrera llega, a partir de este punto de vista, al hecho siguiente: la divergencia permanente, aunque relativa, entre los intereses cotidianos inmediatos de algunas capas obreras y los verdaderos intereses de toda la clase, no hace más que aumentar y se petrifica en el desarrollo. El desarrollo capitalista, que al principio ha nivelado y unificado por la fuerza a la clase obrera dividida por el alejamiento geográfico y por la existencia de corporaciones de oficios, etc., crea ahora una nueva diferenciación. Y esto no tiene sólo por consecuencia que el proletariado ya no se oponga a la burguesía con hostilidad unánime. Además, aparece el peligro de que estas capas sociales sean capaces de influir a la clase obrera toda entera y hacerla retroceder en la medida en que, al tener acceso al estilo de vida pequeño burgués, ocupen puestos en la burocracia del partido, o en los sindicatos, a veces hasta en las municipalidades, etc., adquieran cierta superioridad con respecto a las otras capas del proletariado en cuanto a la cultura formal, la rutina administrativa, etc., y esto a pesar (o más bien a causa) de su ideología aburguesada, de su falta de madurez de conciencia de clase proletaria. Dicho de otro modo: ellas contribuyen con su influencia en las organizaciones del proletariado a oscurecer la conciencia de clase de todos los trabajadores, a orientarlos hacia un acuerdo tácito con la burguesía.

Frente a tal peligro, ni la simple claridad teórica de los grupos revolucionarios conscientes, ni la agitación y la propaganda correspondientes pueden bastar. Pues durante mucho tiempo estos intereses antagónicos no aparecen claramente para todos los obreros, al punto que a veces sus representantes ideológicos no se percatan que se han apartado de los caminos de la clase obrera en su conjunto. Por esto, tales diferencias pueden estar fácilmente ocultas a los ojos de los obreros, y presentarse como "divergencias teóricas de opinión", simples "diferencias tácticas". El *instinto revolucionario* de los obreros, que se descarga a veces en amplias acciones espontáneas de masas, es incapaz de mantener la conciencia de clase al

nivel alcanzado a través de la acción espontánea, y conservarla en tanto que adquisición duradera para toda la clase obrera.

Aunque no fuera más que por este motivo, la organización autónoma de elementos totalmente conscientes de la clase se vuelve esencial. Pero este estudio nos muestra que *la forma de organización está para Lenin indisolublemente ligada a la previsión de la proximidad de la revolución.* Pues es sólo en este contexto que toda derivación del verdadero camino de la clase obrera aparece como fatal e irremediable; que la decisión tomada sobre una cuestión de actualidad, aparentemente sin gran importancia, puede tener un alcance considerable para toda la clase obrera; y es sólo dentro de este contexto que se vuelve vital para el proletariado el ver materializarse a través de su partido, de manera bien visible y clara, el pensamiento y la acción que corresponden verdaderamente a su situación de clase.

Pero la actualidad de la revolución significa, al mismo tiempo, que la efervescencia de la sociedad, el hundimiento de sus antiguas estructuras, no se limita únicamente al proletariado, sino que se apodera de todas las clases de la sociedad. El verdadero criterio de una situación revolucionaria es, en efecto, según Lenin, que "las capas inferiores de la sociedad no quieren vivir a la antigua manera y también que las capas superiores no pueden ya vivir a la antigua manera"; "la revolución no es posible sin una crisis de la nación entera que llegue tanto a los explotados como a los explotadores". Cuanto más profunda es la crisis, más numerosas son las capas sociales alcanzadas, tanto más encierra movimientos entrecruzados diferentes, y tanto más las relaciones de fuerza entre las dos clases de las que depende la lucha al fin de cuentas, la burguesía y el proletariado, se vuelven confusas y cambiantes. *Si el proletariado quiere ser victorioso en esta lucha, debe alentar y sostener toda corriente que contribuya a pudrir a la sociedad burguesa, buscando integrar en el movimiento revolucionario de conjunto todo movimiento elemental, por poco claro que sea, de cualquier sector oprimido.* Y la cercanía de un período revolucionario se caracteriza también por el hecho de que todos los descontentos de la antigua sociedad buscan unirse al proletariado, o por lo menos aliarse con él. Aquí se sitúa precisamente un grave peligro. Pues si el partido del proletariado no está organizado de manera que garantice la justeza de la orientación de su política de clase, estos aliados, que siempre

tienden a multiplicarse dentro de una situación revolucionaria, en lugar de ser una ayuda no pueden aportar más que el desorden. Por supuesto, las otras capas sociales oprimidas (campesinos, pequeño burgueses, intelectuales) no tienen los mismos objetivos que el proletariado. El proletariado, si sabe lo que quiere y lo que debe desear desde el punto de vista de clase, puede aportar la liberación de la miseria social no sólo para sí mismo, sino también para las otras capas sociales. Si el partido, portador militante de la conciencia de clase, se muestra inseguro en cuanto al camino que debe seguir la clase obrera, si su mismo carácter proletario no está garantizado en el plano de la organización, las mencionadas capas sociales invadirán el partido del proletariado y lo apartarán de su camino. Así, *esta alianza*, que en caso de una organización del partido proletario con clara conciencia de clase hubiera apresurado la revolución, *puede convertirse en el peligro más grave para llegar a ella*.

La idea directriz de Lenin sobre el partido tiene en consecuencia, como polos opuestos indispensables: por una parte la selección más severa de los miembros en función de su conciencia de clase proletaria y, por otra, la solidaridad y el apoyo más total de todos los oprimidos y explotados de la sociedad capitalista. Se unen así de manera dialéctica la exclusividad consciente de la finalidad y la universalidad, la dirección de la revolución en un sentido estrictamente proletario y el carácter general nacional e internacional de la revolución. La organización menchevique debilitó estos dos polos, los mezcló, los hizo descender hasta el compromiso y los reunió dentro de ese espíritu *en el seno mismo del partido*. Se formó con grandes sectores de explotados (por ejemplo, los campesinos), pero reunió en el partido grupos de intereses muy diversos, que le estorbaron el pensamiento y la acción unitarios. Por consiguiente, en lugar de ayudar a la edificación dentro de la claridad necesaria de un *frente decisivo para la victoria final, el frente del proletariado contra la burguesía, clase contra clase*, en el caos de las clases en lucha (pues toda situación revolucionaria se expresa precisamente en un estado de trastorno caótico profundo de toda la sociedad), en lugar de reagrupar alrededor del proletariado a las organizaciones confusas de otros oprimidos, dicho partido se transforma él mismo en una mezcla confusa de elementos con intereses distintos. Sólo por medio de los compromisos internos puede desembocar

en alguna acción, y entonces es llevado a remolque por grupos que poseen una conciencia más clara o que son más activos, o bien sólo les queda la actitud contemplativa fatalista frente a los acontecimientos. La idea directriz de Lenin concerniente a la organización representa, pues, una doble ruptura con el fatalismo mecanicista; es decir, el que concibe la conciencia de clase del proletariado como un producto mecánico de su situación de clase, y el que no ve en la revolución misma más que el efecto mecánico de fuerzas económicas que se desencadenan por fatalidad, y que conducirían casi automáticamente al proletariado a la victoria, cuando las condiciones objetivas de la revolución hayan "madurado". *Pues si se debe esperar que el proletariado entre a la lucha decisiva conscientemente y en su totalidad, nunca llegará a presentarse esa situación revolucionaria.* Por un lado, siempre habrá sectores proletarios que asistirán pasivamente a la lucha emancipadora de su propia clase y que, en último extremo, se unirán al campo enemigo (y esto tanto más a medida que el capitalismo esté más desarrollado.) Por otra parte, la actitud misma del proletariado, su firmeza y su grado de conciencia de clase, no son en modo alguno el producto fatal resultante de la situación económica.

Es evidente que el mayor y mejor partido del mundo no puede "hacer" la revolución. Pero la forma en que reacciona el proletariado ante una situación dada depende ampliamente de la claridad y de la energía que el partido puede conferir a sus objetivos de clase. *En la época de actualidad de la revolución los viejos problemas de saber si la revolución puede hacerse o no adquieren una significación completamente nueva.* Y por ello se transforman también los contactos entre el partido y la clase, al igual que el significado de los problemas de organización para el partido y el conjunto del proletariado. Hacer la antigua pregunta de saber si se debe "hacer" la revolución vuelve a separar de manera rígida y no dialéctica la necesidad de un desenvolvimiento histórico y la actividad del partido militante. En el nivel en que "hacer" la revolución significa hacerla salir mágicamente de la nada, no podemos menos que negar este "hacer". Pero la actividad del partido en la época de la revolución significa otra cosa. Pues si el carácter fundamental de la época es revolucionario, una situación revolucionaria puede presentarse a cada instante en toda su acuidad. Rara vez se puede determinar de antemano y con exactitud el momento y las circunstancias de su

aparición. En cambio es posible determinar las tendencias que llevan a ella, al igual que los principios fundamentales de la acción adecuada cuando se inicia el proceso revolucionario. Sobre esta comprensión histórica se basa la actividad del partido. *El partido debe preparar la revolución*, es decir, por una parte debe acelerar la maduración de las tendencias que conducen a la revolución, por su acción propia y por su influencia sobre la acción del proletariado y los otros sectores sociales oprimidos. Por otra parte, debe preparar al proletariado para la acción necesaria en una situación revolucionaria aguda, a la vez en el plano ideológico, táctico, material y de organización. Las cuestiones internas de la organización del partido se sitúan entonces en una perspectiva nueva. Tanto la antigua concepción (representada igualmente por Kautsky) de la organización como *paso previo* de la acción revolucionaria, como la de Rosa Luxemburgo de la organización como *producto* del movimiento revolucionario de masas aparecen como unilaterales y no dialécticas. El partido, que tiene como función preparar la revolución, se vuelve a la vez -y con el mismo grado de intensidad - productor y producto, paso previo y fruto de los movimientos revolucionarios de masas. Pues la actividad consciente del partido descansa en el reconocimiento de la necesidad objetiva de desarrollo económico. Su severa delimitación organizativa vive en la interacción permanente y fructuosa con las luchas y la miseria elemental de las masas. Rosa Luxemburgo ha estado a veces muy cerca de esta interacción. Pero desconoció su *elemento consciente y activo.* Por esto, fue incapaz de reconocer el punto central que representa la concepción leninista del partido la función preparatoria del partido; es por esto que debió *equivocarse groseramente* sobre todos los principios de organización que se derivan.

La situación revolucionaria no puede, evidentemente, ser un producto de la actividad del partido. La tarea de éste es prever la dirección que tomará el desarrollo de las fuerzas económicas objetivas, prever en qué deberá consistir la actitud adecuada de la clase obrera en las situaciones así creadas. En función de esta previsión, el partido debe preparar, dentro de lo posible, las masas proletarias para los desarrollos futuros, y prepararlos también a la defensa de sus intereses en función de este porvenir, en el plano intelectual material y organizativo. Los acontecimientos y las situaciones que se desenvuelven son, sin embargo, productos

de fuerzan económicas de la producción capitalista, que se manifiestan ciegamente y con la apariencia de leyes naturales. Pero esto tampoco se hace aquí de manera mecánica y fatalista. Pues ya hemos podido ver, con el sólo ejemplo de la desorganización económica de la feudalidad agraria de Rusia, que el proceso de disgregación económica mismo es seguramente un producto necesario de la evolución capitalista, y que sus efectos desde el punto de vista de clase, las nuevas estratificaciones de clase consecuentes, no pueden fundarse con precisión en el proceso mismo, si se lo considera aisladamente, y que por lo tanto no son reducibles a dicho proceso. Dependen del contexto en el cual hayan tenido lugar. El destino global de la sociedad, sociedad cuyos elementos crean ese proceso, es el momento, decisivo al fin de cuentas, de su orientación. Pero en este conjunto las acciones de clase, ya sean elementales y espontáneas, o dirigidas conscientemente, juegan un papel decisivo. Y cuanto más trastornada está una sociedad, tanto más su "estructura normal" ha dejado de funcionar correctamente, tanto más su equilibrio social-económico está perturbado. En una palabra: cuanto más revolucionaria es una situación, tanto más determinante es el papel de la acción de clase. De ahí que el desarrollo en conjunto de la sociedad, en la era capitalista, no se efectúe absolutamente de acuerdo a una línea directa y simple. Resulta más bien de la acción combinada de fuerzas en el seno de la totalidad social, de situaciones en las cuales se puede realizar una tendencia determinada (...) cuando la situación ha sido comprendida con justeza y explotada en consecuencia. Pero la evolución de las fuerzas económicas que aparentemente han llevado a esta situación de manera irresistible no prosiguen el curso seguido hasta entonces, pues si se ha dejado escapar esta situación, en extraer las consecuencias, la carrera se transforma con frecuencia en una marcha en dirección opuesta. (Imaginemos la situación de Rusia si en noviembre de 1917, los bolcheviques no hubiesen tomado el poder, si no hubiesen llevado a buen término la revolución agraria. Una solución "prusiana" del problema agrario no hubiera estado enteramente excluida, es verdad, bajo un régimen contra-revolucionario, pero que, comparado con el zarismo, hubiera mostrado los rasgos de un capitalismo moderno).

Es sólo cuando se conoce bien el contexto histórico dentro del cual debe actuar el partido del proletariado que se puede

comprender realmente su organización. Ésta descansa sobre las inmensas tareas históricas que el período de declinación del capitalismo presenta al proletariado, sobre las inmensas responsabilidades en la escala de la historia universal que dichas tareas imponen a la capa dirigente y consciente del proletariado. Como representante de los intereses de conjunto del proletariado (y, de modo mediato, de los intereses de todos los oprimidos, del porvenir de la humanidad), y a partir del conocimiento del conjunto de la sociedad, el partido debe reunir en si todas las contradicciones por las cuales se expresan las tareas impuestas por el centro mismo de la totalidad social. Ya hemos recalcado que la selección más severa debe regir para los miembros del partido en cuanto al grado de conciencia de clase y a la devoción absoluta a la causa de la revolución, que debe correr pareja con la entera absorción en la vida de las masas sufrientes y combatientes. Y toda tentativa por cumplir con una sola de estas dos exigencias termina en una petrificación sectaria de los grupos, incluso aquellos compuestos por auténticos revolucionarios. (Este es el fundamento de la lucha que Lenin llevó contra el "izquierdismo", desde el otsovismo hasta el Partido Comunista Obrero Alemán KAPD, y mucho más allá de éstos). Pues la severidad de sus exigencias frente a los miembros del partido no es más que un medio de hacer adquirir conciencia al conjunto de la clase obrera (y por su intermedio a todas las clases sociales explotadas por el capitalismo) de sus verdaderos intereses, de todo lo que está en la base de sus acciones inconscientes, de sus pensamientos y sus sentimientos confusos.

Pero es sólo en la acción, en la lucha, que las masas adquieren conciencia de sus intereses, en una lucha cuyas bases sociales y económicas están en cambio perpetuo, y en *la cual la condiciones y los medios de lucha se transforman sin cesar.* El partido dirigente del proletariado no puede realmente realizar su misión *si no es adelantándose siempre un paso* a las masas en lucha, para indicarles el camino. Pero no debe adelantárseles más que *un paso,* pues debe estar siempre a la cabeza de un combate de *masas*. Su claridad teórica no es por lo tanto valedera más que en caso de no limitarse a la simple justeza de la teoría en general, y ha de dejar culminar a la teoría en el análisis concreto de la situación concreta, cuando la justeza teórica no expresa nada más que el contenido de la situación concreta. Por esto el partido debe poseer la claridad teórica y

la firmeza necesarias para mantenerse en el buen camino, pese a las fluctuaciones de las masas, e incluso corriendo el riesgo de aislarse momentáneamente. Pero, por otra parte debe seguir siendo receptivo y adaptable, sacar provecho de todas las manifestaciones provenientes de las masas, por confusas que sean y revelar a las masas las posibilidades revolucionarias que ellas son incapaces de ver por sí mismas.

Por esto el partido no puede ajustarse a la vida de la totalidad *sin la más estricta de las disciplinas dentro del partido*; si este no es capaz de adaptar instantáneamente su conocimiento teórico a la situación en perpetuo cambio, queda detrás de los acontecimientos, de dirigente se convierte en dirigido, pierde el contacto con las masas y se *desorganiza*. De ahí que la organización deba funcionar siempre con el mayor rigor y la más grande severidad a fin de transformar en el momento dado esta facultad de adaptación en hechos. Pero esto significa al mismo tiempo que la exigencia de adaptabilidad debe aplicarse permanentemente a la organización misma. Una forma de organización que ha sido útil para objetivos precisos, en un caso determinado, puede convertirse directamente en un obstáculo en condiciones de lucha diferentes.

Pues en la esencia de la historia está el producir siempre lo *nuevo.* Esta novedad no puede calcularse por adelantado gracias a alguna teoría infalible: debemos reconocerla en la lucha en sus primeros gérmenes y hacerla progresar hacia la conciencia clara. El partido no tiene por tarea imponer a las masas un tino determinado de comportamiento abstractamente elaborado, sino por el contrario, *aprender* permanentemente de las luchas y de los métodos de lucha de las masas. Y al preparar las acciones revolucionarias futuras, el partido debe ser *activo,* incluso al estudiar el comportamiento de las masas. Debe volver a éstas conscientes y ligar a la totalidad de las luchas revolucionarias lo que las masas han inventado espontáneamente, gracias a su instinto de clase debe, para emplear las palabras de Marx, explicar a las masas su propia acción, no sólo para asegurar la continuidad de las experiencias revolucionarias del proletariado sino también para activar conscientemente el desarrollo ulterior de dichas experiencias. La organización debe integrarse como instrumento en el conjunto de estos conocimientos y de las acciones que se deducen de ellos. Si no lo hace así, la organización será sobrepasada por la evolución

de las cosas que no ha comprendido y que, por lo mismo, ha controlado poco. Esto explica que *todo dogmatismo en la teoría y toda petrificación en la organización sean fatales para el partido.* Pues como lo dice Lenin, "cada nueva forma de lucha unida a nuevos riesgos y a nuevos sacrificios desorganiza inevitablemente las organizaciones que no están preparadas a esta nueva forma de combate". El deber del partido -para sí mismo igualmente, y con mayor motivo- es el de recorrer ese camino necesario, libre y conscientemente, convertirse antes que el peligro de desorganización sea real y actuar sobre las masas gracias a esta transformación, educándolas y animándolas.

Pues táctica y organización no son más que dos aspectos de un todo indivisible. *No se puede obtener resultados reales si no es actuando sobre las dos a la vez.* Cuando se trata de obtener resultados hay que ser a la vez consecuente y capaz de adaptación, mantener inexorablemente los principios y permanecer abierto a los cambios diarios. No hay nada en el plano táctico, o en el organizativo, que en sí aparezca como bueno o malo. Sólo los contactos con todo el destino de la revolución proletaria hacen que una idea, una medida, etc., sean justas o falsas. Es, por esto que Lenin, tras la primera revolución rusa, combatió con igual inflexibilidad a los partidarios del abandono de la ilegalidad, pretendidamente inútil y sectaria, y a aquellos que, al entregarse completamente a la ilegalidad, rechazaban las posibilidades legales; es por esto también que Lenin demostró un desdén tan intenso ante la absorción total por el parlamentarismo o el antiparlamentarismo de principio.

Lenin no sólo no ha sido políticamente un utopista, sino que jamás se hizo ilusiones sobre el material humano de su época. Queremos -dijo en el primer período heroico de la revolución proletaria victoriosa- instaurar el socialismo con hombres que han sido educados, podridos y corrompidos por el capitalismo, pero que justamente han sido templados por éste para el combate". Las exigencias enormes que la idea leninista de la organización impone a los revolucionarios profesionales no tienen en sí nada de utópicas, y tampoco nada del carácter superficial de la vida cotidiana, de la facticidad que acompaña a lo empírico. La organización leninista es en sí misma dialéctica y, por lo tanto, no es solamente el producto de un desarrollo histórico dialéctico, sino su promotora consciente en la medida en que *es a la vez producto*

y productora de su propia realidad. Los hombres crean ellos mismos su partido. Les es necesario lograr un elevado grado de conciencia de clase y de abnegación para querer y poder participar en la organización; pero se convierten en verdaderos revolucionarios profesionales tan sólo en la organización y por la organización. El jacobino que adhiere a la clase revolucionaria, procura por medio de su resolución su capacidad de acción, su sabiduría y su entusiasmo, dar forma y claridad a la clase. Pero es siempre el ser social de la clase, la consecuente conciencia de clase, lo que determina el contenido y el sentido de sus acciones. No se trata de la acción por procuración de la clase, sino la actividad misma de dicha clase en su apogeo. El partido llamado a dirigir la revolución proletaria no se presenta como ya listo para asumir su misión: *él tampoco es, pero llega a ser.* Y el proceso de interacción fructífera entre partido y clase se repite aunque de manera distinta, en los contactos entre el partido y los miembros del partido. Pues, como dice Marx en su tesis sobre Feuerbach: "La teoría materialista, que quiere que los hombres sean producto de las circunstancias y de la educación, que hombres transformados sean, en consecuencia, producto de otras circunstancias y una educación diferente, olvida que las circunstancias son precisamente transformadas por los hombres, y que el educador mismo debe ser educado". *La concepción leninista del partido es la ruptura más brutal con la vulgarización mecanicista y fatalista del marxismo.* Es la realización práctica de su naturaleza más auténtica y de sus tendencias más profundas. "Los filósofos no han hecho más que *interpretar* el mundo de maneras diversas; ahora se trata de *cambiarlo*".

Capítulo IV

El imperialismo: guerra mundial y guerra civil

¿Hemos entrado acaso en el período de luchas revolucionarias decisivas? ¿Ha llegado la hora en que el proletariado debe realizar, bajo pena de desaparecer, su misión de transformación en el mundo? Pues sin duda alguna no es la madurez del proletariado, ideológica u organizativa, la que puede provocar esta decisión, si la madurez, la decisión de combatir no son una consecuencia de la situación objetiva económico-social del mundo, que impulsa a esta decisión, Y un hecho, sea cual fuere, victoria o derrota, no puede en modo alguno decidir este problema. Incluso no se puede determinar si se trata de una victoria o de una derrota cuando se considera el hecho aisladamente: sólo su relación con la totalidad del desenvolvimiento histórico social hace de un hecho aislado una victoria o una derrota en la escala histórica mundial.

Es por esto que la controversia en la socialdemocracia rusa (en la época englobaba tanto a mencheviques como a bolcheviques), que estalló ya en el curso de la primera revolución para alcanzar su punto culminante después de la derrota de ésta, controversia para saber si al hablar de la revolución se debía escribir 1847 (antes de la revolución decisiva), o 1848 (después de la derrota de la revolución), desbordó necesariamente el cuadro estrecho de los problemas rusos. Su solución no puede encontrarse más que cuando se resuelve la cuestión del carácter fundamental de nuestra época. La cuestión más restringida es propiamente rusa: saber si la

revolución de 1905 ha sido una revolución burguesa o proletaria, si el comportamiento revolucionario y proletario de los obreros ha sido correcto, o si por el contrario representa una "falla"; y la cosa no puede encontrar respuesta fuera de este cuadro. De todos modos, el hecho de que se haya planteado el interrogante con tanta energía demuestra en qué dirección debe buscarse la respuesta. Pues la separación entre la derecha y la izquierda en el movimiento obrero tiende cada vez más, incluso fuera de Rusia, a tomar la forma de una caracterización general de la época. Discusión para saber si ciertos fenómenos económicos que se manifiestan cada vez más netamente (concentración de capital, importancia creciente de las altas finanzas, colonización, etc.), ¿son solamente grados cuantitativos del desarrollo "normal" del capitalismo, o prefiguran acaso la venida de un nuevo período capitalista e imperialista? Es una discusión por saber si las guerras que se volvían más frecuentes después de un período de paz relativa (guerra de los borres, guerra hispano-americana, rusojaponesa, etc.), debían ser consideradas como "fortuitas" o "episódicas", o si debemos considerarlas como signos precursores de un período de guerras cada vez más violentas. Discusión que trataba de saber finalmente si, en el caso de una evolución del capitalismo, que entraba en una nueva fase, bastarían los antiguos métodos de lucha del proletariado para hacer valer sus intereses de clase en medio de condiciones diferentes. Si las nuevas formas de lucha de la clase proletaria que han aparecido antes y durante la revolución rusa (huelga política en masa, insurrección armada) son acontecimientos de significación local, particular, que pueden representar incluso "fallas", "distracciones", o si son en realidad las primeras tentativas espontáneas de las masas, tomadas con un justo instinto de clase para ajustar su acción a la situación mundial. Conocemos la respuesta práctica de Lenin a este conjunto coherente de interrogantes. Se expresa más claramente aún en el hecho siguiente: poco después de la derrota de la primera revolución rusa, cuando las lamentaciones de los mencheviques reprochaban a los obreros haber ido "demasiado lejos", no haberse hecho matar, Lenin asumió, en el congreso de Stuttgart, el combate en favor de la claridad y la nitidez de la toma de posición de la II Internacional frente al peligro inminente de la guerra mundial imperialista, e intentó orientarlos en el sentido de *lo que debía hacerse contra esa guerra.*

La enmienda de Lenin-Rosa Luxemburgo fue aceptada en Stuttgart y más tarde ratificada por los congresos de Copenhague y de Basilea. Lo cual quiere decir que la II Internacional admitía fácilmente el peligro de una guerra mundial imperialista próxima y la necesidad de que el proletariado lanzara contra ella una lucha revolucionaria. Aparentemente Lenin no estaba solo en este terreno, y tampoco lo estaba cuando reconoció en el imperialismo, hablando económicamente, una nueva fase del capitalismo. Toda la izquierda, inclusive ciertos elementos del centro y del ala derecha de la II Internacional, reconocieron la existencia de realidades económicas que son el fundamento del imperialismo. Hilferding intentó dar una teoría económica de estos nuevos fenómenos; y Rosa Luxemburgo llegó a representar la complejidad del conjunto económico del imperialismo como una consecuencia necesaria del proceso de reproducción en el capitalismo. Ella logró integrar orgánicamente el imperialismo a la teoría de la historia del materialismo histórico, dando así una base económica concreta a la "teoría del derrumbe". Y sin embargo, cuando en agosto de 1914 -y mucho más tarde- Lenin se encontró solo con su punto de vista acerca de la guerra mundial, esto no ocurrió casualmente. Su aislamiento se explica aún mejor por argumentos psicológicos o morales, como en el caso de tantos que, tras juzgar al imperialismo exactamente, caían ahora en la acusación de "cobardía", etc. No. *La toma de posición de las diferentes corrientes socialistas en agosto de 1914 fueron las consecuencias concretas y directas del comportamiento teórico táctico, etc., que habían tenido hasta el momento.*

El concepto leninista del imperialismo es, de manera aparentemente paradojal, por una parte un hecho teórico considerable y contiene, por otra parte, desde el ángulo de una teoría puramente económica, escasas realidades nuevas. En muchos sentidos se apoya en Hilferding y, desde un punto de vista puramente económico, no puede sostener -en cuanto a la profundidad del pensamiento y a la concepción grandiosa- la comparación con la continuidad, notable de hecho, de la teoría marxista de la reproducción realizada por Rosa Luxemburgo. La superioridad de Lenin consiste en esto: haber sabido -y esto constituye una hazaña teórica sin parangón- *ligar concreta y completamente la teoría económica del imperialismo a todos los problemas políticos de la actualidad*, haciendo del contenido de la economía en esta nueva fase el hilo conductor de todas las

acciones concretas en el mundo así organizado. Por esto, durante la guerra, Lenin rechazó ciertos conceptos ultra-izquierdistas de los comunistas polacos, tachándolos de "economismo imperialista"; es aquí que culmina su lucha contra el concepto kautskiano del "ultra imperialismo", teoría que esperaba la creación de un *trust* pacifista mundial del capital, para el cual la guerra mundial era un acontecimiento "fortuito", e incluso "incorrecto", ya que Kautsky separa la economía del imperialismo de la política que éste sigue. Es verdad que la teoría del imperialismo de Rosa Luxemburgo (y también de Pannekoek, así como de otros representantes de la izquierda) no es propiamente hablando economista, en el sentido restringido del término. Todos, y Rosa Luxemburgo en particular, ponen en evidencia los momentos de la economía imperialista, en que esta toma necesariamente un carácter político (colonización, industria armamentista, etc.). Sin embargo, esta relación no llega a ser concreta, es decir que Rosa Luxemburgo muestra de manera incomparable que, como resultado del proceso de acumulación, el pasaje al imperialismo, la época de la conquista de mercados coloniales y de materias primas, las posibilidades de exportación de capital, etc., se han vuelto inevitables, que esta época, la última fase del capitalismo, debe ser una época de guerras mundiales. Pero con esto ella funda solamente la teoría de la *época entera*, la teoría en general del imperialismo moderno. No logra hacer ingresar esta teoría dentro de las exigencias concretas de la hora. Su artículo de *Junius* no es, en modo alguno, en su parte concreta, la conclusión necesaria de *La acumulación del capital*. La justeza teórica con que juzga toda esta época no es en ella conciencia clara de las fuerzas actuantes concretas que la teoría marxista quiere apreciar y utilizar de manera revolucionaria.

Pero la superioridad de Lenin en este punto tampoco puede explicarse con fórmulas como "genio político", "clarividencia práctica", etc. Es más bien una superioridad *puramente teórica* en la apreciación del *proceso general.* Pues no se encuentra en su vida una sola decisión práctica que no haya sido la consecuencia objetiva y lógica de su posición teórica. Y el hecho que la máxima fundamental de esta posición sea exigir el análisis concreto de la situación concreta, presenta ante los ojos de los espíritus no dialécticos la cuestión de la práctica de la política "realista". *Para el marxista el análisis concreto de la situación concreta* no se opone a

la teoría "pura", sino al contrario: *es el punto culminante de la teoría auténtica*, el punto en que la teoría encuentra su realización verdadera, en que se transforma en praxis.

La superioridad de Lenin se basa en el hecho que, entre todos los sucesores de Marx, fue el que tuvo la visión menos deformada por las categorías fetichistas del ambiente capitalista. Pues la superioridad decisiva de la economía marxista sobre todas las que la han precedido y sucedido se reduce a esto: esta economía ha logrado, gracias a su método y hasta cuando se trata de las cuestiones más complejas, en las cuales aparentemente existe, la, necesidad de apelar a las categorías económicas más puras (en consecuencia, las mas fetichistas) dar a los problemas un encuadre que, detrás de las categorías de "economía pura", las clases (cuya existencia social está expresada en estas categorías) aparecen claramente en su proceso de desarrollo (se puede pensar en la diferencia entre capital constante y capital variable, por un lado, y en la distinción clásica entre capital fijo y capital circulante). Es tan sólo con estas distinciones que la estructura de clase de la sociedad burguesa se muestra claramente. La formulación marxista del problema de la plusvalía ha mostrado ya las divisiones de clase que existen entre la burguesía y el proletariado. El acrecentamiento del capital constante muestra esta relación en el conjunto dinámico del proceso de desarrollo de la sociedad en su totalidad, y revela la lucha de los diferentes grupos capitalistas por el reparto de la plusvalía),

La teoría del imperialismo es en Lenin mucho menos una teoría de la génesis económicamente necesaria y de sus límites económicos -como se da en Rosa Luxemburgo- que la teoría de las fuerzas de clase concretas que el imperialismo desencadena y vuelve operantes, *la teoría de la situación mundial concreta que ha sido creada por el imperialismo*. Cuando Lenin analiza la esencia del capitalismo monopolista es en primer lugar la situación mundial concreta y la estratificación de la sociedad de clases derivada lo que le interesa, el modo en que el mundo se divide *de facto* entre las grandes potencias coloniales, el modo en que las diferenciaciones en el interior de la burguesía y del proletariado evolucionan con el movimiento de concentración del capital (sectores de rentistas esencialmente parasitarios, aristocracia obrera, etc.) y sobre todo el modo en que la evolución interna del capitalismo monopolista, en razón de su ritmo diferente según los países, hace

caducar nuevamente los repartos temporalmente pacíficos de las "zonas de interés" y las otras transacciones, y lleva a conflictos cuya resolución sólo se logra por la violencia, es decir, sólo por la guerra.

En el mismo momento en que la esencia del imperialismo como capitalismo de los monopolios, en que la guerra como evolución necesaria y expresión de una tendencia a una concentración siempre mayor y al monopolio absoluto se precisan, las diferenciaciones en el seno de la sociedad se vuelven más evidentes en relación con esta guerra. Resulta ilusorio e ingenuo imaginar a la manera de Kautsky que algunas fracciones de la burguesía que "no se han interesado" directamente en el imperialismo y a veces hasta han sido arruinadas por él, puedan movilizarse en contra. La evolución monopolista arrastra consigo a toda la burguesía y encuentra un apoyo no sólo en la pequeña burguesía, clase permanentemente oscilante, sino también en algunas fracciones del proletariado (aunque tan sólo temporalmente). Sin embargo, no es exacto sostener, como hacen los escépticos profesionales, que el proletariado revolucionario se aislaría dentro de la sociedad al rechazar implacablemente al imperialismo. La evolución de la sociedad capitalista es siempre contradictoria y se mueve en forma antinómica. Por primera vez en la historia, el capitalismo monopolista crea una economía mundial en el sentido propio de la palabra: la guerra imperialista, que podemos llamar suya, es en consecuencia la Primera Guerra Mundial en el sentido estricto del término. Esto significa ante todo que, por primera vez en la historia, las naciones oprimidas y explotadas por el capitalismo no están ya solas en su lucha aislada contra los opresores, sino que son arrastradas al torbellino de la guerra mundial. La política de colonización avanzada del capitalismo no explota a los pueblos coloniales simplemente por medio del saqueo de las riquezas, como se hacía en los comienzos de la era capitalista, sino que *conmueve al mismo tiempo su estructura social, la vuelve capitalista.* Naturalmente, esto sólo se produce en vistas a una explotación aún más acusada (exportación de capitales, etc.). Pero tiene como consecuencia -y esto por cierto no es el deseo del imperialismo- la iniciación de un desarrollo propio en el interior de los países coloniales y, como consecuencia ideológica fatal, el comienzo de la lucha por la independencia nacional. Lo que acentúa aún

más esto es el hecho de que la guerra imperialista moviliza todas las reservas de hombres disponibles en los países imperialistas, y arrastra activamente los países coloniales a la guerra, favoreciendo su rápida industrialización; de esta manera acelera el proceso, ideológica y económicamente.

La situación de les raíces coloniales no es, sin embargo, nada más que un caso extremo de las relaciones entre el capitalismo monopolista y sus explotados. El pasaje histórico de una época a otra no se produce jamás de manera mecánica: un modo de producción sólo puede nacer y actuar en el curso de la historia cuando el modo de producción precedente queda superado, cuando ya ha cumplido su misión de transformación de la sociedad. Los modos de producción que se suceden, unos a otros, y las formas sociales y las divisiones de clases correspondientes aparecen en la historia distinguiéndose y oponiéndose. Es así que hay evoluciones que, desde un punto de vista abstracto, se asemejan (por ejemplo el pasaje del feudalismo al capitalismo) y sin embargo están vinculadas de modo muy distinto a la totalidad histórico-social, a consecuencia del contexto histórico absolutamente distinto en el cual se producen, y tienen en consecuencia una significación y una función completamente nuevas.

El capitalismo en ascenso se presentó como factor que favorecía el nacimiento de las naciones. Pero a partir de la multitud medieval de pequeñas soberanías feudales, y después de graves luchas revolucionarias, ha transformado en grandes naciones a la parte capitalista europea más avanzada. Las luchas por la unidad alemana e italiana han sido las últimas de estas luchas, que fueron revolucionarias si se las considera objetivamente. Pero el hecho de que el capitalismo haya continuado desarrollándose en esos Estados hasta llegar a ser un capitalismo monopolista imperialista, inclusive en algunos países atrasados (Rusia, Japón) que haya empezado a tomar un aspecto idéntico, no significa que haya perdido su capacidad de dar nacimiento a otras naciones en el resto del mundo. ¡Por el contrario! *La evolución capitalista, que progresa sin cesar, provocó movimientos nacionales en todos los pueblos europeos que hasta entonces "habían carecido de historia".* Pero entonces estas "luchas de liberación nacional" no se desarrollaron ya como luchas contra la feudalidad o el absolutismo feudal interno, lo cual las hubiera vuelto necesariamente progresistas, sino *que deben ser*

consideradas dentro del cuadro de la rivalidad imperialista de las grandes potencias mundiales. Su significado histórico y la manera de apreciarlo dependen precisamente de la función que les corresponde en este conjunto concreto.

Marx reconoció ya con mucha claridad la importancia de este problema. En su momento, éste era un problema esencialmente inglés: el problema de las relaciones entre Inglaterra e Irlanda. Y Marx insiste nítidamente en el hecho de que "fuera de su aspecto de justicia internacional, la condición previa para la emancipación de la clase obrera inglesa consiste en poner en lugar de la unidad actualmente sostenida por la fuerza, es decir la esclavitud de Irlanda, una alianza libre e igualitaria, si ello es posible, o una separación total, si no se puede proceder de otro modo". Marx vio así muy bien que, por una parte la explotación de Irlanda representaba una coyuntura decisiva para el poderío del capitalismo inglés, que ya en esa época -y únicamente él-, tenía un carácter monopolista, por otra parte, la confusa toma de posición de la clase obrera inglesa al respecto trajo como consecuencia una división entre los oprimidos, una lucha de explotados contra otros explotados, en vez de una lucha unitaria contra los explotadores comunes; por lo tanto, Marx comprendió que sólo la lucha por la liberación nacional de Irlanda podía servir de frente realmente eficaz en la lucha del proletariado inglés contra la burguesía inglesa.

No sólo esta concepción de Marx resultó ineficaz dentro del movimiento obrero inglés en esa época, sino que no llegó a inscribirse en la teoría y en la acción de la II Internacional. Una vez más, es a Lenin a quien correspondió dar nueva vida a esta teoría, pero una vida mucho más activa y más concreta que la vida que le dio Marx, pues es únicamente en la actualidad histórica internacional que esta teoría se ha convertido en una cuestión del orden del día, y es por ello que en Lenin no se muestra como pura teoría, sino como práctica pura. Pues todos deben ver claramente en este conjunto que el inmenso problema que se nos presenta, la sublevación de todos los oprimidos en escala mundial, y no sólo la sublevación de los obreros, *es el mismo problema que Lenin proclamó incesantemente desde un comienzo, como centro del problema agrario en Rusia, en contra de los populistas, los marxistas legalistas, los economistas, etc.* En todos estos casos se trata de lo que Rosa

Luxemburgo ha llamado el mercado "exterior" del capitalismo, noción que abarca al mercado no capitalista, esté situado en el interior o en el exterior de las fronteras políticas. El capitalismo en expansión no puede subsistir sin él, pero por otra parte su función social consiste en desorganizar la estructura social original de ese mercado, volverlo capitalista, transformarlo en un mercado capitalista "interior", aunque esto mismo sea lo que le confiere sus tendencias a la independencia. Aquí los nexos son dialécticos. Pero Rosa Luxemburgo no logró encontrar, a partir de esta perspectiva de la historia grandiosa y profundamente verdadera, el camino que habría llevado a resolver, de modo concreto, los problemas concretos de la guerra mundial. Esto siguió siendo en ella una perspectiva de la historia, una manera grandiosa y verdadera de caracterizar a la época, pero tan sólo como visión general. Y es a Lenin a quien correspondió franquear el paso de la teoría a la práctica, y ese paso también significa, y no debe olvidarse, un *progreso teórico,* pues lleva de lo abstracto a lo concreto.

El pasaje a lo concreto a partir de la apreciación abstractamente exacta de la realidad histórica actual, a partir de la prueba del carácter globalmente revolucionario de todo el período imperialista, adquiere toda su agudeza en la cuestión del carácter particular de esta revolución. Una de las más grandes hazañas teóricas de Marx fue diferenciar exactamente la revolución burguesa de la revolución proletaria. En parte esta diferenciación fue, frente al ilusionismo y la inmadurez de sus contemporáneos, de una importancia capital desde el punto de vista práctico-táctico; por otra parte, ofreció un método único para captar claramente los elementos realmente nuevos y proletarios en los movimientos revolucionarios de la época. *Sin embargo, en el marxismo vulgar, esta diferenciación se fijó en una separación mecanicista.* Esta separación tiene como consecuencia práctica, entre los oportunistas, una generalización esquemática a partir de la observación empíricamente exacta que quiere que casi toda revolución de la época moderna se inicie como revolución burguesa, aunque este penetrada de acciones y reivindicaciones proletarias. En tal situación, la revolución es sencillamente burguesa para los oportunistas. El deber del proletariado consiste en apoyar *esta* revolución. Esta separación de las revoluciones burguesa y proletaria tiene como consecuencia

que *el proletariado debe renunciar a los objetivos revolucionarios de clase que le son propios.*

Pero la concepción ultra-izquierdista recae también en una interpretación mecanicista igualmente peligrosa cuando ha discernido el aspecto sofístico de la teoría oportunista y adquiere conciencia del carácter revolucionario de nuestra época. Después de haber reconocido que la burguesía, en escala internacional, había terminado de desempeñar su papel revolucionario en la era imperialista, llega a la conclusión de que, una vez más, en virtud de la separación mecanicista entre revolución burguesa y revolución proletaria, *hemos entrado en el período de la revolución proletaria pura*. Esta actitud tiene la consecuencia práctica muy peligrosa de que todos los dinamismos de efervescencia y descomposición que surgen necesariamente en la era imperialista (el problema agrario, el colonial, el de las nacionalidades) y que en relación con la revolución proletaria son objetivamente revolucionarios, son dejados de lado y, a veces, hasta desdeñados y apartados; además, estos teóricos de la revolución proletaria pura renuncian voluntariamente a los aliados más verdaderos e importantes del proletariado: desprecian este contexto revolucionario que da perspectivas concretas a la revolución y esperan así una revolución proletaria "pura" en un espacio abstracto, al mismo tiempo que pretenden prepararla. "El que espera una revolución social pura -escribe Lenin- nunca la verá y es sólo revolucionario de palabra, un revolucionario que no llega a comprender la verdadera revolución".

Pues la verdadera revolución es la transformación dialéctica de la revolución burguesa en revolución proletaria. El hecho histórico incontestable de que esta clase, que en otro tiempo fue líder y beneficiaria de las grandes revoluciones burguesas, se haya convertido ya en contra-revolucionaria objetivamente, no significa en modo alguno que los problemas objetivos, en torno a los cuales gravitaron estas revoluciones, estén ya resueltos en el plano social, y que las capas de la sociedad para las cuales la solución revolucionaria sería de interés vital, hayan quedado satisfechas. ¡Por el contrario! El giro contra-revolucionario efectuado por la burguesía no se expresa sólo en su hostilidad frente al proletariado, sino también en el abandono de sus propias tradiciones revolucionarias. *La burguesía entrega al proletariado la herencia de su pasado revolucionario.*

El proletariado es, a partir de este momento, la única clase capaz de llevar a término la revolución burguesa de modo consecuente. Es decir que, por una parte, las reivindicaciones aun actuales de la revolución burguesa no pueden ser llevadas a buen fin si no es dentro del cuadro de una revolución proletaria, y que por otra parte la realización consecuente de estas reivindicaciones de la revolución burguesa conduce necesariamente a la revolución proletaria. La revolución proletaria significa pues, hoy, a la vez el cumplimiento y la superación de la revolución burguesa.

El reconocimiento exacto de este estado de cosas abre una perspectiva inmensa a las oportunidades y a las posibilidades de la revolución proletaria. Pero esto exige esfuerzos gigantescos de parte del proletariado revolucionario y de su partido dirigente, pues a fin de realizar esta transición dialéctica el proletariado no debe poseer solamente un conocimiento justo del conjunto verdadero, sino que también debe ser capaz de superar las inclinaciones pequeño-burguesas, los hábitos de pensamiento, etc., que han entorpecido la visión clara de estos conjuntos (por ejemplo, los prejuicios nacionales). Se vuelve entonces necesario para el proletariado *sobrepasarse a sí mismo a fin de asumir la dirección de todos los oprimidos.* En primer lugar, la lucha de los pueblos oprimidos por su independencia nacional es una de las grandes obras de la educación revolucionaria, tanto para el proletariado del pueblo opresor, que sobrepasa así su propio nacionalismo, llevando a buen fin esta independencia nacional, como para el proletariado del pueblo oprimido que, a su vez, va mucho más allá de su nacionalismo y sigue las consignas del federalismo, de la solidaridad internacional proletaria. Pues, como dice Lenin, "el proletariado lucha por el socialismo y contra sus propias debilidades". La lucha por la revolución, la utilización de las oportunidades objetivas que ofrece la situación internacional, así como el combate interno por la propia madurez de la conciencia de clase de los revolucionarios, son momentos indisolubles de un único e igual proceso dialéctico.

La guerra imperialista procura en consecuencia, por todas partes, aliados al proletariado *cuando éste lucha contra la burguesía de modo revolucionario.* Pero cuando el proletariado no toma conciencia de su posición y de sus tareas, la guerra lo obliga, a la zaga de la burguesía, a un lamentable auto-descuartizamiento.

La guerra imperialista crea una situación internacional en que el proletariado puede ponerse a la cabeza de todos los oprimidos y explotados, en que la lucha por su liberación puede llegar a ser la señal y la guía para la liberación de todos aquellos a quienes el capitalismo mantiene, en la esclavitud. Pero crea al mismo tiempo una situación internacional en la cual millones de proletarios tienen que asesinar con una crueldad especialmente refinada a otros millones de proletarios para consolidar y desarrollar la posición monopolista de sus explotadores. El destino que caiga en suerte al proletariado *dependerá de la comprensión de su conciencia de clase.* "Pues los hombres hacen su propia historia" y no por cierto "en las circunstancias que ellos eligen, sino en las que encuentran dadas inmediatamente ante ellos y que les han sido trasmitidas". El problema no consiste aquí en saber si el proletariado quiere combatir o no, sino en saber *en nombre de qué intereses* debe combatir: por los suyos propios o por los de la burguesía. La pregunta que plantea la situación histórica del proletariado no es la que *consiste en elegir entre la guerra y la paz, sino entre la guerra imperialista y la guerra contra esta guerra, o sea, la guerra civil.* La necesidad de la guerra civil, como medio de defensa del proletariado frente a la guerra imperialista nace -como todas las formas de lucha del proletariado- de las condiciones de lucha que la evolución de la producción capitalista, y de la sociedad burguesa imponen al proletariado. La actividad del partido, la importancia de su perspicacia teórica, sólo logra conferirle esa fuerza de resistencia o de ataque que posee efectivamente en esta situación en virtud de las relaciones de clase; pero disminuido por su carencia de madurez teórica y organizativa, no se eleva a la altura de las posibilidades objetivas dadas. Es así que, aún antes de la guerra imperialista, la huelga de masas pareció ser una reacción espontánea del proletariado contra la fase imperialista del capitalismo, y esa realidad que la derecha y el centro de la II Internacional intentaron disimular por todos los medios, se ha convertido poco a poco en el bien común de la izquierda radical. Pero también Lenin fue el único en reconocer, ya en 1905 que la huelga general no era suficiente como arma en la lucha decisiva. Al calificar la insurrección fracasada en Moscú como etapa determinante, y procurando retener las experiencias concretas, mientras Pléjanov pretendía "que no se debió haber tomado las armas", Lenin *fundó ya teóricamente la táctica necesaria*

para el proletariado en la guerra mundial. Pues la fase imperialista del capitalismo, y especialmente su momento culminante en la guerra mundial, muestran que el capitalismo ha entrado en el período en que debe decidir su supervivencia o su desaparición. Y con el instinto agudizado de una clase habituada a reinar y que sabe oportunamente que, de modo paralelo a la ampliación de sus esferas de dominio y al desarrollo de su aparato de Estado, la base social real de su dominio está disminuyendo, se esfuerza con la mayor energía posible por ampliar esa base (arrastrando con ella a las "capas medias", corrompiendo a la aristocracia obrera, etc.) y también por aplastar definitivamente a sus enemigos mortales, antes de que estos se recobren y se apresten a una verdadera resistencia. Es así que, por todas partes, la burguesía liquida las formas "pacíficas" de la lucha de clases -formas de lucha cuyo funcionamiento temporario, pese a ser problemático es el fundamento de la teoría del revisionismo- y es ella que elige los medios de lucha más "enérgicos" (podemos pensar en los Estados Unidos). La burguesía se va apoderando cada vez con más energía del aparato de Estado, se identifica hasta tal punto con él que inclusive las reivindicaciones aparentemente económicas chocan cada vez más violentamente contra esa pared, al punto que los obreros se ven obligados a luchar en contra del poder (en consecuencia, aunque inconscientemente, por el poder) cuando quieren simplemente impedir el deterioro de su situación económica y la pérdida de las posiciones adquiridas. A consecuencia de esta evolución, el proletariado se ve forzado a emplear la táctica de la huelga de masas, hasta el punto que *el oportunismo siempre está dispuesto, por miedo a la revolución a abandonar las ventajas adquiridas* antes que extraer las consecuencias revolucionarias de la situación. Pero la huelga general es, por su esencia objetiva, un medio revolucionario. Toda huelga general crea una situación revolucionaria en que la burguesía, ayudada por el aparato de Estado, extrae el máximo de conclusiones necesarias para mantener su dominio. Frente a estos procedimientos, el proletariado es impotente; el arma de la huelga general misma es impotente necesariamente ante ellos si frente a las armas de la burguesía *el proletariado no toma también las armas.* Esto implica que el proletariado debe tratar de armarse y desorganizar el ejército de la burguesía, que se compone de una mayoría de obreros y campesinos, debe esforzarse por vol-

ver sus propias armas contra la burguesía (la revolución de 1905 nos muestra numerosos ejemplos que revelan un instinto de clase muy acertado, aunque desde este punto de vista, sigue siendo tan sólo un instinto).

La guerra imperialista lleva esta situación a sus extremos. La burguesía pone al proletariado ante la siguiente alternativa: o mata a sus camaradas de clase de otros países en pro de los intereses monopolistas burgueses, o derroca el dominio de la burguesía por las armas. Todos los otros medios de lucha contra esta suprema violencia que se hace al proletariado son impotentes, pues todos sin excepción habrán de quebrantarse contra el aparato militar de los Estados imperialistas. Por lo tanto, si el proletariado quiere escapar a esta extrema violación, debe asumir él mismo el combate contra este aparato militar, desorganizarlo desde el interior y volver las armas que la burguesía imperialista se ve obligada a darle al pueblo contra la burguesía, y utilizarlas para terminar con el imperialismo.

No hay aquí nada extraordinario desde el punto de vista teórico. Por el contrario: el nudo de la situación está determinado por las relaciones de clase entre burguesía y proletariado. La guerra es tan sólo, según la definición de Clausewitz, la continuación de la política, y lo es efectivamente *en todos los sentidos.* O sea que la guerra significa, para la política exterior de un Estado, no sólo la línea que ha seguido hasta entonces ese país en tiempos de "paz", llevada a sus últimas consecuencias, sino que la guerra también exacerba al máximo, en la diferenciación de las clases de un país (o del mundo entero), las tendencias que ya en tiempos de "paz" se manifiestan activamente en el seno de la sociedad. Por lo tanto, la guerra no crea una situación absolutamente nueva ni para un país ni para una clase en el interior de una nación. Su aporte nuevo consiste en transformar cualitativamente la intensificación cuantitativa extraordinaria de todos los problemas y es en esto, y únicamente en esto, que crea una situación nueva.

Desde el punto de vista económico y social la guerra no es más que una etapa del desarrollo imperialista del capitalismo. En consecuencia no es necesariamente nada más que una etapa en la lucha de clases del proletariado contra la burguesía. La teoría leninista del imperialismo extrae su importancia del hecho de que Lenin -y ningún otro lo logró antes que él- estableció de modo

teórico consecuente un nexo lógico entre la guerra mundial y la evolución global, y lo probó claramente a la luz de los problemas concretos suscitados por la guerra. Pero como el materialismo histórico es la teoría de la lucha de clases proletaria, el establecimiento de este nexo sería incompleto *si la teoría del imperialismo no fuera al mismo tiempo una teoría de las corrientes del movimiento obrero en la época imperialista*. Por lo tanto, no se trató tan sólo de comprender claramente la forma en que el proletariado debía actuar de acuerdo a sus intereses de clase en esta situación internacional nueva, sino también de mostrar sobre qué se fundan en teoría las otras posiciones "proletarias" frente al imperialismo Y su guerra, qué modificaciones en el seno del proletariado proporcionan adeptos a estas teorías y, en consecuencia, engendran corrientes políticas.

Se trataba, ante todo, de probar que estas corrientes existen como tales, probar que la toma de posición de la social-democracia ante la guerra no había sido la consecuencia de un extravío momentáneo, de una cobardía, etc., sino la consecuencia necesaria de su evolución anterior, es decir que *esta toma de posición debía comprenderse dentro del cuadro de la historia del movimiento obrero*, y que debía analizarse en relación con las "divergencias de opinión" anteriores de la social-democracia (revisionismo, etc.). Este punto de vista que, en la metodología marxista, debía aparecer como una evidencia (recuérdese la forma en que son tratadas las corrientes contemporáneas en el *Manifiesto Comunista*) se impuso siempre difícilmente, inclusive en el ala revolucionaria del movimiento obrero. Hasta el grupo de "La internacional", es decir, el grupo de Rosa Luxemburgo y Frantz Mehring, no estuvo en condiciones de aprovechar todas las consecuencias de este punto de vista metodológico y aplicarlo. Pero es evidente que toda condenación del oportunismo, y de su toma de posición frente a la guerra, que no conciba al oportunismo como una corriente del movimiento obrero reconocible históricamente, ya su presente como consecuencia orgánica de su pasado, sólo alcanza al nivel del principio de la discusión marxista y tampoco llega a extraer las conclusiones de esa condenación, conclusiones prácticas y concretas necesarias en el momento de la acción en el terreno táctico y organizativo.

Para Lenin, y una vez más tan sólo para Lenin, resultó evidente desde los comienzos de la guerra mundial que la actitud de Scheidemann, Pléjanov, Van der Velde, etc., frente a la guerra *no*

era en realidad más que la aplicación lógica, a la situación presente, de los principios del revisionismo.

Pero, ¿en qué consiste -en resumen- *la esencia del revisionismo*? El revisionismo procura ante todo sobrepasar "el punto de vista exclusivo" del materialismo histórico, que considera a todos los fenómenos de la realidad histórico-social tan sólo desde el punto de vista de clase del proletariado. El revisionismo exige como punto de partida los intereses de la "sociedad en su totalidad". Pero como estos intereses generales no existen concretamente, y como lo que podría hacer figura de intereses generales no es más que el resultado momentáneo de la interacción de las diferentes fuerzas de clases en lucha, el revisionismo concibe el *resultado siempre cambiante* del proceso histórico *como un punto de partida metodológico siempre semejante.* Así, también desde el punto de vista teórico, el revisionismo invierte las cosas. Desde un punto de vista práctico, el revisionismo es por esencia y obligatoriamente una transacción, aunque sólo sea por su punto de partida teórico. Siempre es ecléctico: o sea que intenta mellar e igualar teóricamente las diferencias de clase para su unidad –unidad que marcha, hablando objetivamente, sobre la cabeza, y que subjetivamente sólo está presente en la cabeza del revisionista- el criterio que servirá para apreciar los acontecimientos.

Es por esta razón que el revisionista rechaza, en segundo lugar, la *dialéctica.* Pues la dialéctica es tan sólo la expresión conceptual del hecho que la evolución de la sociedad procede en realidad de una serie de contradicciones, y que estas contradicciones (entre las clases, entre su existencia económica antagónica, etc.) constituyen el fundamento, el meollo real de todo acontecimiento, y que una "unidad" de la sociedad, mientras se apoye en la división de la sociedad en clases, sólo puede ser un concepto abstracto, un resultado siempre transitorio de la interacción de esas contradicciones. Y como la dialéctica, en tanto que método, no es más que la formulación teórica del hecho de que la sociedad sigue su desarrollo a través de una serie de contradicciones, del paso de un contrario a otro, *por lo tanto de modo revolucionario,* el rechazo teórico de la dialéctica significa la ruptura de principio con todo comportamiento revolucionario.

En tercer lugar, los revisionistas, al negarse a reconocer la realidad presente de la dialéctica como movimiento de los contrarios

que produce siempre algo nuevo, pierden en sus razonamientos todo los que es histórico, concreto y nuevo. La realidad que experimentan queda subordinada por un nexo esquemático y mecanicista a las "eternas leyes de bronce" que, de acuerdo con su esencia, producen sin cesar lo mismo y a las cuales el hombre está sometido por una especie de fatalidad, del mismo modo que está sometido a las leyes de la naturaleza. En consecuencia, basta con conocer estas leyes de una vez por todas para saber cómo habrá de evolucionar el destino del proletariado. En cuanto a suponer que pueda haber situaciones nuevas no previstas por estas leyes, o situaciones cuya resolución dependa de la decisión del proletariado, tal cosa parece un razonamiento no científico para los revisionistas. Semejante concepción tiene necesariamente como complemento una tendencia a sobreestimar a las grandes personalidades, a la ética, etc..

En cuarto lugar debemos señalar que estas leyes son las leyes de la evolución capitalista, y el hecho de insistir en su validez eterna y supra-histórica equivale en el revisionista a considerar la sociedad capitalista justamente como la realidad que, a ojos de la burguesía, no puede cambiar esencialmente. El revisionista no considera ya a la sociedad burguesa como un producto de la historia condenada históricamente a desaparecer, y tampoco ve a la ciencia como un medio que sirve para determinar el momento de su caída y acelerar su advenimiento, sino -en el mejor de los casos- como el medio de mejorar la posición del proletariado *dentro de la sociedad burguesa.* Todo razonamiento que sobrepase prácticamente el cuadro de la sociedad burguesa es una ilusión, una utopía para el revisionismo.

Por tal motivo -y esto constituirá nuestro quinto punto- el revisionismo tiene una posición de *realpolitik* (la política llamada realista). *Siempre sacrifica los verdaderos intereses del conjunto de la clase obrera* (y califica como utópica a toda defensa consecuente de esos intereses), *a la defensa de los intereses inmediatos de algunos grupos.* A partir de estas observaciones, surge claramente que el revisionismo puede llegar a ser una verdadera corriente del movimiento obrero tan sólo porque la nueva evolución del capitalismo permite pasajeramente a algunas capas de la clase obrera obtener de esa situación ventajas económicas y también porque la forma de organización de los partidos obreros asegura una influencia

más amplia a esas capas y a sus representantes intelectuales en comparación con las grandes masas del proletariado, que son tan sólo confusa e instintivamente revolucionarias.

Todas las corrientes oportunistas tienen en común el hecho de que nunca consideran a los acontecimientos desde el punto de vista del proletariado, y así desembocan en una *realpolitik* ecléctica, ahistórica y no dialéctica; y esto es lo que unifica sus diferentes concepciones de la guerra y hace que todas aparezcan, sin excepción, como consecuencia necesaria del oportunismo anterior de sus autores. El seguidismo incondicional que el ala derecha muestra frente a las fuerzas imperialistas de su "propio" país es la consecuencia orgánica del punto de vista que hace de la burguesía -con ciertas reticencias en un principio, es cierto-, la clase dirigente de la evolución de la historia e incita al proletariado a sostener "este papel progresista". Y cuando Kautsky califica a la Internacional de simple instrumento de paz, inutilizable para la guerra, acaso dice algo distinto de lo que dijo el menchevique ruso Cherevanin cuando se lamentó después de la primera revolución rusa: "Sin embargo, en medio de la llama revolucionaria, cuando los objetivos revolucionarios están cerca de realizarse, resulta difícil abrir el camino a una táctica menchevique razonable, etc.".

El oportunismo se diferencia en *función de las capas de la burguesía* en que trata de apoyarse y detrás de las cuales quiere arrastrar al proletariado. Puede ocurrir como en el caso del ala derecha de la industria pesada y del capital bancario. En este caso el imperialismo es reconocido incondicionalmente como necesario. El proletariado debe encontrar la realización de sus intereses en la guerra imperialista, en la grandeza, en la victoria de su "propia" nación, o también puede buscarse la alianza con los sectores de la burguesía que, por cierto, se ven forzados a participar de la evolución, pero que se sienten relegados a un segundo plano; sin duda, esos sectores siguen prácticamente al imperialismo (y deben seguirlo), pero de todos modos protestan contra esta servidumbre y "anhelan" que las cosas tomen otro cariz; es por tal razón que aspiran a una vuelta a la paz, al libre intercambio y a las circunstancias "normales" y que, sin embargo, no sean nunca capaces de actuar como adversarios activos del imperialismo. Por el contrario, si llevan a cabo un combate que resulta vano, es para tener su parte en el botín imperialista (fracciones de la industria ligera,

la pequeña burguesía, etc.). En esta perspectiva el imperialismo se muestra "fortuito "; se trata de alcanzar una solución pacífica, neutralizar las oposiciones. Y el proletariado, al cual el centro del partido socialdemócrata quiere poner a la zaga de estas capas sociales, tampoco debe luchar ya activamente contra la guerra (y no luchar significa prácticamente tomar partido en la guerra). Simplemente debe contentarse con proclamar la necesidad de una paz "justa", etc.

La Internacional es la expresión organizativa de la comunidad de intereses de todo el proletariado mundial. En el momento en que se reconoce como teóricamente posible la lucha de los obreros contra otros obreros al servicio de la burguesía, la Internacional ha dejado prácticamente de existir. Y en el momento en que es menester comprender que el combate sangriento de los obreros, siguiendo a potencias imperialistas rivales, en contra de otros obreros es la consecuencia necesaria del comportamiento que han tenido los elementos determinantes de la Internacional hasta ese momento, ya no puede hablarse de corregir a ésta, de hacerla volver al buen camino de restablecerla. El reconocimiento del oportunismo como corriente significa *que es el enemigo de clase del proletariado dentro de su propio campo.* Terminar con el oportunismo del movimiento obrero es la primera condición indispensable que permitirá lanzarse al combate eficaz contra la burguesía. A fin de preparar la revolución proletaria, es absolutamente necesario que los obreros sean liberados de esta influencia desastrosa desde el punto de vista intelectual y organizativo. Y como esta lucha es precisamente la lucha de toda su clase contra la burguesía mundial, se desprende necesariamente, a partir de la lucha contra el oportunismo y como corriente, la creación de *una nueva internacional proletaria y revolucionaria.*

El hundimiento de la antigua internacional en el pantano del oportunismo es la consecuencia de un período cuyo carácter revolucionario no era visible en la superficie. Su derrumbe, la necesidad de una nueva internacional, son el signo de la entrada ya inevitable en el período de las guerras civiles. Pero esto no significa que haya que combatir desde ahora y todos los días en las barricadas. Significa más bien que esta necesidad *puede* presentarse desde el día de mañana y a cada instante, en una palabra, que la historia ha puesto la guerra civil a la orden del día. Y un partido

proletario, y a *fortiori* una internacional, no pueden ser eficaces si no reconocen claramente esa necesidad y están decididos a preparar al proletariado para dicha necesidad y sus consecuencias en los planos moral y material, teórico y organizativo.

Esta preparación debe tener como punto de partida la comprensión del carácter de este período. Tan sólo cuando la clase obrera haya reconocido que la guerra mundial es consecuencia necesaria del desarrollo imperialista del capitalismo, tan sólo entonces habrá comprendido que *la guerra civil es la única resistencia posible* para no ser aniquilada progresivamente al servicio de la burguesía, y que la preparación material y organizativa de la resistencia puede iniciarse. Y es tan sólo cuando esa resistencia se vuelve efectiva que habrá de transformarse la efervescencia sorda de todos los oprimidos en alianza con el proletariado en su lucha por la emancipación. El proletariado debe empezar por poseer una conciencia de clase exacta, materializada de una manera inmediatamente visible y que le sea propia, a fin de asumir con su ayuda la dirección del verdadero combate liberador, la verdadera revolución mundial. La internacional, que ha nacido de esta lucha, es en consecuencia la reunificación de los elementos auténticamente revolucionarios de la clase obrera en un terreno teórico claro y a los fines del combate; pero al mismo tiempo es el órgano y el centro de la lucha liberadora de todos los oprimidos del mundo entero. *Es el partido bolchevique, la concepción leninista del partido concebido en escala mundial.* Del mismo modo que la guerra mundial demostró en el macrocosmos de una gigantesca destrucción en escala mundial, los poderes del capitalismo declinante y las posibilidades de lucha contra éste, de igual modo Lenin percibió muy claramente, en el microcosmos del capitalismo ruso naciente, las posibilidades de la revolución rusa.

Capítulo V

El estado como arma

La esencia revolucionaria de una época se manifiesta con suma claridad en el hecho de que la lucha de clases y de los partidos no presenta ya los caracteres de una lucha en el interior de una organización estatal determinada, sino en que comienza a saltar fronteras y a extenderse muy lejos de ellas. Por una parte se muestra como una lucha por el poder del Estado, por otra parte el Estado mismo participa oficialmente en esta lucha. No sólo la lucha se hace contra el Estado, sino que el Estado mismo se revela como un arma de la lucha de clases, uno de los instrumentos esenciales para el mantenimiento del dominio de clase.

Marx y Engels han subrayado constantemente este carácter del Estado y lo han analizado en todas sus relaciones con la evolución de la historia y la revolución proletaria. Marx y Engels han planteado en términos claros y sin equívocos los fundamentos de una teoría del Estado en el cuadro del materialismo histórico. Pero es en éste punto que el oportunismo se ha alejado más y más consecuentemente de Marx y Engels, pues en cualquier otro terreno era posible presentar la "revisión" de las teorías económicas particulares como si su principio estuviera de acuerdo con la esencia del método marxista (en el sentido de Bernstein), o sea dar a las doctrinas económicas que se mantenían en la "ortodoxia" una dirección a la vez mecanicista, fatalista no dialéctica y no revolucionaria (en el sentido de Kautsky). Pero el simple hecho de

suscitar problemas que Marx y Engels consideraban como las bases de su teoría del Estado equivale ya a reconocer la actualidad de la revolución proletaria. El oportunismo de todas las tendencias dominantes de la II Internacional se manifestó con suma claridad en el hecho de que ninguna de ellas se ocupó seriamente del problema del Estado. Y en este punto fundamental no se nota ninguna diferencia entre Kautsky y Bernstein. Todos, sin excepción, han admitido completamente al Estado burgués. Y cuando lo han criticado, ha sido tan sólo con el propósito de combatir algunas de las formas aparentes del Estado que resultaban perjudiciales al proletariado. El Estado ha sido visto exclusivamente en función de intereses inmediatos particulares, pero su esencia nunca ha sido analizada y apreciada en función del conjunto de la clase obrera. Y si el ala izquierda de la II Internacional da pruebas de tal falta de madurez y de claridad es porque no ha sido capaz de plantear claramente el problema del Estado. A veces ha llegado hasta el problema de la revolución, hasta el problema de la lucha *contra* el Estado, pero no ha sido capaz de plantear el problema concretamente -ni siquiera al nivel puramente teórico- y mucho menos mostrar las consecuencias prácticas de la realidad histórica actual.

Aquí también Lenin ha sido el único en haber recobrado nuevamente el nivel teórico de la concepción marxista, la pureza de la posición revolucionaria frente al problema del Estado. Y si su aporte consistiera tan sólo en esto ya sería un resultado teórico de elevado nivel. Al restablecer la teoría marxista del Estado, Lenin no ha restaurado filológicamente la doctrina inicial y sus principios verdaderos sistematizándolos de modo filosófico, sino que ha llevado esta teoría a lo concreto, la ha concretado en la realidad actual. *Lenin vio y presentó el problema del Estado como un problema actual del proletariado en lucha.* Por esto mismo -limitándonos al significado de esta sola cuestión- ha emprendido el camino de su concretización decisiva. Pues si fue posible objetivamente a los oportunistas echar un velo sobre la teoría estatal del materialismo histórico, clara como agua de manantial, fue porque antes de Lenin había sido concebida tan sólo como una teoría general, una explicación histórica, económica, filosófica, etc., de la esencia del Estado. Marx y Engels sin duda han interpretado, a partir de los fenómenos revolucionarios concretos de su época, el progreso real

de la idea proletaria del Estado (comuna); sin duda han subrayado los errores que constituyen las teorías equivocadas sobre el Estado en lo que se refiere a la dirección de clases proletaria (crítica del programa. de Gotha). Sin embargo, ni siquiera sus discípulos más próximos, los mejores líderes de esa época, han comprendido la relación que existía entre el problema del Estado y sus actividades cotidianas inmediatas. Para ello fue menester justamente y una vez más el genio teórico de un Marx y de un Engels, capaces de captar esta realidad -actual tan sólo en una visión universal de las cosas- en conexión con las pequeñas luchas diarias. Y no es necesario decir que el proletariado, menos que nadie, no estaba en condiciones de asociar con un nexo orgánico ese problema fundamental a los problemas inmediatos de la lucha diaria. El problema se mostró cada vez más como "objetivo final" cuya solución podía diferirse para un futuro. Tan sólo Lenin convirtió teóricamente a este "futuro" en un presente. Pero esto solo a partir del momento en que la cuestión del Estado se reconoce como problema actual que se vuelve posible para el proletariado no considerar ya al Estado capitalista concretamente como el mundo natural e inamovible que lo rodea, como el único orden social posible en su existencia presente. Tan sólo, esta toma de posición frente al Estado burgués permite tener al proletariado *la ausencia de prevención teórica* frente al Estado y convierte la actitud proletaria ante éste en una simple cuestión de táctica. Por ejemplo, es evidente que tanto detrás de la táctica de la legalidad a cualquier precio como del romanticismo de la ilegalidad se esconde la misma falta de independencia de espíritu teórico frente al Estado burgués. El Estado burgués no está considerado como instrumento del combate de clase de la burguesía, con el cual hay que contar como con un factor de fuerza real, y tan sólo en su condición de tal, y cuyo respeto eventual es tan solo una cuestión de simple utilidad.

Pero el análisis de Lenin del Estado como arma de la lucha de clases concreta mucho más acabadamente esta cuestión. Lenin no sólo pone de relieve las consecuencias prácticas (ideológicas, tácticas, etc.) inmediatas de un conocimiento histórico exacto del Estado burgués, sino que deja ver concretamente, y en una vinculación orgánica con los otros instrumentos de lucha del proletariado, un esbozo del Estado proletario. La división tradicional del movimiento obrero (partido, sindicato, cooperativa) revela ser hoy

insuficiente para el combate revolucionario del proletariado. Al parecer, es indispensable que se formen órganos capaces de reunir a todo el proletariado, e inclusive más allá de este a la gran masa de todos los explotados de la sociedad capitalista (campesinos, soldados) para llevarlos al combate. Estos órganos, los soviets, son no obstantes, por su naturaleza y ya en el interior de la sociedad burguesa, órganos del proletariado que se organiza en clase. De modo que la revolución es puesta al orden del día. Como dice Marx: "La organización de los elementos revolucionarios como clase supone la existencia acabada de todas las fuerzas productivas que aún podían desarrollarse en el seno de la vieja sociedad".

Esta organización del conjunto de la clase obrera debe -lo quiera o no- llevar al combate contra el aparato de Estado de la burguesía. No hay elección: o los consejos obreros desorganizan el aparato del Estado burgués, o este llega a corromper a los consejos, los reduce a simulacros y los deja morir solos. Nos encontramos frente a una situación en la cual la burguesía logra aplastar, en una acción contrarevolucionaria, a los movimientos de masa y restablecer las condiciones "normales" "el orden", o se crea, basándose en los consejos, en las organizaciones de lucha del proletariado, la organización del dominio proletario, su aparato de Estado, que constituye precisamente una organización de la lucha de clase. Los consejos obreros revelan desde su primera aparición en formas menos elaboradas, desde 1905, esta característica: *son un contra-gobierno.* Mientras que otros órganos de la lucha de clases se adaptan tácticamente a una época en que el dominio de la burguesía es indiscutible (en otras palabras, son capaces de realizar un trabajo revolucionario en estas condiciones), en cambio, por su misma naturaleza, el consejo obrero se encuentra con el Estado burgués en una relación de poder doble, en rivalidad con este último. Cuando Martov reconoce en consecuencia a los consejos como órganos de combate, negando al mismo tiempo su misión, que es la de llegar a ser aparato de Estado, retira de la teoría precisamente la revolución, la toma efectiva del poder por el proletariado:

En cambio, cuando algunos teóricos ultraizquierdistas convierten a los consejos obreros en una organización de clase permanente y quieren ponerlos en lugar del partido y del sindicato demuestran así que no han captado la diferencia entre una

situación revolucionaria y una no revolucionaria ni la función original de los consejos obreros. No entienden que el simple reconocimiento de la posibilidad concreta de los consejos obreros sobrepasa los cuadros de la sociedad burguesa, es una perspectiva de la revolución proletaria (que, en consecuencia, el consejo obrero *debe ser popularizado de modo ininterrumpido en el proletariado* y el proletariado debe ser preparado incansablemente para esta tarea), y que su simple presencia significa ya -si no se trata de una simple comedia- la lucha real por el poder estatal, o sea, la guerra civil.

El consejo obrero como aparato de Estado significa el *Estado como arma de la lucha de clases proletaria.* La concepción no dialéctica y por lo tanto ahistórica y no revolucionaria del oportunismo ha deducido del hecho que el proletariado lucha contra el dominio de clase de la burguesía, que se esfuerza por llegar a una sociedad sin clases, la conclusión de que el proletariado debe ser, en su condición de adversario del dominio de clase de la burguesía, adversario también de cualquier otro dominio de clase; y de aquí deduce en consecuencia que sus propias formas de dominio no deben de ninguna manera ser órganos del dominio de clase, órganos de presión. Esta opinión fundamental, considerada exactamente, es una utopía, pues semejante dominio del proletariado no puede nunca producirse realmente. Pero en cuanto se capta su alcance concreto y aplicado a la situación presente, se la ve como una *capitulación ideológica ante la burguesía.* La forma de dominio más elaborada de la burguesía, la democracia, aparece en esta concepción por lo menos como una forma preparatoria de una democracia proletaria, y muchas veces también como esa misma democracia, en la cual sólo es menester estar atento para ganar la mayoría de la población mediante una agitación pacífica en favor de los "ideales" de la social-democracia. Para ella el pasaje de la democracia burguesa a la democracia proletaria no es obligatoriamente revolucionario. Lo único revolucionario es el pasaje de las formas de Estado atrasadas a la democracia; cuando esto falta, una defensa revolucionaria de la democracia contra la reacción social puede ser necesaria. Se ve así en dónde falla esta separación mecanicista de la revolución proletaria y la burguesa, y es contrarevolucionaria, dado que la socialdemocracia jamás ha opuesto una resistencia seria a una reacción fascista para defender la democracia con medios revolucionarios.

En razón de tal concepción, no sólo la revolución es apartada del desarrollo histórico y representada mediante una serie de transiciones más o menos torpes o finamente graduadas, como una "progresión hacia el socialismo", *sino que el carácter de clase burgués de la democracia también debe estar oculto para el proletariado.* Y el momento del engaño radica *en el concepto no dialéctico de mayoría*. En efecto, como el dominio de la clase obrera por su naturaleza, representa los intereses de la gran mayoría de la población, numerosos obreros tienen la impresión ilusoria de que una democracia formal pura, en la cual la libertad de cada ciudadano tiene el mismo valor, sería el instrumento más apropiado para expresar y defender los intereses de todos. Pero aquí se pasa por alto el sencillo -¡sencillo!- detalle de que los hombres no son nunca individuos abstractos, ciudadanos abstractos, átomos aislados en un conjunto estático, sino por el contrario y sin excepción hombres concretos que ocupan un lugar determinado en la producción social y cuyo ser social (y por mediación su pensamiento), está determinado a partir de esta posición. La democracia pura de la sociedad burguesa excluye esta mediación, vinculando directamente el simple individuo abstracto al todo que representa el Estado y que, en este sentido, aparece también como abstracto. Ya por el carácter formal de la democracia pura *la sociedad burguesa está políticamente pulverizada y los obreros atomizados quedan neutralizados.* Y esto no es una simple ventaja para la burguesía, sino justamente la condición decisiva de su dominio de clase.

Pues este dominio de clase puede al fin de cuentas apoyarse en la forma, pero no hay dominio de clase que pueda a la larga sostenerse tan sólo por la violencia. Talleyrand decía ya que: "es posible hacer cualquier cosa con las bayonetas, salvo sentarse en ellas". *Todo dominio por parte de una minoría está socialmente organizado de modo que concentra a la clase dominante, la vuelve apta a una acción unificada que por eso mismo desorganiza y fragmenta a las clases oprimidas.* En el caso del dominio minoritario de la burguesía moderna hay que tener siempre en la mente el hecho de que la gran mayoría de la población no pertenece a ninguna de las clases decisivas en la lucha de clases, ni al proletariado, ni a la burguesía, y que en consecuencia la democracia pura tiene como tarea social, de acuerdo con sus intereses de clase, el asegurar a la burguesía la dirección de sus estratos intermedios. (Aquí está implícita también,

sin duda, la desorganización ideológica del proletariado. Cuanto más antigua es la democracia en un país, cuanto más se ha desarrollado de modo puro, tanto más importante es esta desorganización ideológica, como se puede comprobar en Inglaterra y los Estados Unidos). Sin duda semejante democracia política no bastaría a este efecto. Pero también constituye el punto culminante de un sistema social cuyos otros elementos son: la separación ideológica entre la economía y la política, la creación de un aparato de Estado burocrático que interesa material y moralmente a una gran parte de la pequeña burguesía en la perpetuación del Estado, el sistema de los partidos burgueses, la prensa, la escuela, la religión, etc. Dentro de una división de tareas más o menos consciente, todas tienen como finalidad impedir que nazca en las clases oprimidas de la población una ideología *autónoma* que exprese los intereses propios de esas clases: su finalidad consiste en vincular a un Estado abstracto, que se eleva por encima de las clases, a los miembros de esas clases tomados aisladamente, considerados como individuos, simples ciudadanos, etc., en una palabra, tienen por objetivo final *desorganizar a esas clases como clases,* reducirlas a peones fáciles de manejar por la burguesía.

La comprensión del papel de los consejos (los consejos de los obreros, de los campesinos y los soldados) como poder estatal del proletariado significa la *tentativa hecha por el proletariado,* como clase dirigente de la revolución, de luchar contra la corriente de este proceso de desorganización. El proletariado debe empezar por constituirse en clase. Pero el proletariado también habrá de organizar paralelamente la acción de los elementos activos de las capas intermedias, que se sublevan instintivamente contra el dominio de la burguesía. Al mismo tiempo es menester que sea quebrantada la influencia material e ideológica de la burguesía sobre los otros partidos de esas clases. Oportunistas más lúcidos, como Otto Bauer, han visto también que el sentido social de la dictadura del proletariado, de la dictadura de los consejos, se reduce esencialmente a esto: a *arrancar radicalmente a la burguesía la posibilidad de una dirección ideológica de esas clases, en particular de los campesinos, y reservar esta dirección para el proletariado durante el período de transición.* Aplastar a la burguesía, destruir su aparato de Estado, terminar con su prensa, etc., estas son las necesidades vitales de la revolución proletaria, dado que la burguesía, después

de sus primeras derrotas en la lucha por el poder estatal, no renuncia en modo alguno a volver a tomar su papel directivo, económico y político, y que sigue siendo por mucho tiempo una clase muy poderosa, inclusive en un combate de clase llevado a cabo en condiciones muy distintas.

Por lo tanto, el proletariado continúa dentro del sistema soviético estatal la misma lucha que había llevado antes contra el poder de Estado capitalista. Tiene que aniquilar económicamente a la burguesía, aislarla políticamente, desorganizarla, someterla ideológicamente. Y al mismo tiempo debe llegar a ser para todas las otras capas sociales, que ha sustraído a la esfera de influencia de la burguesía, un guía que lleva a la libertad. Dicho de otro modo, no basta que el proletariado luche *objetivamente a favor de los intereses* de los otros sectores explotados. La forma estatal también debe servir para superar por la educación, la apatía y la fragmentación de esas clases, para educarlas *con vistas a la acción, a la participación autónoma en la vida del Estado.* Esta es una de las tareas más nobles del sistema soviético, la que consiste en vincular los momentos de la vida social desgarrados por el capitalismo. Cuando este desgarramiento está tan sólo presente en la conciencia de las clases oprimidas, el nexo entre estos momentos debe llegar a ser consciente. El sistema soviético, por ejemplo, realiza una unidad indisoluble entre economía y política. Vincula así la existencia actual de los hombres, sus intereses cotidianos inmediatos, etc., a los problemas esenciales del conjunto. En la realidad objetiva restablece también la unidad allí donde los intereses de clase de la burguesía han realizado la "división del trabajo"; e igualmente logra la unidad entre "el aparato de dominio" (el ejército, la policía, la administración, la justicia, etc.) y el "pueblo". Los campesinos y los obreros armados son, como poder estatal, a la vez productos de la lucha de los soviets y condición de su existencia. El sistema soviético busca siempre vincular la actividad de los hombres a los problemas generales del Estado, de la economía, de la cultura, etc., luchando al mismo tiempo para que la administración de todos estos problemas no llegue a ser el privilegio de un sector cerrado, aislado del conjunto de la vida de la sociedad, de un sector burocrático. Al volver así consciente para la sociedad la relación real de todos los momentos de la vida social (y, en un estadio ulterior, al reunir objetivamente los elementos que están

hoy objetivamente separados, por ejemplo la ciudad y el campo, el trabajo intelectual y el manual, etc.) el sistema soviético es, en su condición de Estado proletario, un factor decisivo en la organización del proletariado como clase. Lo que parecía ser tan sólo una virtualidad en el proletariado dentro del seno de la sociedad capitalista llega así a la existencia real; *la verdadera energía productiva del proletariado sólo puede despertar después de la toma del poder.* Pero lo que decimos aquí del proletariado también puede decirse de los otros sectores oprimidos de la sociedad burguesa. También estos no pueden desarrollarse y vivir sino en este conjunto, y la única diferencia radica en que están dirigidos igualmente en este orden estatal. Sin duda el hecho de haber sido dirigidos en el capitalismo consistía en no poder tomar conciencia de su propia disolución económica y social, de su explotación y su opresión. En cambio, ahora pueden -bajo la dirección proletaria- vivir no sólo en función de sus intereses propios, sino también alcanzar el despliegue de sus energías, que hasta el momento habían permanecido ocultas y atrofiadas. Estos sectores son dirigidos tan sólo en la medida en que el cuadro y la orientación de ese desarrollo están determinados por el proletariado como clase dirigente de la revolución.

Para los sectores intermedios no proletarios el hecho de ser dirigidos tiene, pues, un sentido muy distinto, desde un punto de vista material, en el Estado proletario o en el cuadro de la sociedad burguesa. Pero hay también una diferencia formal y esencial por el hecho de que *el Estado proletario es en la historia el primer Estado de clase que confiesa abiertamente, sin hipocresía, que es un Estado de clase, un aparato de opresión, un instrumento de la lucha de clases.* Tan sólo esta absoluta franqueza, esta falta de disimulo hacen posible un verdadero entendimiento entre el proletariado y los otros sectores de la sociedad. Pero es más aún un medio importante de autoeducación para el proletariado. Pues así como fue extremadamente importante hacerle tomar conciencia que se encontraba en la fase decisiva de las luchas revolucionarias, que la lucha del poder, por la dirección de la sociedad, ya había estallado, será igualmente peligroso dejar que esta verdad se endurezca por falta de examen dialéctico, Sería muy peligroso que el proletariado, al liberarse de la ideología del pacifismo en la lucha de clases, al comprender el significado histórico y la necesidad de la violencia,

se imaginara que *todos los problemas* del dominio del proletariado deben zanjarse en todas las circunstancias, por medio de la violencia. Pero más peligroso sería aún si el proletariado llegara a creer que la lucha de clases termina con la conquista del poder estatal, o por lo menos se detuviera aquí. El proletariado debe comprender que la conquista del *poder estatal es tan sólo una fase de esa lucha*. La lucha después de la toma del poder estatal se vuelve aun más ardiente y no es posible en absoluto pretender que las relaciones de fuerza se han desplazado ya decisivamente a favor del proletariado. Lenin repite incansablemente que la burguesía sigue siendo aun la clase más poderosa inclusive en los comienzos de la República Soviética, inclusive después de su expropiación económica, y durante su opresión política. Pero las relaciones de fuerza se han desplazado en la medida en que el proletariado ha conquistado una *nueva arma poderosa* para su lucha de clases: el Estado. El valor de esta arma, su actitud para disolver, aislar y aniquilar a la burguesía, para ganar para sí y educar a los otros sectores de la sociedad, asociándolos al Estado de los obreros y de los campesinos, para organizar al proletariado mismo y convertirlo realmente en la clase dirigente, todo esto no se adquiere por cierto automáticamente por la simple conquista del poder estatal, y el Estado tampoco se desarrolla necesariamente como medio de lucha a partir del simple hecho de la conquista del poder. El valor del Estado como arma del proletariado depende de lo que el proletariado *sepa hacer con él.*

La actualidad de la revolución se expresa en la actualidad para el proletariado en el problema del Estado. Esto plantea al mismo tiempo el problema del socialismo, que en vez de una perspectiva lejana, de un objetivo final, llega a ser un problema inmediato de actualidad para el proletariado. La proximidad tangible de la realización del socialismo es ahora un nexo dialéctico y *podría ser fatal para el proletariado el interpretar de modo mecanicista y utópico esta proximidad del socialismo, como su realización misma, lograda por la simple toma del poder (la expropiación de los capitalistas, nacionalizaciones, socializaciones, etc.).* Marx ha analizado con extrema perspicacia el paso del capitalismo al socialismo y ha indicado las diversas formas de estructuras burguesas que no pueden eliminarse progresivamente sino a través de una evolución de largo alcance. Lenin también traza con extrema nitidez la línea de demarcación con

la utopía cuando dice: "Ni un comunista, creo, ha puesto en tela de juicio, por otra parte, que la expresión República Socialista de los Soviets significa la determinación del poder soviético de realizar el pasaje al socialismo y *en modo alguno el reconocimiento, como socialistas, de las condiciones económicas dadas*". Por lo tanto, la actualidad de la revolución significa que el socialismo es un punto del orden del día para el movimiento obrero, pero tan sólo en el sentido de que debe luchar cotidianamente por la realización de esas condiciones y que tan sólo algunas medidas concretas del día representan ya pasos concretos hacia su realización.

El oportunismo revela, precisamente en este punto, en su crítica de las relaciones entre soviets y socialismo, que ha pasado definitivamente al campo de la burguesía, que se ha convertido en el enemigo de clase del proletariado. Pues, por un lado, considera todas las aparentes concesiones que una burguesía momentáneamente asustada y desorganizada ha hecho al proletariado (para volverlas a tomar en cuanto sea posible) como pasos efectivos hacia el socialismo (pensemos en las "comisiones de socialización" de 1918-19 en Alemania y en Austria, comisiones que han sido liquidadas hace mucho). Por otro lado, se burla de la República Soviética por no realizar inmediata y verdaderamente el socialismo, por el hecho de que, bajo formas proletarias y una dirección proletaria, hace tan sólo una revolución burguesa ("Rusia como república de campesinos", "la reintroducción del capitalismo", etc.). En los dos casos parece que, para los oportunistas de todos los colores, *el verdadero enemigo* que debe ser realmente combatido, es *justamente la revolución proletaria misma.* Esto no es nada más que la evolución lógica consecuente a la toma de posición de ellos frente a la guerra imperialista. Pero Lenin se limita a continuar la crítica que había hecho antes y durante la guerra, cuando trató prácticamente a los oportunistas en la república soviética corno enemigos de la clase obrera. *El oportunismo forma parte también de la burguesía,* cuyo aparato moral y material debe ser destruido, cuya estructura debe ser desorganizada por la dictadura, a fin de que su influencia no se extienda a los sectores sociales cuya situación objetiva de clase vuelve políticamente inestables. La actualidad del socialismo vuelve precisamente esta lucha mucho más ardua que en la época -por ejemplo- de los debates en torno a Bernstein. El Estado, como arma del proletariado para

el combate por el socialismo y para la opresión de la burguesía, es a la vez un arma para la extirpación del peligro oportunista, para la lucha de clase del proletariado, que debe llevarse a cabo con igual violencia desde la dictadura.

Capítulo VI

Realpolitik revolucionaria

El proletariado toma el poder e instaura su dictadura revolucionaria; esto significa que, en la realización del socialismo, ha llegado a ser un punto del orden del día. Es un problema para el cual el proletariado no está de modo alguno preparado ideológicamente, pues la *realpolitik* de la socialdemocracia, que siempre ha tratado los puntos del día como simples problemas cotidianos sin relación con la evolución del conjunto, sin nexo con los problemas últimos de la lucha de clases, sin sobrepasar efectiva y concretamente el horizonte de la sociedad burguesa, confirió así *nuevamente* al socialismo el carácter de utopía para los obreros. La separación del objetivo final y del movimiento no sólo falsea la visión justa de los problemas cotidianos del movimiento, sino que transforma a la vez en utopía al objetivo final. Esta regresión al utopismo toma formas muy diversas. Se expresa ante todo en el hecho de que el socialismo no se presenta a los ojos de los utopistas como un proceso en curso, sino como algo ya hecho. Dicho de otro modo, no se analizan los problemas del socialismo cuando se los plantea desde el ángulo de los problemas económicos, culturales, etc., y de las soluciones técnicas favorables posibles cuando el socialismo ya ha entrado en la fase de realización práctica. Pero no se suscita ni la cuestión que consiste en saber cómo tal situación es socialmente posible, cómo es posible alcanzarla, ni la cuestión de saber cómo tal situación se realiza socialmente,

qué relaciones de clase, qué formas económicas encuentra el proletariado en el momento histórico en que se dedica a la tarea de revisar el socialismo (del mismo modo que Fourier, en su época, estudió muy exactamente el funcionamiento de los falansterios, sin llegar a mostrar el camino concreto que había de llevar a realizarlos). El eclecticismo oportunista, *la supresión de la dialéctica en el método del pensamiento socialista, sustrae pues al socialismo mismo del proceso histórico de la lucha de clases.* Es por tal motivo que quienes han sido contaminados por el veneno de este pensamiento no tienen más remedio que percibir las premisas de la realización del socialismo, como los problemas de su realización, dentro de una perspectiva deformada. El error de esta posición va tan lejos que alcanza no sólo al pensamiento de los oportunistas -para quienes el socialismo sigue siendo siempre un objetivo lejano- sino que lleva a concepciones erróneas hasta a los revolucionarios sinceros. Estos, una buena parte de la izquierda de la II Internacional, supieron ver el proceso revolucionario mismo, la lucha por el poder en tanto que proceso, en relación con los problemas prácticos cotidianos, pero no fueron capaces de integrar igualmente en ese conjunto la situación del proletariado después de la conquista del poder, y los problemas concretos que se derivan de esa situación. También aquí han mostrado ser utopistas.

El realismo admirable con que Lenin trató todos los problemas del socialismo durante la dictadura del proletariado, y que le valió la consideración hasta de sus rivales burgueses y pequeño burgueses, no es, por lo tanto nada más que la *aplicación consecuente del marxismo,* del modo de reflexión histórico-dialéctico a los problemas ya actuales del socialismo. Pocas veces tratan los escritos y las palabras de Lenin -del mismo modo que las obras de Marx- del socialismo como *hecho existente,* pero en cambio se habla con frecuencia de los pasos que llevan a su realización. Pues no es posible imaginar concretamente al socialismo en sus detalles, como situación existente. Por importante que sea el conocimiento teórico justo de su estructura fundamental este conocimiento extrae su verdadero sentido del hecho que constituye un criterio para medir los pasos que damos en dirección al socialismo. El conocimiento concreto del socialismo es, como por otra parte lo es el mismo socialismo, el resultado de la lucha que se lleva a cabo para llegar a él; sólo se nos da en la lucha por el socialismo y a

través de ella. Y cualquier ensayo para llegar a un conocimiento del socialismo que no hiciera uso del camino de sus relaciones recíprocas dialécticas con los problemas cotidianos de la lucha de clases convertiría este conocimiento en una ciencia metafísica, en una utopía, en algo puramente contemplativo y no práctico.

El realismo de Lenin, su "Realpolitík", constituye la *liquidación definitiva de todo utopismo*, la realización concreta del contenido del programa de Marx; dicho de otro modo: una teoría que se ha vuelto práctica, una teoría de la praxis. Lenin hizo con el problema del socialismo lo que ya había hecho con el problema del Estado: lo arrancó del aislamiento metafísico en que hasta entonces se encontraba, de su estilo pequeño burgués, y lo *introdujo en el conjunto de los problemas de la lucha de clases.* Lenin ha experimentado en la vida concreta del desarrollo histórico las indicaciones geniales que Marx hizo en la *Crítica del Programa de Gotha* y en otras obras; al contacto con la realidad histórica las volvió más concretas y más completas de lo que era posible en tiempos de Marx, incluso para un genio como Marx.

Los problemas del socialismo son en consecuencia los problemas de la estructura económica y de las relaciones de clase en el momento en que el proletariado toma el poder estatal.

Estos problemas surgen directamente de las condiciones en que el proletariado erige su dictadura. Por lo tanto, no pueden ser comprendidos y resueltos fuera del cuadro de esos mismos problemas, pero contienen un elemento nuevo de *principio*, en relación a esta situación y a todas las situaciones precedentes. En efecto, todos sus elementos pueden derivarse del pasado, pero su relación con el mantenimiento y el fortalecimiento del dominio del proletariado da nacimiento a nuevos problemas que no *podían* encontrarse ni en Marx ni en las otras teorías anteriores, y que no pueden ser comprendidos y resueltos fuera de esa situación fundamentalmente inédita.

Cuando nos encaramos con su aspecto de conjunto y sus fundamentos, la *realpolitik* demuestra ser el *punto culminante alcanzado por la dialéctica materialista.* Por una parte, implica un análisis de la situación dada, de la estructura económica y de las relaciones de clase, que siendo profundamente marxista en su simplicidad y sobriedad penetra muy profundamente en la realidad concreta. Por otra parte, revela una conciencia de todos los aspectos nuevos

de esta situación, una conciencia clara y que no está deformada por ninguna prevención teórica y ningún deseo utópico. Pero esta exigencia en apariencia simple, y que surge de la esencia de la dialéctica materialista -que es efectivamente una teoría de la historia- no se puede cumplir fácilmente. Los hábitos de pensamiento del capitalismo han inculcado a los hombres, y particularmente a los hombres de ciencia, la tendencia a no querer explicar algo nuevo sino a partir del pasado, a explicar la realidad de hoy a partir de la realidad de ayer (el utopismo de los revolucionarios es una tentativa de salir de esto con los medios actualmente disponibles y de pasar de un salto a un mundo totalmente nuevo, en vez de comprender con ayuda de la dialéctica la aparición dialéctica de lo nuevo a partir de lo viejo). "Es por tal motivo -decía Lenin- que muchos son confundidos por el capitalismo de Estado. A fin de no dejarse engañar, siempre hay que pensar en este punto fundamental: el capitalismo de Estado, en la forma que lo conocemos actualmente no ha sido analizado por ninguna teoría, por ninguna literatura, por la buena razón de que todas las naciones que se vinculan a él tienen que ver con el poder de la burguesía en la sociedad capitalista. Y nosotros contamos con un Estado que ha abandonado la forma capitalista y que aún no ha entrado en el nuevo camino".

Pero ¿en qué contexto real y concreto de realización del socialismo logró llegar el proletariado ruso a la situación en que se encuentra ahora? Por lo pronto, frente a un capitalismo monopolista relativamente desarrollado, y que se derrumba a consecuencias de la guerra mundial, y además en un país agrario, atrasado, en el cual el campesinado sólo ha podido librarse de las cadenas de los vestigios feudales, uniéndose a la revolución proletaria. Por otra parte, fuera de Rusia, hay un mundo capitalista hostil que tiene la intención de lanzarse con todos sus medios en contra del Estado obrero y campesino, y que podría tener suficiente poder para aplastar a este último, militar y económicamente, si no estuviera él mismo profundamente dividido por las contradicciones del capitalismo imperialista, a tal punto que el proletariado siempre ha encontrado ocasión de explotar estas rivalidades, etc., para su beneficio. (Nos hemos limitado aquí a indicar únicamente los dos conjuntos de problemas fundamentales; pero estos no pueden ser analizados a fondo en unas pocas páginas).

Los fundamentos materiales del socialismo *como forma económica superior,* que reemplaza al capitalismo, tienen que ser una organización, un desarrollo superior de la industria, su adaptación a las necesidades de las clases laboriosas, su transformación en el sentido de una vida más realizada (supresión de la oposición ciudad-campo, de la oposición trabajo intelectual-trabajo manual, etc.). El estado de estos fundamentos materiales del socialismo condiciona, de tal modo, las posibilidades y los caminos de su realización concreta. A partir de 1917, antes de haber logrado la conquista del poder estatal, Lenin determinó claramente la situación económica y las tareas que se planteaban al proletariado. "La dialéctica de la historia consiste precisamente en esto: la guerra, al acelerar considerablemente la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, ha aproximado *justamente por tal motivo* la humanidad al socialismo. La guerra imperialista es el alba de la revolución socialista. Y esto no sólo porque la guerra engendra con sus horrores la sublevación proletaria (pues ninguna sublevación es capaz de crear el socialismo si las condiciones económicas no han madurado) sino porque el capitalismo monopolista de Estado es una preparación perfecta para el socialismo, la puerta de entrada al socialismo, dado que significa, en escala histórica, el estadio necesario para llegar a lo nuevo, al socialismo. *No hay otros estadios intermediarios*". En consecuencia, "el socialismo es tan sólo un monopolio capitalista de Estado, organizado a beneficio del pueblo en su totalidad, y en esta medida no es un monopolio capitalista". Y añade a comienzos de 1918: "(...) el capitalismo de Estado representaría un paso hacia adelante en las circunstancias actuales de nuestra república soviética. Por ejemplo, si nosotros implantáramos el capitalismo de Estado dentro de seis meses, esto representaría un gran triunfo y la única garantía de que el socialismo habrá de establecerse definitivamente en nuestro país al cabo de un año, y que habrá de ser invencible".

Era menester citar estos pasajes detalladamente, para dar un desmentido a la leyenda social-demócrata y burguesa, tan difundida, según la cual Lenin habría -después del fracaso de la teoría "marxista-doctrinaria" de introducir el comunismo "de golpe"- celebrando una transacción recomendada por su "inteligencia realista", y se, habría apartado de la línea inicial de su política. Pero

la verdad histórica es totalmente distinta. El llamado comunismo de guerra, que Lenin llama "una medida provisional, condicionada por la guerra civil y la destrucción" y que no "era tan sólo una política que correspondiera a las tareas económicas del proletariado y no podía serlo", era una desviación de la línea, según la cual se daba, siguiendo sus previsiones teóricas, la evolución hacia el socialismo. Sin duda esta era una medida condicionada por la guerra civil en el frente interno y externo, por lo tanto inevitable, aunque provisional. Pero, según Lenin, hubiera sido fatal para el proletariado desconocer este carácter del comunismo de guerra y considerarlo -como lo hicieron numerosos revolucionarios sinceros, pero que no llegaban a la altura de Lenin en el plano teórico- un paso verdadero en dirección al socialismo.

Por lo tanto, no se trata del grado del carácter socialista que revelan las formas exteriores de la vida económica, sino exclusivamente del grado de control efectivo que tiene el proletariado de este aparato económico que ha hecho suyo al tomar el poder, y que constituye al mismo tiempo el fundamento de su existencia social, es decir, de la *gran industria*, control que se pone *efectivamente* al servicio de los objetivos de clase. Pero el contexto de esos objetivos de clase, a consecuencia de los medios necesarios para su realización, y a pesar de estar transformados, no pueden cambiar su fondo general, que debe ser siempre el mismo: la continuación de la lucha de clases con ayuda de los sectores intermedios, siempre inestables (especialmente los campesinos) en el frente decisivo, o sea, contra la burguesía. Desde este punto de vista, nunca debe olvidarse que el proletariado, a pesar de su primera victoria, es siempre la clase más débil, y lo seguirá siendo por mucho tiempo *-hasta la victoria de la revolución en escala mundial.* La lucha del proletariado debe orientarse pues, económicamente, de acuerdo a dos líneas de fuerza: por una parte debe evitar con la mayor rapidez y alcance la destrucción de la gran industria por la guerra y la guerra civil, pues sin esta base el proletariado como clase va a su pérdida; por otra parte, debe dirigir todos los problemas de producción y distribución de modo que el campesinado, que se ha convertido en aliado del proletariado gracias a la solución revolucionaria del problema agrario, se mantenga en esta alianza a fin de obtener la máxima satisfacción posible para sus reivindicaciones materiales. Los medios de realizar estos objetivos son diferentes de acuerdo

a las circunstancias. Pero la realización progresiva de estos objetivos es el único camino posible para mantener el dominio del proletariado y las premisas del socialismo.

La lucha de clases entre burguesía y proletariado se mantiene, pues, con igual violencia en el frente de la economía interna. La pequeña empresa -cuya "socialización" en este estadio es absolutamente utópica, "produce ininterrumpidamente al capitalismo y a la burguesía, cotidianamente y sin descanso, de manera elemental y abundantemente". Lo importante consiste aquí en saber quién habrá de vencer: la burguesía, que se reforma y acumula de nuevo, o la gran industria estatizada y controlada por el proletariado. El proletariado debe arriesgar esta competencia si no quiere exponerse a largo plazo, por el estrangulamiento de las pequeñas empresas, del comercio, etc., (cuya aplicación real es, de todos modos, ilusoria) a dejar que se afloje la alianza con los pequeños campesinos. Además, la burguesía sigue aún en la lucha, presentándose bajo la forma de capital extranjero, concesiones, etc. Y es aquí que la situación se vuelve paradójica, pues este movimiento, sean cuales fueren sus intenciones, puede convertirse en aliado del proletariado en su aspecto económico objetivo, ya que contribuye a fortalecer el poderío económico de la gran industria. Así nace "una alianza contra los elementos de la gran empresa". Por otra parte, la, tendencia natural del capital concesionario a transformar progresivamente el Estado proletario en una colonia capitalista debe ser combatida enérgicamente (autorización de las concesiones, monopolio del comercio exterior, etc.).

No es posible, basándose en estas observaciones, esbozar, ni siquiera a grandes rasgos, la política económica de Lenin. Lo que aquí se subraya debe servir solamente para ilustrar los *principios* de la política leninista, sus *fundamentos teóricos,* lo cual habrá de permitir su plena comprensión. Y este principio se resume de este modo: mantener a cualquier precio el dominio del proletariado en un universo de enemigos declarados o no declarados, y de aliados vacilantes. Del mismo modo que el principio básico de su política, antes de la toma del poder, consistió en descubrir, en el entrecruce y la intrincación de las tendencias sociales del capitalismo declinante, los momentos que, explotados por el proletariado, podían convertir a éste en la clase dominante y dirigente de la sociedad. Lenin se mantuvo toda su vida fiel a este

principio sin desfallecimientos ni concesiones. Pero retuvo este principio, sin hacer nunca la menor concesión, como *principio dialéctico*. Esto se dice en el sentido de que "el principio de la dialéctica marxista consiste en que todos los límites de la naturaleza y de la historia están condicionados y son móviles a la vez, en que *no existe un solo fenómeno* que no pueda en ciertas condiciones transformarse en su contrario". Es por tal motivo que la dialéctica "exige un examen completo del fenómeno social en cuestión, en su evolución, así como una reducción de los momentos exteriores y aparentes a las fuerzas actuantes fundamentales, al desarrollo de las fuerzas productivas y a la lucha de clases". Lo que hace la grandeza de Lenin como dialéctico es haber captado lúcidamente los principios fundamentales de la dialéctica, el desarrollo de las fuerzas productivas, y la lucha de clases, siempre en función de su esencia profunda, concretamente, sin prevenciones abstractas y sin dejarse perturbar tampoco de modo fetichista por fenómenos superficiales que él siempre supo vincular a su fundamento último: *la acción concreta de hombres concretos (es decir, condicionados por pertenecer a una clase) sobre la base de sus verdaderos intereses de clase*. Es tan sólo a partir de ese principio que se desmorona la leyenda del "Lenin, hábil político realista", "el maestro de la transacción", y que podemos ver al verdadero Lenin, el continuador consecuente de la dialéctica de Marx.

Ante todo debemos rechazar, en la determinación del concepto de transacción, cualquier acepción que tienda a presentarla como una habilidad, una maniobra, un engaño refinado. "Las personas -decía Lenin- que entienden que la política consiste en pequeñas maniobras subrepticias, que rozan a veces la bribonería, deben encontrar en nosotros la negativa más categórica. *Las clases no pueden ser engañadas*." Por lo tanto, la transacción se reduce en Lenin a esto: *apreciar las líneas de evolución reales de las clases* (eventualmente de las naciones; por ejemplo, cuando se trata de pueblos oprimidos) que, en tales circunstancias, durante un cierto lapso de tiempo, y en determinados problemas, siguen una línea paralela a los intereses vitales del proletariado, lo cual presenta la ventaja de dos partes interesadas que pueden ser utilizadas ventajosamente.

Sin embargo, las transacciones también pueden ser una forma de la lucha de clases en contra del enemigo decisivo de la clase obrera: la burguesía (podemos pensar por ejemplo, en las

relaciones de la Rusia soviética con los Estados imperialistas). Los teóricos del oportunismo se aferran, asimismo, a esta forma particular de transacciones, en parte para hacer el elogio -o expresar el rechazo- de Lenin en su condición de "político realista no dogmático", y también a fin de encontrar un *camouflage* para sus propios compromisos. Hemos insistido ya en el carácter erróneo del primer argumento; para aquilatar el segundo debemos tener en cuenta -del mismo modo que para cualquier problema de la dialéctica- la totalidad que constituye el horizonte concreto de toda concepción. E inmediatamente se vuelve evidente el hecho de que la transacción de Lenin y la transacción de los oportunistas se basan *en premisas diametralmente opuestas*. De modo deliberado o inconsciente, la táctica social-demócrata se funda en el alejamiento de la verdadera revolución: las condiciones objetivas de la revolución social aún no están dadas; el proletariado aún no está maduro ideológicamente, para la revolución; el partido y los sindicatos son aún demasiado débiles; es por *estos motivos* que el partido debe llegar a un acuerdo con la burguesía. Cuando más logradas estén las precondiciones objetivas y subjetivas de la revolución social, "tanto mas puramente" podrá el proletariado realizar sus objetivos de clase; de esta manera la transacción tiene muchas veces en la práctica el aspecto de un gran "radicalismo" un mantenimiento "purista" de los principios en relación a los "objetivos finales". (Por supuesto, en este contexto no podemos ocuparnos de esas teorías social-demócratas que, de una manera u otra, se creen obligadas a mantener la teoría de la lucha de clases; pues en lo que se refiere a las otras variantes la concesión ya no es en modo alguno una transacción, sino una colaboración natural entre distintos sectores sociales y profesionales para el bien de la comunidad).

En cambio, para Lenin, la transacción *se desprende de modo directo y lógico de la actualidad de la revolución*. Si el carácter fundamental de toda la época es la actualidad de la revolución, si esta evolución puede ocurrir en cualquier momento (tanto en un país determinado como en escala mundial) sin que ese momento pueda nunca determinarse previamente, y si el carácter revolucionario de nuestra época se manifiesta en la descomposición progresiva de la sociedad burguesa (lo cual tiene como consecuencia necesaria que las tendencias más divergentes se vinculen y se entremezclen de

modo permanente) todo esto significa pues que el proletariado no puede iniciar y terminar su revolución en las condiciones "más favorables" que él habrá elegido, y que en consecuencia debe utilizar en todas las circunstancias, cualquier tendencia susceptible, aunque sea temporalmente, para favorecer a la revolución, o por lo menos debilitar a sus enemigos. Hemos hecho ya algunas citas de Lenin que muestran las pocas ilusiones que tenía -aún antes de tomar el poder- sobre el ritmo de realización del socialismo. Las siguientes frases, tomadas de uno de sus últimos artículos, escritas antes del período de las "concesiones", muestran con la misma claridad que esta previsión nunca significó para él una interrupción de la actividad revolucionaria. "Napoleón escribía: 'Hay que meterse en la cosa y después se ve'. En traducción libre esto quiere decir: 'Hay que empezar por participar seriamente en el combate y después veremos las consecuencias'. Así es que hemos librado un primer combate serio en octubre de 1917 y luego hemos podido ver claramente algunos detalles (desde el punto de vista de la historia universal no son evidentemente más que detalles), como la paz de Brest-Litovsk, 'la nueva política económica', etc.". La teoría y la táctica leninista de la transacción no son nada más, pues, que la consecuencia concreta y lógica de la concepción histórico marxista dialéctica según la cual los hombres hacen la historia pero no pueden hacerla en las condiciones queridas por ellos. Se desprende de la concepción que quiere que la historia produzca siempre algo nuevo, que los momentos históricos, los entrelazamientos momentáneos de las tendencias no vuelven nunca en la misma forma, que ciertas tendencias que hoy pueden ser explotadas para el bien de la revolución mañana pueden ser fatales e inversamente. Así fue que Lenin propuso un compromiso el 1º de setiembre de 1917, a los mencheviques y a los SR, una acción común, basándose en la vieja consigna bolchevique: "Todo el poder a los soviets". Sin embargo, ya el 17 de setiembre Lenin escribe: "Finalmente es ya demasiado tarde para proponer un arreglo. Acaso los pocos días en que una evolución pacífica aún era posible, han pasado ya. En efecto, todo demuestra que esos días han pasado". La aplicación de esta teoría a Brest-Litovsk, a las concesiones, etc., se entiende claramente.

Más claramente aún podemos ver, en la lucha teórica de Lenin contra el ala izquierda de su propio partido (después de la primera

revolución y de la paz de Brest-Litovsk en el cuadro ruso y en los años 1920-21 en el cuadro europeo) hasta qué punto toda su teoría de la transacción se apoya en su concepción fundamental de la actualidad de la revolución. En todas estas controversias *la consigna de los radicales de izquierda era rechazar toda transacción basándose en razones de principio.* Y la polémica leninista tiende a probar esencialmente que el rechazo de toda transacción equivale a *evitar las luchas decisivas* y que esta concepción tiene visos de *derrotismo frente a la revolución.* La verdadera situación revolucionaria -y esto es para Lenin el rasgo característico de nuestra época- se expresa en el hecho que no puede haber un terreno de lucha de clases sin posibilidades revolucionarias (o contra revolucionarias). El verdadero revolucionario, en consecuencia, el que sabe que vivimos en una época revolucionaria y extrae las consecuencias prácticas de este hecho, debe siempre considerar la totalidad de la realidad histórico social desde este punto de vista y, por el interés de la revolución, tendrá en cuenta activamente todo acontecimiento, importante o minúsculo, habitual o sorprendente, en función de su importancia para la revolución y tan sólo en función de ella. Cuando Lenin calificaba a veces el radicalismo de izquierda de oportunismo de izquierda, veía de modo pertinente y profundo *las perspectivas históricas comunes* de esas dos corrientes tan opuestas, una de las cuales abomina de toda transacción mientras que la otra ve en la transacción el principio de la *realpolitik*, que opone "al mantenimiento rígido de principios dogmáticos": un cierto pesimismo respecto de la proximidad y la actualidad de la revolución. Del mismo modo que, a partir del mismo principio, rechaza las dos tendencias y comprobamos que en Lenin y en los oportunistas la transacción en tan sólo *la misma palabra,* pero que designa una realidad fundamentalmente distinta y cubre por lo tanto una *concepción fundamentalmente diferente* en él y en los otros.

No sólo la comprensión precisa de lo que entiende Lenin por transacción y del modo en que funda teóricamente la táctica de ésta, es de capital importancia para entender exactamente su método, sino que también tiene un gran alcance práctico. La transacción no es posible para Lenin sino tan sólo en razón de la *interacción dialéctica con el firme mantenimiento de los principios y el método del marxismo*; constantemente vemos aparecer en el centro mismo de la transacción la siguiente etapa real que

conducirá a la realización de la teoría del marxismo. Del mismo modo que esta teoría y esta táctica se distinguen netamente del mantenimiento rígido y mecánico de los principios "puros", del mismo modo habrán de diferenciarse estrictamente de toda *real-politik* esquemática y sin principios. Dicho de otro modo, a los ojos de Lenin no es suficiente que la situación concreta en la cual se debe actuar presente unas relaciones de fuerza concretas que determinan la transacción sino que la tendencia del desarrollo necesario del movimiento obrero que condiciona su orientación debe ser reconocido y apreciado correctamente *en su facticidad*, y considera que es un *peligro práctico enorme* para el movimiento obrero que una comprensión exacta de la realidad no entre en el cuadro del conocimiento general exacto del proceso histórico en su totalidad. De tal modo, Lenin aprobó el comportamiento práctico de los comunistas alemanes frente al "gobierno obrero" proyectado después del fracaso del golpe de Estado de Kapp, la llamada "oposición leal"; pero reprochó severamente a esta táctica en si misma justa, el haberse apoyado en una perspectiva histórica teóricamente falsa, plena de ilusiones democráticas.

La unión dialécticamente justa de lo general y de lo particular, el reconocimiento de lo universal (de la tendencia fundamental de la historia) en lo particular (en la situación concreta) y de aquí, como consecuencia, la concreción de la teoría, constituyen la idea fundamental de esta teoría de las transacciones. Los que no ven en Lenin nada más que a "un político realista", inteligente y en ocasiones hasta genial, desconocen absolutamente la esencia de su método. Pero los que creen encontrar en sus decisiones "recetas" aplicables por todos lados, "fórmulas" para una acción práctica justa, lo desconocen aún más. Lenin nunca expuso "reglas generales" que pudieran "aplicarse" a una serie de casos. Sus "verdades" surgen del análisis concreto de la situación concreta mediante la concepción dialéctica de la historia. Se hace una caricatura, se cae en un leninismo vulgar si se "generaliza" mecánicamente sus gestos y sus decisiones; así por ejemplo en el caso de los comunistas húngaros que, durante el verano de 1919, trataron de imitar esquemáticamente la paz de Brest-Litovsk en una situación enteramente distinta, al dar su respuesta a la nota de Clemenceau. Pues como lo subraya Marx haciendo un grave reproche a Lassalle: "El método dialéctico está falsamente aplicado. Hegel nunca llamó

dialéctica a la suma de una masa de 'casos' *under a general principle* (bajo un principio general)".

El hecho de tener en cuenta todas las tendencias presentes en cada situación concreta no significa en modo alguno que se deba acordarles el mismo valor en las decisiones. ¡Por el contrario! *Cada situación tiene un problema central* y la decisión que se tome dependerá también de todas las otras cuestiones concomitantes, así como del desarrollo ulterior de todas las tendencias sociales en el futuro. "Se debe -decía Lenin- tener la capacidad de captar en cada instante el eslabón justo de la cadena y aferrarse a él con todas las fuerzas para poseer toda la cadena y preparar el pasaje al eslabón siguiente; y en estos casos la sucesión de los eslabones, su forma, su encadenamiento, sus diferencias en la cadena histórica de los acontecimientos no es tan simple y desprovista de significado como en el caso de las cadenas habituales que fabrica el herrero". El momento de la vida social en el instante presente que habrá de adquirir la máxima importancia, sólo puede ser encontrado partiendo de la dialéctica marxista, del análisis concreto de la situación concreta. El hilo conductor que nos permite encontrarlo *es la visión revolucionaria de la sociedad como una totalidad en vías de desarrollarse*, pues es tan sólo en relación con el todo que el eslabón momentáneamente decisivo de la cadena adquiere su importancia: éste debe ser apresado, pues tan sólo de esta manera se podrá apresar el todo. Lenin subraya particularmente y de modo concreto este problema en uno de sus últimos artículos, en el cual habla de las cooperativas e indica que "muchos elementos que en los sueños de los antiguos cooperadores parecían fantásticos o que incluso tenían un mal relente de romanticismo, se han convertido en la realidad más evidente". Y dice: "Hablando propiamente sólo nos queda una cosa por hacer: civilizar nuestra población para que logre comprender todas las ventajas de una participación personal en la cooperación y marche en el sentido de una tal participación. Es *'todo'* lo que tenemos que hacer. Hoy no necesitamos otros alambicamientos para pasar al socialismo. Pero para que eso se realice es menester una transformación completa del desarrollo cultural del (...) conjunto de las masas populares". Desgraciadamente no podemos analizar aquí todo el artículo en detalle. Este análisis -y el análisis de cualquier otra indicación táctica de Lenin- demostraría que siempre el todo está contenido

en cada uno de los eslabones de la cadena. También demostraría que el criterio de la verdadera política marxista consiste siempre en extraer esos momentos del proceso general y concentrar en ellos el máximo de energía, momentos en que, en un instante dado, en la fase dada, encierran en su totalidad práctica y tangible una relación con la totalidad de la actualidad presente y el problema central de la evolución ulterior es decir, con el futuro. El hecho de apresar enérgicamente el eslabón siguiente de la cadena, el eslabón decisivo, tampoco significa que ese momento deba ser arrancado del todo y que los otros hayan de ser descuidados a causa de él. Por el contrario. Sólo quiere decir que *todos los otros momentos deben ser puestos en relación con ese problema centra*l, y deben ser comprendidos y resueltos en ese contexto. La conexión no se ve disminuida por esta concepción, que, por el contrario, la refuerza y la vuelve más concreta.

Estos momentos son producidos por el proceso histórico, por el desarrollo objetivo de las fuerzas productivas. Pero depende del proletariado el ser capaz -y de qué manera- de apoderarse de ellos e influir así en el propio desarrollo ulterior. La propuesta marxista fundamental y que hemos citado muchas veces -los hombres hacen ellos mismos su historia- adquiere en la era de la revolución y después de la toma del poder, una importancia siempre creciente, aunque el complemento dialéctico de su veracidad total, es decir la importancia de las circunstancias que no son elegidas, es indispensable. Esto significa prácticamente que la *función del partido en la revolución* -la idea maestra del joven Lenin- es aún *más grande* y *más decisiva* en la época del pasaje al socialismo que en el período preparatorio. Pues la influencia activa del proletariado aumenta, determina el curso de la historia y sus decisiones marcan aún más su propio destino -en el buen sentido como en el malo del término- y el de toda la humanidad, y tanto más necesario es mantener en toda su pureza la única brújula susceptible de guiarnos en este océano tumultuoso de las apariencias, es decir, *la conciencia de clase del proletariado* y formar con una claridad siempre creciente esta conciencia, única guía posible en el combate. Esta importancia de la función históricamente activa del partido proletario es una idea fundamental de la teoría -y en consecuencia de la política- de Lenin, quien no cesó de ponerla de relieve e insistir sobre su importancia en las decisiones prácticas. Es así que dice Lenin en el

XI Congreso del PCUS, al atacar a los adversarios de la evolución capitalista de Estado: "El capitalismo de Estado es el capitalismo que seremos capaces de frenar y limitar; este capitalismo de Estado está ligado al Estado, y el Estado son los obreros, el ala más avanzada de los obreros, la vanguardia; eso es lo que somos (...) Y lo que será ese capitalismo de Estado dependerá de nosotros".

Es por ello que cada etapa de la evolución hacia el socialismo es siempre, y de modo decisivo, *un problema interno del partido*. Es una reorientación de las fuerzas, una adaptación de los órganos del partido a su nueva tarea: *influir* la evolución de la sociedad en el sentido dictado por el análisis preciso y minucioso de la totalidad del punto de vista de clase del proletariado. Es por esto que el partido ocupa el lugar supremo en la jerarquía de las fuerzas determinantes en el seno del Estado *que somos*. Pero es por tal motivo que este partido mismo *-dado que la revolución no puede ser victoriosa sino en escala mundial y que el proletariado sólo puede constituirse realmente en clase como proletariado mundial* que está incorporado y subordinado, en su condición de Sección, al órgano supremo de la revolución proletaria, a la Internacional Comunista. La rigidez mecánica que caracteriza al pensamiento de todos los oportunistas y seguidistas pequeño burgueses verá siempre en tales conexiones contradicciones insolubles. Este pensamiento no puede comprender la razón de que los bolcheviques tras "haber vuelto al capitalismo", se aferran no obstante a la antigua estructura del partido, a su antigua dictadura "antidemocrática". Tampoco pueden comprender por qué razón la Internacional Comunista no renuncia ni un solo instante a la revolución mundial, por qué intenta organizarla y prepararla con todos los medios de que dispone, al mismo tiempo que el Estado del proletariado ruso procura firmar la paz con las potencias imperialistas para llevarlas a participar, en la medida de lo posible, en la construcción económica de Rusia. Tampoco podrá comprenderse por qué motivo el partido se aferra tan inexorablemente a su carácter de rigor interno y consagra los medios más enérgicos a su consolidación ideológica y organizativa, mientras que la política económica de la República Soviética realiza esfuerzos ansiosos para que la alianza con los campesinos pobres -a la cual debe su existencia- no se afloje, en el mismo momento en que la República Soviética está a punto de convertirse, para los ojos de los oportunistas, en un Estado campesino que le

hace perder cada vez más su carácter proletario, etc. La rigidez mecanicista del pensamiento no dialéctico es incapaz de comprender que *estas contradicciones son contradicciones de la realidad misma, contradicciones objetivas de la época presente*, que la política del PCUS, la política de Lenin, sólo es contradictoria *en la medida en que busca y encuentra las respuestas dialécticamente exactas a las contradicciones objetivas de su propia existencia social.*

Por esa razón el análisis de la política de Lenin nos lleva siempre a los fundamentos del método dialéctico. A lo largo de su vida la actividad de Lenin consistió en la aplicación consecuente de la dialéctica de Marx a fenómenos en cambio perpetuo, fenómenos que engendraban permanentemente, lo nuevo en una época de gigantesca transición. Pero como la dialéctica no es una teoría hecha que se puede aplicar mecánicamente a todos los fenómenos de la vida sino *que existe -como teoría- en la medida de esta aplicación y por medio de ella,* el método dialéctico después de la praxis de Lenin, se volvió teóricamente *mucho mas desarrollado*, más amplio y más completo que el método heredado de Marx y de Engels.

Por consiguiente está plenamente justificado el hablar de leninismo *como nueva fase* del desarrollo de la dialéctica materialista. Lenin no sólo restableció la pureza de la doctrina marxista después de décadas de desfiguración engendrada por el marxismo vulgar, sino que continuó el desarrollo del método mismo y lo llevó a un nivel de concreción y madurez mayores. Y si ahora la tarea de los comunistas consiste en seguir el camino de Lenin, esta actitud sólo será fructífera si tratan de tener frente a Lenin la actitud que Lenin tuvo frente a Marx. Lo que determina la forma y el contenido de este comportamiento es la evolución de la sociedad, los problemas y las tareas que el proceso histórico plantea al marxismo, y lo que determina su éxito es el nivel de conciencia de clase proletaria en el seno del partido dirigente del proletariado, El optimismo significa que la teoría del materialismo histórico se ha aproximado aún más a las luchas cotidianas del proletariado, se ha vuelto aún más práctica de lo que podía serlo en tiempos de Marx. La tradición leninista no puede consistir pues nada más que en sostener -sin falsearla ni volverla rígida- la función a la vez viviente y vivificante, a la vez creciente y enriquecedora del materialismo histórico. Es por tal razón -lo repetimos- que Lenin debe ser estudiado por los comunistas como Marx fue estudiado

por Lenin. Hay que estudiarlo para aprender a usar el método dialéctico, para aprender a encontrar lo particular en lo general y lo general en lo particular a partir del análisis concreto de la situación concreta, a encontrar lo que en el momento nuevo de una situación la liga al proceso de desarrollo anterior, y a encontrar lo nuevo que nace incesantemente a partir de las leyes de la evolución histórica, a encontrar en el todo la parte y en la parte el todo, el momento de la acción eficaz en la evolución necesaria y en la acción misma su conexión con la necesidad del proceso histórico. *El leninismo significa un nivel jamás alcanzado hasta el presente del pensamiento concreto, anti-esquemático, anti-mecanicista Y puramente dirigido hacia la acción transformadora -la praxis.* Conservar esta adquisición es un deber para los leninistas. Pero en el proceso histórico tan sólo puede conservarse lo que se desarrolla de manera viviente. Y conservar de tal modo la tradición leninista constituye hoy la tarea más noble de todo militante que toma en serio al método dialéctico como arma de la lucha de clase del proletariado.

Se terminó de imprimir en abril de 2007, en Pavón 1625, C.P. 1870,
Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina, dos mil ejemplares.